





L. J. SMITH

FURIA

Crónicas Vampíricas 3



*A mi tía Margie, y en memoria de mis tías
Agnes y Eleanore, por alentar la creatividad*



RESUMEN

Elena se ha transformado en lo que más temía y, tal vez, deseaba... Stefan Salvatore no puede creer que la muchacha haya escogido a su hermano Damon, y planea enfrentarse a él en una batalla final. Sin embargo, los hermanos Salvatore deberán dejar sus disputas aparte y unirse para luchar con un desconocido y salvaje enemigo... el verdadero asesino de Elena.

Crónicas Vampíricas es la historia de dos hermanos vampiros y de la hermosa muchacha que debe elegir entre ellos.



Capítulo 1

Elena penetró en el claro.

Bajo sus pies, jirones de hojas otoñales se congelaban en la nieve fangosa. Había oscurecido, y aunque la tormenta empezaba a amainar, el bosque se volvía cada vez más frío. Elena no sentía el frío.

Tampoco le importaba la oscuridad. Sus pupilas se abrieron completamente, recogiendo diminutas partículas de luz que habrían sido invisibles para un humano. Distinguió con toda claridad las dos figuras que forcejeaban bajo el gran roble.

Una tenía una oscura cabellera espesa que el viento había revuelto y convertido en un alborotado mar de olas. Era ligeramente más alta que la otra, y aunque no podía ver su rostro, en cierto modo supo que sus ojos eran verdes.

La otra tenía una mata de cabellos oscuros también, pero los suyos eran más finos y lisos, casi como el pelaje de un animal. Sus labios estaban tensados hacia atrás, mostrando los dientes con furia, y la gracia perezosa de su cuerpo estaba reunida en la pose agazapada de una pantera. Sus ojos eran negros.

Elena los observó durante varios minutos sin moverse. Había olvidado por qué había acudido allí, por qué la habían arrastrado allí los ecos de la pelea en su mente. A tan poca distancia, el clamor de su rabia, su odio y su dolor era casi ensordecedor, como gritos silenciosos surgiendo de los combatientes. Estaban enzarzados en un combate a muerte.

«Me pregunto cuál de ellos vencerá», pensó. Los dos estaban heridos y sangraban, y el brazo izquierdo del más alto colgaba en un ángulo antinatural. Con todo, acababa de empujar al otro contra el tronco retorcido de un roble, y su furia era tan fuerte que Elena podía sentirla y paladearla, así como oírla, y sabía que le estaba proporcionando una fuerza increíble.

Y entonces Elena recordó por qué había ido allí. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Él estaba herido. Su mente la había llamado allí, apaleándola con ondas expansivas de rabia y dolor. Ella había acudido a ayudarle, porque ella le pertenecía.

Las dos figuras estaban caídas en el suelo helado ahora, peleando como lobos, gruñendo. Veloz y silenciosa, Elena fue hacia ellos. El de los cabellos ondulados y ojos verdes —Stefan, musitó una voz en su cabeza— estaba encima, con los dedos buscando desesperadamente la garganta del otro. La cólera inundó a Elena, la cólera y una actitud protectora. Alargó el brazo entre los dos para asir aquella mano que intentaba estrangular, para tirar hacia arriba de los dedos.

Ni se le ocurrió que no sería bastante fuerte para hacerlo. Era bastante fuerte, eso era todo. Arrojó su peso a un lado, arrancando al cautivo de su oponente. Por si acaso, hizo presión



sobre su brazo herido, derribando al atacante de cara sobre la nieve fangosa cubierta de hojas. Luego empezó a asfixiarlo por detrás.

Su ataque le había cogido por sorpresa, pero no estaba ni con mucho vencido. Devolvió el golpe, la mano sana buscando a tientas la garganta de la muchacha. El pulgar se hundió en su tráquea.

Elena se encontró abalanzándose sobre la mano, yendo a por ella con los dientes. Su mente no lo comprendía, pero el cuerpo sabía qué hacer. Sus dientes eran un arma y desgarraron la carne, haciendo correr la sangre.

Pero él era más fuerte que ella. Con una violenta sacudida de los hombros se liberó y retorció entre sus manos, arrojándola al suelo. Y entonces fue él quien estuvo encima de ella, con el rostro contorsionado por una furia animal. Ella le siseó y fue a por sus ojos con sus uñas, pero él apartó la mano de un golpe.

Iba a matarla. Incluso herido, era con mucho el más fuerte. Sus labios se habían echado hacia atrás para mostrar dientes manchados ya de escarlata. Como una cobra, estaba listo para atacar.

Entonces se detuvo, cerniéndose sobre ella, mientras su expresión cambiaba.

Elena vio que los ojos verdes se abrían de par en par. Las pupilas que habían estado contraídas en forma de fieros puntitos se ampliaron de golpe. La miraba fijamente, como si realmente la viera por primera vez.

¿Por qué la miraba de aquel modo? ¿Por qué no se limitaba a acabar? Pero la mano férrea sobre su hombro la estaba soltando ya. El gruñido animal había desaparecido, reemplazado por una expresión de perplejidad y asombro. Se sentó hacia atrás, ayudándola a sentarse, sin dejar de mirar su rostro ni un instante.

—Elena —murmuró, la voz quebrándose—. Elena, eres tú. «¿Es ésa quién soy? —pensó ella—. ¿Elena?»

En realidad, no importaba. Dirigió una veloz mirada en dirección al viejo roble. Él seguía allí, de pie entre las raíces que sobresalían de la tierra, jadeando, apoyándose en el árbol con una mano. Él la miraba con sus ojos infinitamente negros y las cejas contraídas en una expresión ceñuda.

«No te preocupes —pensó ella—. Yo puedo ocuparme de éste. Es estúpido.» Luego volvió a arrojarle sobre el joven de ojos verdes.

—¡Elena! —chilló él mientras ella lo derribaba de espaldas.

La mano sana empujó su hombro, sosteniéndola en alto.

—¡Elena, soy yo, Stefan! ¡Elena, mírame!

Ella miraba, y todo lo que veía era el trozo de piel al descubierto de su cuello. Volvió a sisear, el labio superior retrocediendo para mostrarle los dientes.

Él se quedó paralizado.

Sintió cómo la conmoción reverberaba por todo el cuerpo del joven, vio que su mirada se quebraba. El rostro adquirió la misma palidez que si alguien le hubiera golpeado en el estómago. Sacudió la cabeza ligeramente sobre el suelo fangoso.



—No —susurró—. Oh, no...

Parecía estárselo diciendo a sí mismo, como si no esperara que ella le oyese. Alargó una mano hacia su mejilla y ella intentó morderla.

—Ah, Elena... —murmuró él.

Los últimos restos de furia, de deseo animal de matar, habían desaparecido de su rostro. Tenía los ojos aturdidos, afligidos y entristecidos.

Y era vulnerable. Elena aprovechó el momento para lanzarse sobre la carne desnuda de su cuello. Él alzó el brazo para detenerla, para apartarla, pero luego volvió a dejarlo caer.

La miró fijamente por un momento, con el dolor de sus ojos alcanzando un punto álgido, y luego simplemente se abandonó. Dejó de pelear por completo.

Ella sintió cómo sucedía, sintió cómo la resistencia abandonaba su cuerpo. Se quedó tendido sobre el suelo helado con restos de hojas de robles en el cabello, mirando más allá de ella al cielo negro y cubierto de nubes.

«Acábalo», dijo su voz cansada en su mente.

Elena vaciló por un instante. Había algo en aquellos ojos que evocaba recuerdos en su interior. Estar de pie bajo la luz de la luna, sentada en una habitación de un desván... Pero los recuerdos eran demasiado vagos. No conseguía aterrarlos, y el esfuerzo la aturdía y la mareaba.

Y éste tenía que morir, este de los ojos verdes llamado Stefan. Porque le había lastimado a él, al otro, al que era la razón de su existencia. Nadie podía hacerle daño a él y seguir vivo.

Cerró los dientes sobre su garganta y mordió profundamente.

Advirtió al momento que no lo hacía como era debido. No había alcanzado una arteria o una vena. Atacó la garganta, furiosa ante la propia inexperiencia. Resultaba satisfactorio morder algo, pero no salía demasiada sangre. Contrariada, alzó la cabeza y volvió a morder, sintiendo que el cuerpo de él daba una sacudida de dolor.

Mucho mejor. Había encontrado una vena esta vez, pero no la había desgarrado lo suficiente. Un pequeño arañazo como aquél no serviría de nada. Lo que necesitaba era desgarrarla por completo, para dejar que la succulenta sangre caliente saliera a borbotones.

Su víctima se estremeció mientras ella trabajaba, los dientes arañando y royendo. Empezaba a sentir cómo la carne cedía cuando unas manos tiraron de ella, alzándola desde atrás.

Elena gruñó sin soltar la garganta. Las manos eran insistentes, no obstante. Un brazo rodeó su cintura, unos dedos se enroscaron a sus cabellos. Forcejeó, aferrándose con dientes y uñas a su presa.

—¡Suéltale! ¡Déjale!

La voz era seca y autoritaria, como una ráfaga de viento frío. Elena la reconoció y dejó de forcejear con las manos que la apartaban. Cuando la depositaron en el suelo y ella alzó los ojos para verle, un nombre acudió a su mente. Damon. Su nombre era Damon. Le miró fijamente con expresión enfurruñada, resentida por haber sido arrancada de su presa, pero obediente.



Stefan estaba incorporándose en el suelo, con el cuello rojo de sangre que también corría por su camisa. Elena se lamió los labios, sintiendo una punzada parecida a un retortijón de hambre pero que parecía provenir de cada fibra de su ser. Volvía a estar mareada.

—Me pareció —dijo Damon— que dijiste que estaba muerta.

Miraba a Stefan, que estaba aún más pálido que antes, si es que eso era posible. Aquel rostro blanco estaba lleno de infinita desesperación.

—Mírala —fue todo lo que dijo.

Una mano sujetó la barbilla de Elena, ladeando su rostro hacia arriba. Ella devolvió directamente la mirada de los oscuros ojos entrecerrados de Damon. Luego, largos y finos dedos tocaron sus labios, sondeando entre ellos. Instintivamente, Elena intentó morder, pero no muy fuerte. El dedo de Damon localizó la afilada curva de un colmillo y Elena sí que mordió entonces, dando un mordisco parecido al de un gatito.

El rostro de Damon era inexpresivo, la mirada dura.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó.

Elena miró a su alrededor. Árboles.

—En el bosque —dijo con picardía, volviendo a mirarle.

—¿Y quién es ése?

Ella siguió la dirección que indicaba su dedo.

—Stefan —respondió con indiferencia—. Tu hermano.

—¿Y quién soy yo? ¿Sabes quién soy yo?

Ella le sonrió, mostrando sus dientes afilados.

—Claro que lo sé. Eres Damon, y te amo.



Capítulo 2

La voz de Stefan sonó quedamente feroz.

—Eso es lo que querías, ¿verdad, Damon? Y ahora lo has conseguido. Has hecho que sea como nosotros, como tú. No era suficiente con limitarte a matarla.

Damon no le dirigió ni una mirada. Miraba a Elena atentamente con ojos entrecerrados, todavía arrodillado y sujetándole la barbilla.

—Es la tercera vez que has dicho eso, y empiezo a estar un poco cansado de oírlo — comentó en voz baja.

Despeinado, todavía un poco jadeante, seguía estando sereno y controlando la situación.

—Elena, ¿te maté yo?

—Desde luego que no —dijo Elena, entrelazando los dedos en los de la mano libre del joven.

Empezaba a impacientarse. ¿De qué estaban hablando, de todos modos? Nadie había sido asesinado.

—Jamás pensé que fueras un mentiroso —dijo Stefan a Damon, sin que la amargura de su voz cambiara—. Te creía capaz de cualquier cosa, pero no de eso. Nunca antes te he oído intentar encubrir lo que habías hecho.

—Un minuto más —replicó Damon—, y perderé los estribos.

«¿Qué más podrías hacerme? —replicó mentalmente Stefan—. Matarme sería un acto de misericordia.»

—Me quedé sin misericordia por ti hace un siglo —dijo Damon en voz alta, y soltó finalmente la barbilla de Elena—. ¿Qué recuerdas sobre hoy? —preguntó a la joven.

Elena habló con voz cansada, como una criatura que recita una lección odiada.

—Hoy era la celebración del Día del Fundador.

Alzó los ojos hacia Damon, enredando los dedos en los de él. Hasta allí era lo máximo a que podía llegar por sí misma, pero no era suficiente. Irritada, intentó recordar algo más.

—Había alguien en la cantina... Caroline —le ofreció el nombre, complacida—. Iba a leer mi diario ante todo el mundo, y eso era malo porque... —Elena hurgó en su memoria y no lo consiguió—. No recuerdo por qué. Pero la engañamos. —Le dedicó una cálida sonrisa, con complicidad.

—Ah, «nosotros» lo hicimos, ¿verdad?

—Sí. Se lo quitaste. Lo hiciste por mí.



Los dedos de su mano libre se deslizaron bajo la chaqueta de Damon, buscando la cuadrada dureza del pequeño libro.

—Porque me amas —dijo, localizándolo y arañándolo levemente—. ¿Me amas, no es cierto?

Se escuchó un leve sonido en el centro del claro. Elena miró y vio que Stefan había desviado la mirada.

—Elena, ¿qué sucedió a continuación? —inquirió la voz de Damon.

—¿A continuación? A continuación tía Judith empezó a discutir conmigo. —Elena reflexionó un momento y por fin se encogió de hombros—. Sobre... algo. Me enfurecí. Ella no es mi madre. No puede decirme qué debo hacer.

La voz de Damon sonó cáustica.

—No creo que eso suponga ya un problema. Después, ¿qué?

Elena suspiró profundamente.

—Después fui y cogí el coche de Matt. Matt.

Pronunció el nombre de forma reflexiva, chasqueando la lengua sobre los colmillos. Mentalmente vio un rostro apuesto, cabellos rubios, hombros fuertes.

—Matt.

—¿Y adónde fuiste en el coche de Matt?

—Al puente Wickery —dijo Stefan, volviendo la cabeza hacia ellos con mirada desolada.

—No, a la casa de huéspedes —corrigió Elena, irritada—. Para esperar a... mmm. Lo olvidé. Como sea, aguardé allí. Entonces..., entonces empezó la tormenta. Viento, lluvia, todo eso. No me gustó. Me metí en el coche. Pero algo vino tras de mí.

—Alguien fue tras de ti —dijo Stefan, mirando a Damon.

—Fue algo —insistió Elena, que estaba harta de sus interrupciones—. Marchemos a alguna parte nosotros solos —le dijo a Damon, alzándose de rodillas de modo que su rostro quedara cerca del suyo.

—Dentro de un minuto —replicó él—. ¿Qué clase de cosa fue a por ti?

La muchacha se recostó, exasperada.

—¡No sé qué clase de cosa! No era como nada que haya visto nunca. No como tú o Stefan. Era...

Ondularon imágenes por su mente. Niebla discurriendo a ras del suelo. El viento que aullaba. Una forma, blanca, enorme, que parecía como hecha de la misma niebla. Acortando distancias con ella como una nube empujada por el viento.

—A lo mejor era simplemente parte de la tormenta —dijo—. Pero pensé que quería hacerme daño. No obstante, escapé. —Juguetearo con la cremallera de la cazadora de Damon, sonrió confidencialmente y alzó los ojos para mirarle por entre las pestañas.

Por vez primera, el rostro de Damon mostró emoción; los labios se crisparon en una mueca. —Escapaste.



—Sí. Recordé lo que... alguien... me contó sobre las corrientes de agua. Las cosas malvadas no pueden cruzarlas. Así que conduje hacia Drowning Creek, en dirección al puente. Y entonces...

Vaciló y frunció el entrecejo, intentando hallar un recuerdo sólido en medio de la nueva confusión. Agua. Recordaba el agua. Y alguien que chillaba. Pero nada más.

—Y entonces lo crucé —finalizó por fin, alegremente—. Debí de hacerlo, porque estoy aquí. Y eso es todo. ¿Podemos marchar ahora?

Damon no le respondió.

—El coche sigue en el río —indicó Stefan.

Damon y él se contemplaban como dos adultos celebrando una conversación por encima de la cabeza de una criatura que no entiende nada, las hostilidades suspendidas por el momento. Elena sintió una oleada de irritación. Abrió la boca, pero Stefan seguía diciendo:

—Bonnie, Meredith y yo lo encontramos. Me sumergí y la cogí, pero para entonces...

«Para entonces, ¿qué?», Elena frunció el entrecejo.

Los labios de Damon se curvaron burlones.

—¿Y la diste por perdida? Tú, entre todas las personas, deberías haber sospechado lo que podría suceder. ¿O te repugnaba tanto la idea que no podías ni considerarla siquiera? ¿Preferirías que estuviera realmente muerta?

—¡No tenía pulso ni respiración! —estalló Stefan—. ¡Y nunca había tenido en su interior suficiente sangre como para hacer el cambio! —Los ojos se endurecieron—. Al menos no de mí.

Elena volvió a abrir la boca, pero Damon posó dos dedos sobre ella para mantenerla callada; luego dijo con suavidad:

—Y ése es el problema ahora... ¿O estás demasiado ciego para verlo también? Me dijiste que la mirara; mírala tú mismo. Está conmocionada, irracional. Ah, sí, incluso yo admito esto. —Hizo una pausa para mostrar una sonrisa deslumbrante antes de seguir—. Es más que la confusión normal tras el cambio. Necesitará sangre, sangre humana, o el cuerpo no tendrá la energía suficiente para finalizar el cambio. Morirá.

«¿Qué quieres decir con irracional?», pensó Elena, indignada.

—Estoy perfectamente —dijo desde detrás de los dedos de Damon—. Estoy cansada, eso es todo. Iba a echarme a dormir cuando os oí pelear, y vine a ayudarte. Y entonces ni siquiera quisiste dejar que le matara —finalizó, asqueada.

—Sí, ¿por qué no la dejaste? —inquirió Stefan.

El muchacho miraba a Damon como si pudiera agujerearle con los ojos. Cualquier rastro de cooperación por su parte había desaparecido.

—Habría sido lo más sencillo.

Damon le devolvió la dura mirada, repentinamente furioso, la propia animosidad fluyendo al encuentro de la de Stefan. Respiraba con rapidez y ligereza.



—Quizá no me gusten las cosas sencillas —siseó, luego pareció volver a recuperar el control de sí mismo y los labios se curvaron burlones al añadir—: Míralo de este modo, querido hermano: si alguien va a tener la satisfacción de matarte, seré yo. Nadie más. Planeo ocuparme de esa tarea personalmente. Y es algo en lo que soy muy bueno; te lo prometo.

—Ya nos lo has demostrado —repuso el otro en voz baja, como si cada palabra le produjera náuseas.

—Pero a ella —indicó Damon, volviendo la cabeza hacia Elena con ojos resplandecientes — no la maté yo. ¿Por qué tendría que hacerlo? Podría haberla cambiado en cualquier momento que hubiera querido.

—A lo mejor porque acababa de comprometerse en matrimonio con otra persona.

Damon alzó la mano de Elena, todavía entrelazada en la suya. En el anular centelleaba un anillo de oro, con una gema azul oscuro engastada en él. Elena lo contempló con el entrecejo fruncido, recordando vagamente haberlo visto con anterioridad. Luego se encogió de hombros y se inclinó contra Damon con gesto cansado.

—Bien —dijo Damon, bajando la mirada hacia ella—, eso no parece que sea un gran problema, ¿verdad? Creo que podría haberse alegrado de olvidarte. —Alzó los ojos hacia su hermano con una sonrisa desagradable—. Pero lo descubriremos una vez que vuelva a ser ella misma. Podemos preguntarle entonces a quién de nosotros elige. ¿De acuerdo?

Stefan sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes sugerirlo siquiera? Tras lo que sucedió... —La voz se apagó.

—¿Con Katherine? Yo puedo decirlo, si tú no puedes. Katherine hizo una elección estúpida, y pagó el precio. Elena es distinta; sabe lo que quiere. Pero no importa si estás de acuerdo —añadió, haciendo caso omiso de las nuevas protestas de Stefan—. El hecho es que está débil ahora y necesita sangre. Me ocuparé de que la consiga, y luego voy a averiguar quién le hizo esto. Puedes venir o no. Haz lo que quieras.

Se puso en pie, arrastrando a Elena para que se incorporara con él.

—Vamos.

Elena se levantó de buena gana, contenta de ponerse en marcha. El bosque resultaba interesante de noche; nunca antes lo había advertido. Los búhos lanzaban sus lastimeros e inquietantes gritos por entre los árboles, y los ratones ciervo se escabullían rápidamente de sus pies en movimiento. El aire era más frío en algunas zonas, al helarse primero en las hondonadas y huecos del bosque. Descubrió que era fácil moverse en silencio junto a Damon por entre las hojas secas desperdigadas por el suelo; era simplemente cuestión de tener cuidado sobre dónde pisaba. No miró atrás para ver si Stefan los seguía.

Reconoció el lugar por el que abandonaron el bosque. Había estado allí más temprano aquel día. En aquellos momentos, no obstante, había una especie de actividad frenética: luces rojas y azules que centelleaban sobre coches, proyectores que enmarcaban las oscuras formas de gentes apelotonadas. Elena las miró con curiosidad. Varias le eran familiares. Aquella mujer, por ejemplo, con el rostro delgado y angustiado y los ojos inquietos... ¿Tía Judith? Y el hombre alto que tenía al lado... ¿El prometido de tía Judith?

Debería haber alguien más con ellos, se dijo Elena. Una niña con cabellos tan pálidos como los de la misma Elena. Pero por mucho que lo intentó, no consiguió darle un nombre.



Las dos chicas abrazadas una a otra, de pie en medio de un círculo de agentes de policía, a aquellas dos sí las recordaba, no obstante. La pelirroja menuda que lloraba era Bonnie. La más alta con la melena oscura, Meredith.

—Pero ella no está en el agua —decía Bonnie a un hombre uniformado, y su voz temblaba al borde de la histeria—. Vimos cómo Stefan la sacaba. Se lo he dicho y repetido una y otra vez.

—¿Y le dejasteis aquí con ella?

—Teníamos que hacerlo. La tormenta empeoraba, y algo se acercaba...

—Eso no importa —intervino Meredith, y sonó sólo ligeramente más tranquila que Bonnie—. Stefan dijo que si... tenía que dejarla, la dejaría yaciendo bajo los sauces.

—Y exactamente, ¿dónde está Stefan ahora? —preguntó otro hombre uniformado.

—No lo sabemos. Nosotras regresamos a buscar ayuda. Probablemente nos siguió. Pero en cuanto a lo que le sucedió a... a Elena... —Bonnie se dio la vuelta y enterró el rostro en el hombro de Meredith.

«Están apenadas por mí —comprendió Elena—. Qué tontas. De todos modos puedo aclararlo.» Empezó a avanzar hacia la luz, pero Damon la retuvo. Le miró, dolida.

—No de ese modo. Elige a los que quieras, y nosotros los sacaremos de ahí —dijo.

—¿Los que quiera para qué?

—Para alimentarte, Elena. Ahora eres una cazadora. Ésas son tus presas.

Elena presionó la lengua contra un colmillo con expresión dubitativa. Nada de lo que había allí le parecía comida. Con todo, ya que Damon lo decía, se sentía inclinada a concederle el beneficio de la duda.

—Lo que a ti te parezca —respondió servicial.

Damon ladeó la cabeza atrás, con los ojos entrecerrados, escudriñando la escena como un experto evaluando una pintura famosa.

—Bien, ¿qué tal una pareja de amables enfermeros? —No —dijo una voz detrás de ellos. Damon apenas echó una ojeada por encima del hombro para mirar a Stefan. —¿Por qué no?

—Porque ya ha habido suficientes ataques. Puede que necesite sangre humana, pero no tiene que cazar para conseguirla.

El rostro de Stefan era insondable y hostil, pero había un aire de denodada determinación en el joven.

—¿Existe otro modo? —inquirió Damon irónicamente.

—Sabes que lo hay. Encontrar a alguien que esté dispuesto a hacerlo... o al que se pueda influenciar para que lo haga. Alguien que lo haría por Elena y que es bastante fuerte para manejar la situación mentalmente.

—¿Y supongo que sabes dónde podemos encontrar a ese dechado de virtud?

—Llévala a la escuela. Me reuniré con vosotros allí —dijo Stefan, y desapareció.

Abandonaron aquella actividad aún en plena efervescencia, las luces centelleando, la gente dando vueltas. Mientras marchaban, Elena advirtió algo curioso. En medio del río, iluminado



por los focos, había un automóvil. Estaba totalmente sumergido, a excepción del guardabarros delantero, que sobresalía del agua.

«Vaya lugar estúpido en el que aparcar un coche», pensó, y siguió a Damon de vuelta al interior del bosque.

Stefan empezaba a sentir otra vez.

Dolía. Había creído que el sufrimiento se había acabado para él, que había dejado de sentir para siempre. Al sacar el cuerpo sin vida de Elena de las oscuras aguas, había pensado que nada podía volver a hacerle sufrir, porque nada podría igualar aquel momento.

Se había equivocado.

Se detuvo y permaneció con la mano ilesa apoyada con fuerza contra un árbol, la cabeza gacha y respirando hondo. Cuando las neblinas rojas se disiparon y pudo volver a ver, siguió adelante, pero el ardiente dolor del pecho permaneció igual. «Deja de pensar en ella», se dijo, sabiendo que era inútil.

Pero ella no estaba realmente muerta. ¿No era eso importante? Había creído que jamás volvería a oír su voz, sentir su contacto...

Y ahora, cuando ella le tocaba, lo que quería era matarle.

Volvió a detenerse, doblándose hacia adelante, temiendo que iba a empezar a vomitar.

Verla de aquel modo era una tortura peor que verla yacer fría y sin vida. Quizá porque Damon le había dejado vivir. Quizá ésta era la venganza de Damon.

Y a lo mejor Stefan debería hacer simplemente lo que había planeado hacer después de matar a su hermano. Aguardar hasta el amanecer y quitarse el anillo de plata que le protegía de la luz solar. Dejarse bañar por el abrazo ardiente de aquellos rayos hasta que le consumieran la carne que envolvía sus huesos y pusieran fin al dolor de una vez por todas.

Pero sabía que no lo haría. Mientras Elena deambulaba por la Tierra, él jamás la dejaría. Incluso aunque ella le odiara, incluso aunque le diera caza. Haría cualquier cosa que estuviera en su mano para mantenerla a salvo.

Se desvió hacia la casa de huéspedes. Necesitaba limpiarse antes de permitir que los humanos le vieran. Una vez en su habitación, se lavó la sangre del rostro y el cuello y examinó el brazo. El proceso de curación ya se había iniciado, y con concentración podía acelerarlo aún más. Estaba agotando sus poderes rápidamente; la pelea con su hermano ya le había debilitado. Pero esto era importante. No debido al dolor —apenas lo advertía—, sino porque necesitaba estar en forma.

Damon y Elena aguardaban frente a la escuela. Percibió la impaciencia de su hermano y la alocada nueva presencia de Elena allí en la oscuridad.

—Será mejor que esto funcione —dijo Damon.

Stefan no dijo nada. El auditorio de la escuela era otro núcleo de agitación. La gente debería de estar gozando del baile del Día de los Fundadores; pero, de hecho, los que se habían quedado durante la tormenta deambulaban por el lugar o se reunían en pequeños grupos, conversando. Stefan miró por la puerta abierta, buscando con la mente una presencia concreta.

La encontró. Una cabeza rubia estaba inclinada sobre una mesa en el rincón.



«Matt.»

Matt se irguió y miró a su alrededor, perplejo. Stefan deseó mentalmente que saliera al exterior. «Necesitas aire fresco —pensó, insinuando la sugerencia en el subconsciente del muchacho—. Sientes ganas de salir afuera un momento.»

A Damon, de pie e invisible justo más allá de la luz, le dijo:

«Llévala dentro de la escuela, al aula de fotografía. Ella sabe dónde es. No os dejéis ver hasta que yo lo diga.» Luego retrocedió y aguardó a que apareciera Matt.

Matt salió, su rostro ojeroso alzado hacia el cielo sin luna. El joven se sobresaltó violentamente cuando Stefan le habló.

—¡Stefan! ¡Estás aquí! —Desesperación, esperanza y horror lucharon por obtener el predominio en su rostro; se acercó a toda prisa a Stefan—. ¿La han... traído ya de vuelta? ¿Hay alguna noticia?

—¿Qué es lo que has oído?

Matt le contempló fijamente un momento antes de responder.

—Bonnie y Meredith entraron diciendo que Elena había caído del puente Wickery con mi coche. Dijeron que... —Hizo una pausa y tragó saliva—. Stefan, no es cierto, ¿verdad? —Sus ojos suplicaban.

Stefan desvió la mirada.

—¡Dios mío! —exclamó Matt con voz quebrada; dio la espalda a Stefan, presionando las bases de las manos contra los ojos—. No lo creo; desde luego que no. No puede ser cierto.

—Matt... —Tocó el hombro del muchacho.

—Lo siento. —La voz de Matt era ronca y entrecortada—. Debes de estar sufriendo mucho, y yo no hago más que empeorarlo.

«Más de lo que crees», pensó Stefan, dejando caer la mano. Había llegado con la intención de usar sus poderes para persuadir a Matt, pero en aquellos momentos eso parecía un imposible. No podía hacerlo, no al primer —y único— amigo humano que había tenido en aquel lugar.

La única otra opción era contarle a Matt la verdad. Permitir que Matt efectuara su propia elección, sabiéndolo todo.

—Si hubiera algo que pudieras hacer por Elena en estos momentos —dijo—, ¿lo harías?

Matt estaba demasiado ensimismado en sus emociones para preguntar qué clase de pregunta idiota era aquélla.

—Cualquier cosa —respondió casi con enojo, restregándose una manga por los ojos—. Haría cualquier cosa por ella.

Miró a Stefan con algo parecido al desafío, la respiración temblorosa.

«Felicitaciones —pensó Stefan, sintiendo de repente un enorme vacío en el estómago—. Acabas de ganar un viaje a la Zona Crepuscular.»

—Acompáñame —dijo en voz alta—, tengo que mostrarte algo.



Capítulo 3

Elena y Damon esperaban en el cuarto oscuro. Stefan percibió su presencia en el pequeño anexo cuando empujó la puerta que daba al aula de fotografía y condujo a Matt al interior.

—Se supone que estas puertas deberían estar cerradas —dijo Matt mientras Stefan pulsaba el interruptor de la luz.

—Lo estaban —respondió Stefan, sin saber qué otra cosa decir para preparar a Matt para lo que se avecinaba. Nunca hasta entonces se había dado a conocer deliberadamente a un humano.

Se quedó de pie, callado, hasta que Matt se dio la vuelta y le miró. El aula estaba fría y silenciosa, y el aire parecía flotar pesadamente. Mientras el momento se alargaba, vio cómo la expresión de Matt cambiaba lentamente del aturdimiento producido por el dolor al desconcierto.

—No comprendo —dijo Matt.

—Ya sé que no comprendes.

Siguió mirando al muchacho, dejando caer a propósito las barreras que ocultaban sus poderes a la percepción humana. Vio la reacción en el rostro de Matt a medida que la inquietud pasaba a transformarse en miedo. Matt pestañeó y sacudió la cabeza, a la vez que su respiración se aceleraba.

—¿Qué...? —empezó a decir con voz áspera.

—Probablemente hay un gran número de cosas que te has preguntado respecto a mí —indicó Stefan—. Por qué llevo gafas de sol cuando la luz es intensa. Por qué no como. Por qué mis reflejos son tan rápidos.

Matt le daba ahora la espalda al cuarto oscuro. Su garganta se movía espasmódicamente, como si estuviera intentando tragar saliva. Stefan, con sus sentidos de depredador, podía oír cómo el corazón del muchacho latía con un sonido sordo.

—No —respondió Matt.

—Sin duda debes de haber sentido curiosidad. Tienes que haberte preguntado qué me hace tan diferente de todos los demás.

—No. Quiero decir... No me importa. Me mantengo alejado de cosas que no son asunto mío.

Matt se iba acercando poco a poco a la puerta, los ojos dirigiéndose raudos hacia ella en un movimiento apenas perceptible.

—No lo hagas, Matt. No quiero hacerte daño, pero no puedo dejar que te vayas ahora.



Percibía necesidad apenas contenida emanando de Elena desde su escondite. «Aguarda», le dijo mentalmente.

Matt se quedó inmóvil, abandonando cualquier intento de alejarse.

—Si quieres asustarme, lo has conseguido —observó en voz queda—. ¿Qué más quieres?

«Ahora», indicó Stefan a Elena, y a Matt le dijo:

—Date la vuelta.

Matt se volvió. Y ahogó un grito.

Elena estaba allí de pie, pero no la Elena de aquella tarde, cuando Matt la había visto por última vez. Ahora los pies estaban descalzos bajo el dobladillo del largo vestido, y los finos pliegues de muselina blanca que se pegaban a su cuerpo estaban incrustados de cristales de hielo que centelleaban bajo la luz. La tez, siempre blanca, tenía un extraño lustre invernal, y los cabellos de un dorado pálido parecían recubiertos con un resplandor plateado. Pero la auténtica diferencia estaba en el rostro. Aquellos ojos de un azul profundo estaban entrecerrados, parecían casi adormilados, y a la vez anormalmente despiertos. Y una expresión de sensual expectación y hambre serpenteaba por sus labios. Estaba más hermosa de lo que había sido en vida, pero era una belleza aterradora.

Mientras Matt la miraba fijamente, paralizado, Elena sacó la rosada lengua y se lamió los labios.

—Matt —dijo, deteniéndose un largo rato en la primera consonante del nombre, y a continuación sonrió.

Stefan oyó cómo Matt inhalaba profundamente con incredulidad, y el casi sollozo que profirió cuando finalmente retrocedió ante ella.

«No pasa nada», dijo, enviando el pensamiento a Matt en una oleada de poder. Cuando Matt se volvió violentamente hacia él, con los ojos desorbitados por la conmoción, añadió:

—Así que ahora ya lo sabes.

La expresión de Matt decía que no quería saber, y Stefan vio la negativa en su rostro. Pero Damon salió para colocarse junto a Elena y se movió un poco a la derecha, añadiendo su presencia a la cargada atmósfera de la habitación.

Matt estaba rodeado. Los tres se cernieron sobre él, inhumanamente hermosos, amenazadores de un modo innato.

Stefan olía el miedo del muchacho. Era el miedo impotente del conejo ante el zorro, del ratón ante el búho. Y Matt tenía motivos para estar asustado. Ellos eran la especie cazadora; él era la presa. Su ocupación en la vida era matarlo.

Y justo en aquel momento los instintos se estaban descontrolando. El instinto de Matt era dejarse llevar por el pánico y huir, y ello estaba desencadenando reflejos en la cabeza de Stefan. Cuando la presa huía, el depredador le daba caza; era así de sencillo. Los tres depredadores que había allí estaban excitados, a punto de saltar, y Stefan sintió que no podía hacerse responsable de las consecuencias si Matt echaba a correr.

«No queremos hacerte daño —le dijo al muchacho—. Es Elena quien te necesita, y lo que necesita no te causará un daño permanente. Ni siquiera tiene que doler, Matt.» Pero los



músculos de Matt todavía estaban tensados para huir, y Stefan se dio cuenta de que los tres lo estaban acosando, acercándose más, listos para atajar cualquier huida.

«Dijiste que harías cualquier cosa por Elena», le recordó a Matt con desesperación, y le vio efectuar su elección.

El muchacho soltó aire, y la tensión desapareció de su cuerpo.

—Tienes razón, lo hice —murmuró, e hizo acopio de valor de un modo muy visible antes de proseguir—. ¿Qué necesita?

Elena se inclinó al frente y posó un dedo en el cuello de Matt, siguiendo con él las flexibles protuberancias de una arteria.

—Ésa no —se apresuró a indicar Stefan—. No quieres matarle, ¿verdad? Díselo, Damon.

Como su hermano no realizó ningún esfuerzo por hacerlo, añadió: «Díselo».

—Prueba aquí, o aquí.

Damon señaló los puntos con aséptica eficiencia, sosteniendo en alto la barbilla de Matt. Era lo bastante fuerte para que Matt no pudiera liberarse de su mano, y Stefan notó que el pánico del joven volvía a brotar.

«Confía en mí, Matt. —Fue a colocarse detrás del muchacho—. Pero tiene que ser tu elección —finalizó, repentinamente abrumado por la compasión—. Puedes cambiar de idea.»

Matt vaciló y luego masculló:

—No. Todavía quiero ayudar. Quiero ayudarte, Elena.

—Matt —susurró ella, con los ojos azules como alhajas, enmarcados por espesas pestañas, fijos en él.

Luego descendieron lentamente hacia la garganta y los labios se abrieron ansiosos. No había ni rastro de la indecisión que había mostrado cuando Damon sugirió que se alimentara de los enfermeros.

—Matt.

Elena volvió a sonreír, y luego atacó, veloz como un ave de caza.

Stefan posó una mano extendida en la espalda de Matt para proporcionarle sostén. Por un instante, cuando los dientes de Elena perforaron la piel, Matt intentó retroceder, pero Stefan le envió un veloz mensaje mental. «No luches contra ello, eso es lo que provoca el dolor.»

Mientras Matt intentaba relajarse, una ayuda inesperada llegó por parte de Elena, que irradiaba los felices pensamientos de un lobo al ser alimentado. Había dado con la técnica correcta para morder en el primer intento en esa ocasión, y se sentía inundada de orgullo inocente y satisfacción creciente a medida que las agudas punzadas del hambre se mitigaban. Y de agradecimiento hacia Matt, advirtió Stefan, con un repentino ataque de celos. Elena no odiaba a Matt ni quería matarle, porque él no representaba ninguna amenaza para Damon. Sentía afecto por Matt.

Stefan le permitió tomar tanta como era seguro, y luego intervino. «Es suficiente, Elena. No querrás hacerle daño.» Pero fueron necesarios los esfuerzos combinados de él mismo, Damon y un más bien vacilante Matt para conseguir desasirla.



—Ahora necesita descansar —indicó Damon—. Me la llevo a algún lugar donde lo pueda hacer sin correr peligro.

No se lo preguntaba a Stefan; se lo estaba diciendo.

Mientras marchaban, su voz mental añadió, sólo para los oídos de Stefan: «No he olvidado el modo en que me atacaste, hermano. Hablaremos sobre eso más tarde».

Stefan los siguió con la mirada. Había advertido el modo en que los ojos de Elena permanecían clavados en los de Damon, cómo le seguía sin hacer preguntas. Pero ahora ella estaba fuera de peligro; la sangre de Matt le había proporcionado las energías que necesitaba. Eso era todo lo que Stefan tenía para aferrarse, y se dijo que era todo lo que importaba.

Volvió la cabeza para examinar la expresión aturdida de Matt. El chico humano se había dejado caer en una de las sillas de plástico y miraba directamente al frente.

Entonces sus ojos se alzaron hacia los de Stefan, y ambos se contemplaron con expresión lúgubre.

—Así pues —dijo Matt—, ahora lo sé. —Sacudió la cabeza, desviándola ligeramente—. Pero sigo sin poder creerlo —farfulló. Presionó los dedos con cautela sobre el costado del cuello e hizo una mueca—. Excepto por esto. —Luego frunció el entrecejo—. Ese tipo... Damon. ¿Quién es?

—Mi hermano mayor —respondió Stefan sin emoción—. ¿Cómo conoces su nombre?

—Estaba en casa de Elena la semana pasada. La gatita le bufó —Matt hizo una pausa, recordando a todas luces algo más—, y Bonnie sufrió alguna especie de ataque de videncia.

—¿Tuvo una precognición? ¿Qué dijo? —Dijo... dijo que la muerte estaba en la casa. Stefan miró a la puerta por la que Damon y Elena habían marchado.

—Tenía razón.

—Stefan, ¿qué sucede? —Una nota de súplica surgió en la voz de Matt—. Todavía no lo comprendo. ¿Qué le ha sucedido a Elena? ¿Va a ser así para siempre? ¿No hay nada que podamos hacer?

—¿Ser cómo? —inquirió Stefan con brutalidad—. ¿Una criatura desorientada? ¿Una vampira?

Matt desvió la mirada.

—Las dos cosas.

—En cuanto a la primera, puede que se torne más racional ahora que se ha alimentado. Eso es lo que Damon piensa, en cualquier caso. En cuanto a lo otro, sólo existe una cosa que puedas hacer para cambiar su estado. —Mientras los ojos de Matt se iluminaban esperanzados, Stefan prosiguió—: Puedes conseguir una estaca de madera y clavársela en el corazón. Entonces ya no será una vampira. Estará simplemente muerta.

Matt se puso en pie y fue a la ventana.

—No la matarías, no obstante, porque eso ya ha sucedido. Se ahogó en el río, Matt. Pero debido a que tenía en su interior suficiente sangre mía... —hizo una pausa para tranquilizar la voz— y al parecer, de mi hermano, se transformó en lugar de limitarse a morir. Despertó convertida en una cazadora como nosotros. Eso es lo que será a partir de ahora.



Con la espalda todavía girada, Matt respondió:

—Siempre supe que había algo en ti. Me decía que se debía simplemente a que eras de otro país. —Volvió a menear la cabeza en autodesaprobación—. Pero en lo más profundo sabía que era más que eso. Y algo de todos modos siguió diciéndome que podía confiar en ti, y lo hice.

—Como cuando me acompañaste a buscar verbena.

—Sí, como entonces —añadió—: ¿Puedes decirme ahora para qué demonios era?

—Para la protección de Elena. Quería mantener a Damon apartado de ella. Pero parece que no era eso precisamente lo que ella quería, después de todo. —No pudo evitar la amargura, la cruda traición, en su tono de voz.

—No la juzgues antes de conocer todos los hechos, Stefan —indicó Matt, volviéndose—. Ésa es una cosa que he aprendido.

Stefan se sobresaltó; luego mostró una leve sonrisa sin humor. Como ex novios de Elena, Matt y él estaban en la misma posición en aquel momento. Se preguntó si se mostraría tan condescendiente al respecto como lo había sido el muchacho. Si aceptaría la derrota como un caballero.

No lo creía.

En el exterior había empezado a dejarse oír un sonido. Era inaudible a los oídos humanos, y Stefan casi hizo caso omiso de él... Hasta que las palabras atravesaron su conciencia.

Entonces recordó lo que había hecho en aquella misma escuela apenas unas horas antes. Hasta aquel momento se había olvidado por completo de Tyler Smallwood y sus amigos matones.

Ahora aquel recuerdo había vuelto; vergüenza y horror le hicieron un nudo en la garganta. Había estado desquiciado de dolor por lo sucedido a Elena, y había dejado de razonar bajo aquella presión. Pero eso no era excusa para lo que había hecho. ¿Estaban todos muertos? ¿Él, que había jurado hacía tanto tiempo no matar jamás, había matado a seis personas ese día?

—Stefan, aguarda. ¿Adónde vas?

Al ver que no le respondía, Matt le siguió, medio corriendo tras él, fuera del edificio principal de la escuela y la zona asfaltada. En el otro extremo del terreno, el señor Shelby estaba de pie junto al cobertizo prefabricado.

El rostro del conserje estaba gris y surcado por una expresión de horror. Parecía que intentaba gritar, pero de su boca sólo surgían unos jadeos roncós. Apartándole de un empujón, Stefan miró dentro de la habitación y sintió una curiosa sensación de *déjà vu*.

Parecía la habitación del Acuchillador Loco de la Casa Encantada que habían montado para recaudar fondos. Excepto que lo que tenía delante no era un cuadro vivo montado para los visitantes. Era real.

Había cuerpos caídos por todas partes, en medio de fragmentos de madera y cristal procedentes de la ventana hecha añicos. Toda superficie visible estaba salpicada de sangre, de un rojo marrón y siniestro a medida que se secaba. Y una mirada a los cuerpos reveló el motivo: cada uno tenía un par de heridas de un morado cárdeno en el cuello. Excepto



Caroline: ésta tenía el cuello sin marcas, pero los ojos carecían de expresión y miraban fijamente.

Detrás de Stefan, Matt hiperventilaba.

—Stefan, Elena no... Ella no...

—Cállate —respondió él lacónicamente.

Stefan echó una rápida mirada atrás en dirección al señor Shelby, pero el conserje se había acercado trastabillando a su carretón de escobas y fregonas y estaba apoyado contra él. Pedazos de cristal chirriaron bajo los pies de Stefan cuando éste cruzó la habitación para arrodillarse junto a Tyler.

No estaba muerto. Stefan sintió un estallido de alivio al advertirlo. El pecho de Tyler se movía débilmente, y cuando Stefan alzó la cabeza del muchacho, sus ojos se abrieron apenas una rendija, vidriosos y perdidos.

«No recuerdas nada», le dijo Stefan mentalmente, pero incluso mientras se lo decía, se preguntó por qué se molestaba. Sencillamente, debería abandonar Fell's Church, marchar a toda prisa ahora y no regresar jamás.

Pero no lo haría. No mientras Elena siguiera allí.

Reunió las mentes inconscientes de las otras víctimas bajo su dominio y les dijo lo mismo, vertiéndolo en lo más profundo de sus cerebros. «No recordáis quién os atacó. Toda la tarde está en blanco.»

Mientras lo hacía, sintió que sus poderes mentales temblaban como músculos fatigados en exceso. Estaba próximo al agotamiento.

Fuera, el señor Shelby había recuperado por fin la voz y gritaba. Con gesto cansino, Stefan dejó que la cabeza de Tyler resbalara por entre sus dedos hasta el suelo y se dio la vuelta.

Los labios de Matt estaban echados hacia atrás y el joven resoplaba, como si acabara de oler algo molesto. Sus ojos eran los ojos de un desconocido.

—Elena no lo hizo —musitó—. Tú lo hiciste.

«¡Cállate!» Stefan le apartó a un lado para salir al grato frescor de la noche, poniendo distancia entre él y aquella habitación mientras notaba el viento gélido sobre la ardiente piel. Pasos que corrían procedentes de las cercanías de la cantina le indicaron que algunos humanos habían oído por fin los gritos del conserje.

—Lo hiciste tú, ¿verdad?

Matt había seguido a Stefan al terreno de juego. Su voz indicaba que intentaba comprenderlo.

Stefan se volvió enfurecido hacia él.

—Sí, lo hice —gruñó.

Miró fijamente al muchacho hasta que éste apartó la vista, sin disimular ni un ápice la furiosa amenaza pintada en su rostro.

—Te lo dije, Matt, somos cazadores. Asesinos. Vosotros sois las ovejas; nosotros somos los lobos. Y Tyler lo ha estado pidiendo cada día desde que llegué aquí.



—Pidiendo un puñetazo en la nariz, por supuesto. Como el que le diste la otra vez. Pero... ¿eso?

Matt se acercó más a él, mirándole fijamente a los ojos, sin miedo. Tenía valentía física, Stefan debía concedérselo.

—¿Y no sientes lástima siquiera? ¿No lo lamentas?

—¿Por qué debería hacerlo? —respondió Stefan con frialdad, vacuamente—. ¿Lo lamentas cuando comes demasiado bistec? ¿Sientes lástima por la vaca?

Vio la expresión de doliente incredulidad del muchacho y siguió adelante. Era mejor que Matt se mantuviera alejado de él a partir de aquel momento, muy lejos de él. O el joven podría acabar como aquellos cuerpos del cobertizo.

—Soy lo que soy, Matt. Y si no puedes soportarlo, será mejor que te mantengas apartado de mí.

Matt le contempló fijamente durante un instante más, la doliente incredulidad transformándose poco a poco en dolida desilusión. Los músculos en torno a la mandíbula se marcaron profundamente. Luego, sin una palabra, giró sobre los talones y se alejó.

Elena estaba en el cementerio.

Damon la había dejado allí, exhortándola a que no se moviera hasta que él regresara. Pero ella no quería quedarse allí sentada sin hacer nada. Estaba cansada, pero no realmente adormilada, y la nueva sangre la afectaba como una inyección de cafeína. Quería ir de exploración.

El cementerio estaba lleno de actividad, aunque no había ningún humano a la vista. Un zorro se escabullía a través de las sombras en dirección al sendero del río. Pequeños roedores se abrían paso bajo la alta hierba rala que rodeaba las lápidas, chirriando y correteando. Una lechuza voló casi en silencio hacia la iglesia en ruinas y se posó sobre el campanario con un grito espectral.

Elena se puso en pie y la siguió. Eso era mucho mejor que ocultarse en la hierba como una rata o un ratón de agua. Paseó la mirada por la iglesia en ruinas con interés, usando los agudizados sentidos para examinarla. La mayor parte del tejado se había venido abajo, y sólo se mantenían en pie tres paredes, pero el campanario se alzaba como un solitario monumento en medio de los cascotes.

A un lado estaba el sepulcro de Thomas y Honoria Fell, en forma de enorme caja o ataúd de piedra. Elena contempló con intensidad los rostros de mármol blanco de sus estatuas sobre la tapa. Yacían en sereno reposo, los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre los respectivos pechos. Thomas Fell tenía un aspecto serio y un poco severo, pero Honoria parecía simplemente triste. Elena pensó distraídamente en sus propios padres, que yacían uno junto al otro en el cementerio moderno.

«Iré a casa; ahí es adónde iré», pensó. Acababa de recordar que tenía un hogar. Podía verlo mentalmente ahora: su bonito dormitorio con las cortinas azules y el mobiliario de madera de cerezo y la pequeña chimenea. Y algo importante bajo las tablas del suelo del armario empotrado.

Encontró el camino hacia la calle Maple mediante instintos que discurrían más profundamente que la memoria, dejando que los pies la guiaran hasta allí. Era una casa muy,



muy vieja, con un gran porche delantero y ventanales en la fachada que iban desde el suelo hasta el techo. El coche de Robert estaba aparcado en el camino que llevaba a la casa.

Elena se encaminó hacia la puerta principal, y entonces se detuvo. Existía un motivo por el que la gente no debía verla, aunque no conseguía recordar cuál era en aquel preciso momento. Vaciló y luego trepó ágilmente por el membrillo hasta la ventana de su dormitorio.

Pero no iba a poder entrar allí sin que advirtieran su presencia. Una mujer estaba sentada sobre la cama con el kimono de seda roja de Elena en el regazo, contemplándolo con fijeza. Tía Judith. Robert estaba de pie junto al tocador, hablando con ella. Elena descubrió que podía captar el murmullo de su voz incluso a través del cristal.

—... volverán a salir mañana —decía—. Siempre y cuando no haya tormenta. Recorrerán cada centímetro de esos bosques y la encontrarán, Judith. Ya lo verás. —Tía Judith no dijo nada, y él siguió hablando con un tono más desesperado—. No podemos abandonar la esperanza, no importa lo que digan las chicas...

—No sirve de nada, Bob. —Tía Judith había alzado la cabeza por fin y tenía los ojos enrojecidos pero secos—. Es inútil.

—¿El intento de rescate? No permitiré que hables así. —Fue a colocarse junto a ella.

—No, no es sólo eso... Aunque sé en mi corazón que no vamos a encontrarla viva. Me refiero... a todo. A nosotros. Lo que sucedió hoy es culpa nuestra...

—Eso no es cierto. Fue un accidente inesperado.

—Sí, pero nosotros hicimos que sucediera. Si no hubiéramos sido tan duros con ella, jamás se habría marchado sola en el coche y se habría visto atrapada en la tormenta. No, Bob, no intentes hacerme callar; quiero que escuches. —Tía Judith aspiró con fuerza y prosiguió—: No fue sólo hoy, tampoco. Elena ha tenido problemas desde hace mucho tiempo, desde que empezó la escuela, y de algún modo he dejado que las señales pasaran por mi lado sin advertirlas. Porque he estado demasiado involucrada en mí misma... en nosotros... para prestarles atención. Ahora me doy cuenta. Y ahora que Elena... se ha ido... no quiero que le suceda lo mismo a Margaret.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que no me puedo casar contigo, no tan pronto como planeamos. A lo mejor nunca. —Sin mirarle, añadió en voz baja—: Margaret ha perdido demasiado ya. No quiero que sienta que también me está perdiendo a mí.

—No te está perdiendo. Si acaso, ganará a alguien, porque yo estaré aquí más a menudo. Ya sabes lo que siento por ella.

—Lo siento, Bob; simplemente no lo veo así.

—No puedes hablar en serio. Después de todo el tiempo que he pasado aquí... Después de todo lo que he hecho...

La voz de tía Judith sonó agotada e implacable:

—Hablo en serio.

Desde donde estaba encaramada fuera de la ventana, Elena contempló a Robert con curiosidad. Una vena latía con fuerza en su frente, y tenía el rostro colorado.



—Pensarás de un modo distinto mañana —dijo.

—No, no lo haré.

—No lo dices en serio...

—Sí que lo hago. No me digas que voy a cambiar de idea, porque no lo haré.

Por un instante, Robert miró a su alrededor con impotente frustración; luego, su expresión se ensombreció. Cuando habló, la voz era categórica y fría.

—Comprendo. Bueno, si ésa es tu respuesta definitiva, será mejor que me marche ahora mismo.

—Bob.

Tía Judith volvió la cabeza, sobresaltada, pero él ya había cruzado la puerta. Se puso en pie, titubeando, como si no estuviera segura de si ir o no tras él, y sus dedos amasaron el material rojo que sostenía.

—¡Bob! —volvió a llamar con más urgencia, y se dio la vuelta para dejar caer el kimono de Elena sobre la cama antes de seguirle.

Pero al girar lanzó una exclamación ahogada y se llevó una mano a la boca a toda prisa. Todo su cuerpo se quedó rígido, y los ojos se clavaron en Elena a través de la plateada hoja de vidrio. Durante un largo instante se miraron fijamente una a otra de ese modo, sin que ninguna se moviera. Luego, tía Judith apartó la mano de su boca y empezó a chillar con todas sus fuerzas.



Capítulo 4

Algo arrancó a Elena del árbol y, aullando una protesta, ella cayó y aterrizó sobre los pies como un gato. Las rodillas golpearon el suelo un segundo más tarde y se magullaron.

Se echó hacia atrás violentamente, con los dedos doblados como garras para atacar a quien fuera que lo hubiese hecho. Damon apartó la mano de un manotazo.

—¿Por qué me agarraste? —inquirió ella.

—¿Por qué no te quedaste donde te dejé? —replicó él con aspereza.

Se miraron desafiantes, furibundos por igual. Entonces la atención de Elena se distrajo. Los alaridos seguían en el piso superior, aumentados en aquellos momentos por traqueteos y golpes en la ventana. Damon la empujó suavemente contra la casa, donde no los podrían ver desde arriba.

—Alejémonos de este ruido —indicó con tono pedante, mirando hacia arriba.

Sin aguardar una respuesta, la agarró del brazo. Elena se resistió.

—¡Tengo que entrar ahí!

—No puedes. —Le dedicó una sonrisa lobuna—. Lo digo literalmente. No puedes de ningún modo entrar en esa casa. No te han invitado.

Momentáneamente perpleja, Elena le permitió arrastrarla unos pocos pasos. Luego volvió a cerrarse en banda.

—¡Pero necesito mi diario!

—¿Qué?

—Está en el armario empotrado, debajo de las tablas del suelo. Y lo necesito. No puedo dormir sin mi diario.

Elena no sabía por qué estaba armando todo aquel alboroto, pero parecía importante.

Damon pareció exasperado; luego, su rostro se aclaró.

—Toma —dijo con voz calmada y los ojos brillantes, y extrajo algo de su chaqueta—. Cógelo.

Elena contempló lo que le ofrecía con expresión dudosa.

—Es tu diario, ¿verdad?

—Sí, pero es el antiguo. Quiero el nuevo.

—Éste tendrá que servir, porque es todo lo que vas a tener. Vamos antes de que despiertes a todo el vecindario. —La voz se había vuelto fría y autoritaria otra vez.



Elena contempló el libro que él sostenía. Era pequeño, con una tapa de terciopelo azul y un cierre de latón. Tal vez no fuera la edición más nueva, pero le era familiar. Decidió que era aceptable.

Permitió que Damon se la llevara a la oscuridad de la noche.

No preguntó adónde iban. No le importaba demasiado. Pero reconoció la casa de la avenida Magnolia; era donde se alojaba Alaric Saltzman.

Y fue Alaric quien abrió la puerta principal, haciendo señas a Elena y a Damon para que entraran. El profesor de historia tenía un aspecto raro y no parecía verles en realidad. Tenía los ojos vidriosos y se movía como un autómatas.

Elena se lamió los labios.

—No —dijo Damon con brusquedad—. A éste no hay que morderle. Hay algo sospechoso en él, pero estarás segura en la casa. He dormido aquí antes. Por aquí arriba.

La hizo ascender por un tramo de escaleras hasta un desván con una ventana pequeña. Estaba atestado de objetos almacenados: trineos, esquís, una hamaca... En el extremo opuesto había un viejo colchón sobre el suelo.

—Ni siquiera sabrá que estás aquí por la mañana. Túmbate.

Elena obedeció, adoptando una posición que le pareció natural. Se tumbó sobre la espalda, con las manos cruzadas sobre el diario que sostenía contra el pecho.

Damon dejó caer un trozo de hule sobre ella, cubriendo sus pies descalzos.

—Duérmete, Elena —dijo.

Se inclinó sobre ella, y por un momento Elena pensó que él iba a... hacer algo. Tenía las ideas demasiado confusas. Pero sus ojos negros como la noche ocuparon su campo visual. Luego se echó hacia atrás, y la muchacha pudo volver a respirar. La penumbra del desván se instaló sobre ella. Los ojos se fueron cerrando y se durmió.

Despertó lentamente, recopilando información sobre dónde estaba, pedazo a pedazo. El desván de alguien por lo que parecía. ¿Qué hacía allí?

Ratas o ratones correteaban por alguna parte entre los montones de objetos tapados con hules, pero el sonido no la molestó. Un indicio apenas perceptible de luz pálida se dejaba ver alrededor de los bordes de la ventana cerrada con postigos. Elena se quitó de encima la improvisada manta y se levantó para investigar.

Era sin lugar a dudas el desván de alguien, y no el de alguien que conociera. Se sentía como si hubiese estado enferma durante un largo espacio de tiempo y acabara de despertar de su enfermedad. «¿Qué día es?», se preguntó.

Oyó voces bajo ella. En el piso inferior. Algo le dijo que tuviera cuidado y no hiciera ruido. Le daba miedo provocar cualquier clase de alboroto. Abrió con sumo cuidado la puerta del desván, sin emitir ni un sonido, y descendió con cautela al rellano. Al mirar abajo distinguió una sala de estar. La reconoció; se había sentado en aquella otomana el día que Alaric Saltzman había dado una fiesta. Estaba en casa de los Ramsey.

Y Alaric Saltzman estaba allí abajo; veía la parte superior de su cabeza de cabellos de un rubio rojizo. La voz del hombre la desconcertó, y tras un instante se dio cuenta de que era porque no sonaba ni necia ni estúpida, ni de ninguna de las otras maneras en las que la voz de



Alaric sonaba en clase. Tampoco peroraba usando la jerga propia de la psicología popular. Hablaba con serenidad y decisión a otros dos hombres.

—Podría estar en cualquier parte, incluso justo ante nuestras narices. No obstante, lo más probable es que esté fuera de la ciudad. Quizá en el bosque.

—¿Por qué en el bosque? —inquirió uno de los hombres.

Elena también conocía aquella voz y la cabeza calva. Era el señor Newcastle, el director de la escuela.

—Recuerde, las primeras dos víctimas se encontraron cerca del bosque —dijo el otro hombre.

«¿Es el doctor Feinberg? —se preguntó Elena—. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hago yo aquí?»

—No, es más que eso —decía Alaric, y los otros hombres le escuchaban con respeto, incluso con deferencia—. Los bosques están ligados a esto. Puede que tengan un escondite ahí fuera, una madriguera donde pueden ocultarse si los descubren. Si hay una, la encontraré.

—¿Está seguro? —preguntó el doctor Feinberg.

—Estoy seguro —declaró Alaric con brío.

—Y ahí es donde crees que está Elena —dijo el director—. pero, ¿se quedará allí o regresará a la ciudad?

—No lo sé. —Alaric paseó un poco y tomó un libro de encima de la mesa de centro, pasando los pulgares sobre él con aire distraído—. Un modo de descubrirlo es vigilando a sus amigas: Bonnie McCullough y esa chica de cabellos oscuros, Meredith. Existe la posibilidad de que sean las primeras en verla. Así es como acostumbra a suceder.

—¿Y una vez que averigüemos su paradero? —preguntó el doctor Feinberg.

—Déjenme eso a mí —repuso Alaric con voz queda y sombría.

Cerró el libro de golpe y lo dejó caer sobre la mesita con un sonido inquietantemente contundente.

El director de la escuela echó una ojeada a su reloj.

—Será mejor que me ponga en marcha; el oficio religioso empieza a las diez. Supongo que los dos estarán allí. —Se detuvo en su camino hacia la puerta y miró para atrás con actitud indecisa—. Alaric, espero que puedas manejar esto. Cuando te hice venir, las cosas no habían ido tan lejos. Ahora empiezo a preguntarme si...

—Sí lo puedo manejar, Brian. Ya te lo dije: déjame a mí. ¿Preferirías que el Robert E. Lee apareciera en todos los periódicos no sólo como la escena de una tragedia, sino también como «La escuela superior embrujada del condado de Boone»? ¿Un lugar de reunión de necrófagos? ¿La escuela por la que pasean los no muertos? ¿Es ésa la clase de publicidad que quieres?

El señor Newcastle vaciló, mordisqueándose el labio. Luego asintió con expresión todavía desconsolada.

—De acuerdo, Alaric. Pero que sea rápido y limpio. Te veré en la iglesia.

Marchó, y el doctor Feinberg le siguió.



Alaric permaneció allí durante un tiempo, en apariencia contemplando el vacío. Por fin asintió una vez, y también él salió por la puerta principal.

Lentamente, Elena volvió a retroceder escaleras arriba.

¿Qué había sido todo aquello? Se sentía confusa, como si flotara vagamente por el espacio y el tiempo. Necesitaba saber qué día era, por qué estaba allí y por qué estaba tan asustada. Por qué sentía con tanta intensidad que nadie debía verla u oírle o advertir su presencia en absoluto.

Paseando la mirada por el desván, no vio nada que pudiera ayudarla. Donde había estado tumbada sólo había el colchón y el hule... y un librito azul.

¡Su diario! Lo agarró con ansiedad y lo abrió, pasando rápidamente la mirada por las anotaciones. Finalizaban el 17 de octubre; no servían de ayuda para descubrir la fecha actual. Pero a medida que contemplaba lo que había escrito, se formaban imágenes en su mente, ensartándose como perlas para formar recuerdos. Fascinada, se sentó despacio en el colchón y empezó a leer sobre la vida de Elena Gilbert.

Cuando terminó, el miedo y el horror hacían que se sintiera débil. Puntitos de luz danzaban y brillaban ante sus ojos. Había tanto dolor en aquellas páginas, tantos ardides, tantos secretos, tanta necesidad... Era la historia de una muchacha que se había sentido perdida en su propia ciudad natal, en su propia familia. Que había estado buscando... algo, algo que nunca pudo alcanzar por completo. Pero no era eso lo que provocaba en su pecho aquel punzante pánico que extraía toda la energía de su cuerpo; no era ése el motivo de que sintiera como si estuviera cayendo, incluso a pesar de que estaba sentada tan inmóvil como podía. Lo que provocaba el pánico era que recordaba.

Lo recordaba todo ya.

El puente, la corriente de agua. El terror mientras el aire abandonaba los pulmones y no quedaba otra cosa que líquido para respirar. El modo en que le había dolido. Y el instante final, cuando había dejado de doler, cuando todo se había detenido. Cuando todo... se detuvo.

«Stefan, estaba tan asustada», pensó. Y el mismo miedo estaba en su interior en aquellos momentos. En el bosque, ¿cómo podía haberse comportado de aquel modo con Stefan? ¿Cómo podía haberle olvidado, olvidado todo lo que significaba para ella? ¿Qué la había empujado a actuar de aquel modo?

Pero ella lo sabía. En el centro de su conciencia, lo sabía. Nadie se levantaba y se iba después de ahogarse de aquel modo. Nadie se levantaba y marchaba con vida.

Lentamente, se levantó y fue a mirarse en la ventana cerrada con postigos. El cristal oscurecido actuó como un espejo y le devolvió su propio reflejo.

No era el reflejo que había visto en su sueño, aquél en el que había corrido por un pasillo lleno de espejos que parecían poseer vida propia. No había nada taimado o cruel en aquel rostro. De todos modos, era sutilmente distinto del que estaba acostumbrada a ver. Había un resplandor pálido en la tez y una reveladora vacuidad en los ojos. Acercó las yemas de los dedos al cuello, a ambos lados. Allí era donde Stefan y Damon habían tomado su sangre. ¿Habían sido en realidad las veces suficientes, y, por su parte, ella había tomado suficiente de la de ellos?



Sin duda así había sido. Y ahora, durante el resto de su vida, durante el resto de su existencia, tendría que alimentarse como lo hacía Stefan. Tendría que...

Se dejó caer de rodillas, presionando la frente contra la madera desnuda de la pared. «No puedo —pensó—. Ah, por favor, no puedo; no puedo.»

Jamás había sido muy religiosa. Pero de algún lugar situado en lo más profundo de su interior, el terror brotó a raudales, y cada partícula de su ser se unió en el grito pidiendo ayuda. «Oh, por favor. Por favor, por favor, ayúdame.» No pedía nada específico; no conseguía ordenar sus pensamientos hasta ese punto. Únicamente: «Ah, por favor, ayúdame, ah, por favor, por favor».

Al cabo de un rato volvió a incorporarse.

El rostro seguía pálido, pero con una belleza espectral, como delicada porcelana iluminada desde el interior. Los ojos todavía estaban como emborronados con sombras; pero había decisión en ellos.

Tenía que encontrar a Stefan. Si existía alguna ayuda para ella, él la conocería. Y si no la había... Bueno, aún le necesitaría más entonces. No había ningún otro lugar en el que deseara estar que no fuera con él.

Cerró la puerta del desván con cuidado detrás de ella al salir. Alaric Saltzman no debía descubrir su escondite. En la pared vio un calendario con los días hasta el 4 de diciembre tachados. Cuatro días desde el pasado sábado por la noche. Había dormido cuatro días.

Al llegar a la puerta principal, reculó ante la luz del exterior. Le hacía daño. Incluso a pesar de que el cielo estaba muy cubierto y la lluvia o la nieve eran inminentes, le hería los ojos. Tuvo que obligarse a abandonar la seguridad de la casa, y entonces sintió una lacerante paranoia respecto a estar al aire libre. Avanzó a hurtadillas junto a las vallas, manteniéndose pegada a los árboles, lista para fundirse con las sombras. Se sentía como una sombra ella también..., o un fantasma, ataviada con el largo vestido de Honoria Fell. Le daría un susto de muerte a cualquiera que la viese.

Pero toda su cautela parecía desperdiciada. No había nadie en las calles para verla; era como si la ciudad estuviera abandonada. Pasó junto a casas aparentemente desiertas, patios desolados, tiendas cerradas. Finalmente, vio coches aparcados bordeando la calle, pero también ellos estaban vacíos.

Y entonces vio una forma recortándose contra el cielo que hizo que se detuviera en seco. Una torre de iglesia, blanca contra las espesas nubes oscuras. A Elena le temblaron las piernas mientras se obligaba a acercarse lentamente al edificio. Había conocido aquella iglesia toda su vida; había visto la cruz grabada en la pared un millar de veces. Pero en aquellos momentos avanzó con cautela hacia ella como si fuera un animal enjaulado que pudiera liberarse y morderla. Apretó una mano contra la pared de piedra y se deslizó cada vez más cerca del símbolo grabado.

Cuando los dedos extendidos tocaron el brazo de la cruz, los ojos se llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Dejó que la mano resbalara sobre él hasta que cubrió con suavidad el dibujo. Entonces se apoyó contra la pared y permitió que acudieran las lágrimas.

«No soy malvada —pensó—. Hice cosas que no debería.»



Pensé demasiado en mí; jamás le di las gracias a Matt, a Bonnie y a Meredith por todo lo que hicieron por mí. Debería haber jugado más con Margaret y haber sido más amable con tía Judith. Pero no soy malvada. No estoy condenada.»

Cuando consiguió volver a ver, alzó la mirada hacia el edificio. El señor Newcastle había dicho algo acerca de la iglesia. ¿Era aquélla a la que se refería?

Evitó la parte delantera de la iglesia y la entrada principal. Había una puerta lateral que conducía a la galería del coro; se deslizó escaleras arriba sin hacer ruido y miró hacia abajo desde la galería.

Comprendió de inmediato por qué estaban tan vacías las calles. Parecía como si todo el mundo en Fell's Church estuviera allí; cada asiento de cada banco estaba ocupado, y la parte trasera de la iglesia se hallaba abarrotada de gente de pie. Al mirar con atención las filas delanteras, Elena reparó en que reconocía cada rostro: eran miembros del último curso, vecinos y amigos de tía Judith. Tía Judith también estaba allí, llevaba el vestido negro que había llevado en el funeral de los padres de Elena.

«¡Dios mío!», pensó Elena. Sus dedos se asieron con fuerza a la barandilla. Hasta aquel momento había estado demasiado ocupada mirando para escuchar, pero el sosegado tono monocorde de la voz del reverendo Bethea se transformó de improviso en palabras.

—... compartir nuestros recuerdos de esta muchacha tan especial —dijo, y se hizo a un lado.

Elena contempló lo que sucedió después con la sensación sobrenatural de que tenía un asiento de palco en una obra teatral. No tenía nada que ver con los acontecimientos que se sucedían en el escenario; era una simple espectadora, pero en realidad era su vida lo que contemplaba.

El señor Carson, el padre de Sue Carson, subió y habló sobre Elena. Los Carson la habían conocido desde que nació, y él habló sobre los tiempos en que Sue y ella habían jugado en el patio delantero de su casa en verano. Habló sobre la joven tan hermosa y con una formación tan completa en que se había convertido. Le entró carraspera y tuvo que detenerse para quitarse las gafas.

Sue Carson subió. Elena y ella no habían sido amigas íntimas desde la escuela primaria, pero habían mantenido una buena relación. Sue había sido una de las pocas muchachas que respaldaron a Elena después de que Stefan quedara bajo sospecha por el asesinato del señor Tanner. Pero en aquellos momentos Sue lloraba como si hubiese perdido a una hermana.

—Mucha gente no fue amable con Elena después de Halloween —dijo, secándose los ojos y prosiguiendo—. Y sé que eso la hirió. Pero Elena era fuerte. Nunca cambió simplemente para comportarse tal y como otros pensaban que debía hacerlo. Y la respetaba por ello, tanto... —La voz de Sue tembló—. Cuando me presenté para ser Reina de la Fiesta de Inicio de Curso, quería que me eligieran, pero sabía que no sería así y no pasaba nada. Porque si el Robert E. Lee tuvo alguna vez una reina, ésa fue Elena. Y creo que siempre lo será, porque es así como la recordaremos todos. Y sé que en años venideros las chicas que vengan a nuestra escuela podrán recordarla y pensar en cómo se mantuvo firme en lo que consideraba que era correcto...

En esa ocasión a Sue se le quebró la voz, y el reverendo la ayudó a regresar a su asiento.



Las chicas del último curso, incluso las que se habían mostrado más desagradables y maliciosas, lloraban y se cogían de las manos. Muchachas que Elena sabía a ciencia cierta que la odiaban, gimoteaban. De improviso era la gran amiga de todo el mundo.

También había chicos que lloraban. Horrorizada, Elena se acurrucó más cerca de la barandilla. No podía dejar de observar, incluso a pesar de ser la cosa más horrible que había presenciado jamás.

Francés Decatur se puso en pie, con el rostro poco agraciado menos atractivo que nunca debido a la pena.

—Se tomó la molestia de ser amable conmigo —dijo con voz ronca—. Permitted que almorzara con ella.

«Tonterías —pensó Elena—. Para empezar, sólo te hablé porque eras útil para obtener información sobre Stefan.» Pero sucedió lo mismo con cada persona que subía al púlpito; parecía no haber palabras suficientes para elogiar a Elena.

—Siempre la admiré...

—Era un modelo para mí...

—Una de mis alumnas preferidas...

Cuando Meredith se levantó, el cuerpo de Elena se quedó rígido. No sabía si podría soportar aquello. Pero la muchacha de cabellos oscuros era una de las pocas personas en la iglesia que no lloraba, aunque su rostro tenía una expresión seria y triste que a Elena le recordó la que mostraba Honoria Fell sobre su tumba.

—Cuando pienso en Elena, pienso en los buenos ratos que pasamos juntas —dijo, hablando en voz baja y con su acostumbrado autocontrol—. Elena siempre tenía ideas, y podía hacer que la tarea más aburrida resultara divertida. Nunca se lo dije, y ahora desearía haberlo hecho. Desearía poder hablar con ella una vez más, sólo para que lo supiera. Y si Elena pudiera oírme ahora... —Meredith paseó la mirada por la iglesia y aspiró con fuerza, al parecer para tranquilizarse—, si pudiera oírme ahora, le diría lo mucho que esos buenos ratos significaron para mí, y lo mucho que deseo que pudiéramos seguir teniéndolos. Como las noches de los jueves que pasábamos juntas en su habitación, practicando para el equipo de debates. Desearía que pudiéramos hacer eso sólo una vez más como hacíamos antes. —Meredith volvió a efectuar una larga inspiración y meneó la cabeza—. Pero sé que no podemos, y eso duele.

«¿De qué estás hablando? —pensó Elena, el sufrimiento interrumpido por el desconcierto—. Practicábamos para el equipo de debate las noches de los miércoles, no las de los jueves. Y no era en mi dormitorio, era en el tuyo. Y no era divertido en absoluto; de hecho, acabamos dejándolo porque ambas lo odiábamos...»

De improviso, observando con atención el rostro cuidadosamente sereno de Meredith, tan tranquilo exteriormente para ocultar la tensión interior, Elena sintió que su corazón empezaba a latir con fuerza.

Meredith enviaba un mensaje, un mensaje que sólo Elena podría comprender. Lo que significaba que Meredith esperaba que Elena pudiera escucharlo.

Meredith lo sabía.



¿Se lo había contado Stefan? Elena escudriñó las hileras de asistentes al duelo que había allí abajo, advirtiendo por vez primera que Stefan no estaba. Tampoco estaba Matt. No, no parecía probable que Stefan se lo hubiera contado a Meredith, o que Meredith eligiera aquel modo de enviarle un mensaje si él lo hubiera hecho. Entonces Elena recordó el modo en que Meredith la había mirado la noche que habían rescatado a Stefan del pozo, cuando Elena había pedido que la dejaran a solas con él. Recordó aquellos agudos ojos oscuros estudiando su rostro en más de una ocasión durante los últimos meses, y el modo en que la muchacha había parecido tornarse más callada y meditabunda cada vez que Elena se presentaba con alguna petición rara.

Meredith lo había adivinado entonces. Elena se preguntó cuánta verdad había descubierto.

Bonnie subía en aquellos momentos, llorando intensamente. Eso resultaba sorprendente; si Meredith lo sabía, ¿por qué no se lo había dicho a Bonnie? Pero quizá Meredith sólo tenía una sospecha, algo que no quería compartir con Bonnie por si resultaba ser una falsa esperanza.

El discurso de Bonnie fue tan emotivo como sereno había sido el de Meredith. Su voz no dejaba de quebrarse, y se pasó todo el tiempo quitándose las lágrimas de las mejillas. Finalmente, el reverendo Bethea se le acercó y le dio algo blanco, un pañuelo o alguna clase de tela.

—Gracias —dijo Bonnie, secándose los ojos llorosos.

La muchacha echó la cabeza atrás para mirar al techo, bien para recuperar la compostura o para obtener inspiración, pero al hacerlo, Elena vio algo que nadie más pudo ver: vio el rostro de Bonnie desprovisto de todo color y expresión, no como alguien a punto de desmayarse, sino de un modo que le era más que familiar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elena. «No aquí. Dios mío, de todos los momentos y lugares, no aquí.»

Pero ya estaba sucediendo. La barbilla de Bonnie había descendido; la muchacha volvía a mirar a la congregación. Excepto que en esta ocasión no parecía verlos en absoluto, y la voz que brotó de la garganta de Bonnie no era la voz de Bonnie.

—Nadie es lo que parece. Recordad esto. Nadie es lo que parece.

Luego se quedó allí de pie, sin moverse, mirando al frente sin ver.

La gente empezó a removerse inquieta y a intercambiar miradas. Hubo un murmullo de preocupación.

—Recordad esto... Recordad... Nadie es lo que parece...

Bonnie se tambaleó de improviso, y el reverendo Bethea corrió hacia ella mientras otro hombre se apresuraba a hacer lo mismo desde el otro lado. El segundo hombre tenía una cabeza calva que en aquellos momentos brillaba cubierta de sudor; era el señor Newcastle, advirtió Elena. Y allí, en la parte posterior de la iglesia, avanzando a grandes zancadas por la nave, estaba Alaric Saltzman. El hombre alcanzó a Bonnie justo cuando ésta se desmayaba, y Elena oyó una pisada detrás de ella en la escalera.



Capítulo 5

«El doctor Feinberg», pensó Elena frenética, intentando retorcerse para mirar y apretujarse simultáneamente contra las sombras. Pero no fue el rostro menudo y aguileño del doctor el que apareció ante sus ojos. Fue un rostro con facciones tan delicadas como las de una moneda o un medallón romanos y con unos ojos verdes angustiados. El tiempo se quedó detenido por un momento, y a continuación Elena estaba en sus brazos.

—Ah, Stefan. Stefan...

Sintió cómo el cuerpo del muchacho se quedaba rígido por el sobresalto y cómo la sujetaba mecánicamente, ligeramente, como si fuera una desconocida que le había confundido con otra persona.

—Stefan —repitió ella con desesperación, hundiendo el rostro en su hombro mientras intentaba conseguir alguna reacción.

No podría soportar que él la rechazara; si él la odiaba ahora, ella se moriría...

Con un gemido, intentó estar aún más pegada a él, deseó fusionarse por completo con él, desaparecer en su interior. «Ah, por favor —pensó—, ah, por favor, ah, por favor...»

—Elena, Elena, todo va bien; te tengo cogida.

Le siguió hablando, repitiendo tonterías cariñosas pensadas para tranquilizarla, a la vez que le acariciaba los cabellos. Y ella pudo percibir el cambio cuando los brazos del muchacho la estrecharon con más fuerza. Él sabía a quién abrazaba en aquellos momentos. Por vez primera desde que despertara ese día, Elena se sintió a salvo. No obstante, transcurrió un buen rato antes de que pudiera aflojar las manos con las que le sujetaba, aunque sólo fuera ligeramente. No lloraba; jadeaba presa del pánico.

Por fin, sintió que el mundo empezaba a consolidarse a su alrededor. No se soltó, sin embargo, aún no. Simplemente permaneció allí durante un sinfín de minutos con la cabeza sobre su hombro, absorbiendo el consuelo y la seguridad de su cercanía.

Luego alzó la cabeza para mirarle a los ojos.

Al pensar en Stefan a primeras horas de aquel día, había pensado en cómo podría ayudarla él. Su intención había sido preguntarle, suplicarle que la salvara de aquella pesadilla, que hiciera que fuese como había sido antes. Pero en aquel momento, mientras la miraba, sintió que una extraña resignación desesperanzada fluía por ella.

—No hay nada que se pueda hacer, ¿verdad? —inquirió con voz muy queda.

Él no fingió ignorar lo que quería decir.

—No —respondió en voz igualmente queda.



Elena sintió como si hubiese dado algún paso definitivo al otro lado de una línea invisible y no hubiera marcha atrás. Cuando pudo volver a hablar, dijo:

—Lamento el modo en que actué contigo en el bosque. No sé por qué hice esas cosas. Recuerdo haberlas hecho, pero no consigo recordar por qué.

—¿Que tú lo lamentas? —La voz del muchacho temblaba—. Elena, después de todo lo que te he hecho, de todo lo que te ha sucedido debido a mí... —No pudo terminar y se aferraron el uno al otro.

—Muy conmovedor —dijo una voz desde la escalera—. ¿Queréis que imite a un violín?

La calma de Elena se hizo añicos, y el miedo serpenteó por su riego sanguíneo. Había olvidado la hipnótica intensidad de Damon y sus ardientes ojos oscuros.

—¿Cómo llegaste aquí? —inquirió Stefan.

—Del mismo modo que tú, supongo. Atraído por la llameante señal luminosa de la aflicción de Elena.

Damon estaba realmente enojado; Elena se dio cuenta de ello. No simplemente molesto o incomodado, sino presa de cólera y hostilidad al rojo vivo.

Pero había sido gentil con ella cuando se había mostrado confusa e irracional. La había llevado a un lugar donde albergarse; la había mantenido a salvo. Y no la había besado mientras ella se encontraba en aquel horripilante estado de vulnerabilidad. Había sido... amable con ella.

—Por cierto, algo sucede ahí abajo —comentó Damon.

—Lo sé; es Bonnie otra vez —dijo Elena, soltando a Stefan y retrocediendo.

—No me refiero a eso, sino a lo que ocurre en el exterior.

Sobresaltada, Elena le siguió escaleras abajo hasta el primer recodo, donde había una ventana que daba al aparcamiento. Sintió a Stefan detrás de ella mientras miraba hacia abajo, a la escena que se desarrollaba a sus pies.

Un montón de gente había salido de la iglesia y formaba una sólida falange en el extremo del aparcamiento, sin avanzar más. Frente a ellos, en el aparcamiento mismo, había una reunión igualmente grande de perros.

Parecían dos ejércitos cara a cara. No obstante, lo que resultaba inquietante era que ambos grupos estaban totalmente inmóviles. Las personas parecían paralizadas, y los perros parecían aguardar algo.

Elena vio a los perros primero según sus distintas razas. Había perros pequeños, como corgis de rostro afilado, terriers de sedoso pelaje castaño y negro y un lhasa apso con una larga melena dorada. Había perros de tamaño mediano, como springer spaniels y aireadles y un hermoso samoyedo blanco como la nieve. Y había perros grandes: un rottweiler fornido con la cola cortada, un lebrél gris que jadeaba y un schnauzer gigante, totalmente negro. A continuación empezó a reconocerlos individualmente.

—Aquél es el bóxer del señor Grunbaum, y ahí está el pastor alemán de los Sullivan. Pero ¿qué les sucede?



La gente, en un principio inquieta, parecía ahora asustada. Se mantenía hombro con hombro, sin que nadie quisiera abandonar la primera línea y acercarse más a los animales.

Y sin embargo, los perros en realidad no hacían nada, simplemente estaban sentados o de pie, algunos con las lenguas colgando con un suave balanceo. Lo extraño, no obstante, era lo inmóviles que estaban, se dijo Elena. Cada movimiento diminuto, como la más imperceptible crispación de la cola o las orejas, parecía enormemente exagerado. Y no se veían colas en movimiento, ni signos amistosos. Simplemente... aguardaban.

Robert estaba más o menos en la parte posterior del grupo de gente. A Elena le sorprendió verle, pero por un momento no se le ocurrió el motivo. Luego comprendió que era debido a que no había estado en la iglesia. Mientras ella observaba, él se apartó más del grupo y desapareció bajo el saliente situado por debajo de donde estaba Elena.

—¡*Chelsea! Chelsea...*

Alguien había abandonado la primera fila por fin. Era Douglas Carson, advirtió Elena, el hermano mayor, casado, de Sue Carson. Había penetrado en la tierra de nadie situada entre los perros y las personas, con una mano ligeramente extendida...

Un springer spaniel de orejas largas que parecían de raso marrón volvió la cabeza. El blanco tocón que era la cola se estremeció levemente, inquisitivo, y el hocico castaño y blanco se alzó. Pero la perra no se acercó al joven.

Doug Carson dio otro paso.

—*Chelsea...* buena chica. Ven aquí, *Chelsea*. ¡Ven! —Chasqueó los dedos.

—¿Qué percibes de esos perros de ahí abajo? —murmuró Damon.

Stefan movió negativamente la cabeza sin apartar la mirada de la ventana.

—Nada —dijo en tono sucinto.

—Tampoco yo. —Los ojos de Damon estaban entrecerrados, la cabeza ladeada hacia atrás, evaluadora, aunque los dientes levemente al descubierto le recordaron a Elena los del lebrél —. Pero deberíamos poder hacerlo, ya lo sabes. Deberían tener algunas emociones que pudiéramos captar. En lugar de ello, cada vez que intento sondearlos es como chocar contra una pared blanca sobre blanco.

Elena deseó poder saber de qué hablaban.

—¿Qué quieres decir con «sondearlos»? —preguntó—. Son animales.

—Las apariencias pueden ser engañosas —repuso Damon en tono irónico, y Elena pensó en los reflejos en forma de arco iris en las plumas del cuervo que la había seguido desde el primer día de escuela. Si miraba con atención, podía ver aquellos mismos reflejos de arco iris en el sedoso cabello de Damon.

»Pero los animales poseen emociones, en cualquier caso. Si tus poderes son lo bastante fuertes, puedes examinar sus mentes.

«Y mis poderes no lo son», pensó Elena. La sobresaltó la punzada de envidia que la recorrió. Apenas unos pocos minutos antes había estado aferrada a Stefan, deseando frenéticamente deshacerse de cualquier clase de poderes que tuviera, deseando volver a ser como antes. Y ahora deseaba que fueran más potentes. Damon siempre tenía un efecto extraño sobre ella.



—Puede que yo no sea capaz de sondear a *Chelsea*, pero no creo que Doug deba acercarse más —dijo en voz alta.

Stefan había estado mirando fijamente por la ventana, con el entrecejo fruncido, y ahora asintió levemente, pero con una repentina sensación de urgencia.

—Tampoco yo —dijo.

—Vamos, *Chelsea*, sé una buena chica. Ven aquí.

Doug Carson casi había alcanzado la primera fila de perros. Todos los ojos, humanos y caninos, estaban fijos en él, e incluso movimientos tan diminutos como pequeños temblores habían parado. De no haber visto Elena cómo los costados de uno o dos perros se hundían e hinchaban al respirar, podría haber pensado que todo el grupo era una exhibición gigante de un museo.

Doug se había detenido. *Chelsea* le observaba desde detrás del corgi y el samoyedo. Doug chasqueó la lengua. Alargó la mano, vaciló, y luego la alargó más.

—No —dijo Elena.

La muchacha contemplaba fijamente los flancos lustrosos del rottweiler. Se hundían y se hinchaban, se hundían y se hinchaban.

—Stefan, influéncialo. Sácalo de ahí. —Sí.

Vio cómo su mirada se desenfocaba debido a la concentración. Luego, Stefan sacudió negativamente la cabeza, exhalando como alguien que ha intentado levantar algo demasiado pesado.

—No lo consigo; estoy agotado. No puedo hacerlo desde aquí.

Abajo, los labios de *Chelsea* se echaron hacia atrás para mostrar los dientes. La aireadle roja y dorada se puso en pie con un movimiento de suma elegancia, como si tiraran de ella unos hilos. Los cuartos traseros del rottweiler se contrajeron.

Y entonces saltaron. Elena no vio cuál de los perros fue el primero; parecieron moverse juntos como una enorme ola. Media docena de ellos cayeron sobre Doug Carson con fuerza suficiente para derribarlo de espaldas, y éste desapareció bajo sus cuerpos amontonados.

El aire se llenó de un ruido infernal, desde aullidos metálicos que hacían tintinear las vigas de la iglesia y produjeron a Elena un dolor de cabeza instantáneo hasta guturales gruñidos continuados que ella sintió más que escuchó. Los perros desgarraban ropa, gruñían, se abalanzaban, mientras la multitud se desperdigaba y chillaba.

Elena pudo ver a Alaric Saltzman en el extremo del aparcamiento, el único allí que no corría. Estaba de pie muy rígido, y le pareció ver que movía los labios y las manos.

En todos los demás lugares era el caos. Alguien había conseguido una manguera y la dirigía contra el grueso de la jauría, pero no causaba ningún efecto. Los perros parecían haber enloquecido. Cuando *Chelsea* alzó el hocico castaño y blanco del cuerpo de su amo, lo tenía teñido de rojo.

El corazón de Elena latía de tal modo que la muchacha apenas podía respirar.

—¡Necesitan ayuda! —gritó justo cuando Stefan se apartaba violentamente de la ventana y marchaba escaleras abajo, bajándolas de dos en dos y de tres en tres.



Elena había descendido la mitad de la escalera también ella cuando reparó en dos cosas: Damon no la seguía, y ella no podía dejarse ver.

Lo cierto era que no podía. La histeria que provocaría, las preguntas, el miedo y el odio una vez que respondiera a las preguntas... Algo que discurría más profundamente que la compasión, la lástima o la necesidad de ayudar tiró de ella hacia atrás, aplastándola contra la pared.

En el poco iluminado y fresco interior de la iglesia distinguió una bulliciosa bolsa de actividad. La gente corría a toda velocidad de un lado para otro, chillando. El doctor Feinberg, el señor McCullough, el reverendo Bethea. El punto inmóvil del círculo era Bonnie, tumbada sobre un banco y con Meredith, tía Judith y la señora McCullough inclinadas sobre ella. «Algo maligno», gimoteaba, y entonces la cabeza de tía Judith se alzó, girando en dirección a Elena.

Elena se escabulló escaleras arriba tan rápido como pudo, rezando para que su tía no la hubiese visto. Damon estaba junto a la ventana.

—No puedo bajar ahí. ¡Creen que estoy muerta!

—Vaya, recordaste eso. Bien por ti.

—Si el doctor Feinberg me examina, sabrá que algo no va bien. Bueno, ¿lo sabrá? —exigió con ferocidad.

—Pensará que eres un espécimen interesante, ya lo creo.

—Entonces no puedo ir. Pero tú sí puedes. ¿Por qué no haces algo?

Damon siguió mirando por la ventana y sus cejas se alzaron.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —La gran preocupación y la sobreexcitación de Elena alcanzaron el punto álgido y casi le abofeteó—. ¡Porque necesitan ayuda! Porque tú puedes ayudar. ¿Es que no te importa nada aparte de ti mismo?

Damon lucía su máscara más inescrutable, la expresión de educada inquisición que había lucido cuando se invitó a casa de Elena para cenar. Pero ella sabía que debajo de aquella máscara estaba furioso, furioso por haberles encontrado a Stefan y a ella juntos. La atormentaba a propósito y con salvaje regocijo.

Y ella no podía evitar reaccionar de aquel modo, con una cólera frustrada e impotente. Fue a por él, y él la sujetó por las muñecas y la mantuvo a distancia, taladrándole los ojos con la mirada. La sobresaltó oír el sonido que surgió de sus propios labios entonces; era un siseo que parecía más felino que humano. Reparó en que tenía los dedos curvados como garras.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Atacarle porque no quiere defender a la gente de los perros que la están atacando? ¿Qué sentido tiene eso?» Respirando con dificultad, relajó las manos y se humedeció los labios. Retrocedió y él la soltó.

Hubo un largo momento mientras se miraban uno a otro.

—Voy a bajar —anunció Elena en voz queda, y se dio la vuelta.

—No.

—Necesitan ayuda.



—De acuerdo, entonces, maldita seas. —Jamás había oído la voz de Damon sonar tan queda y furiosa—. Yo... —se interrumpió, y Elena, volviéndose rápidamente, le vio estrellar un puño contra la repisa de la ventana, haciendo vibrar el cristal.

Pero la atención de Damon estaba puesta en el exterior, y su voz volvía a estar perfectamente serena cuando dijo con tono seco:

—La ayuda ha llegado.

Eran los bomberos. Sus mangueras eran mucho más potentes que la manguera del jardín, y los chorros de agua a presión empujaron hacia atrás a los perros con su terrible potencia. Elena vio a un alguacil de policía con un arma y se mordió el interior de la mejilla cuando él apuntó y ajustó la mira. Se escuchó un chasquido, y el schnauzer gigante cayó abatido. El alguacil volvió a apuntar.

Finalizó rápidamente después de eso. Varios perros corrían ya, huyendo de la descarga de agua, y con el segundo chasquido de la pistola, muchos más abandonaron la jauría y marcharon hacia los extremos del aparcamiento. Era como si el propósito que los había guiado los hubiera soltado a todos a la vez. Elena sintió una oleada de alivio al ver a Stefan de pie, ileso, en medio de la desbandada, empujando a un golden retriever de aspecto aturdido lejos de la figura de Doug Carson. *Chelsea* dio un paso a hurtadillas hacia su amo y le miró a la cara dejando caer cabeza y cola.

—Todo terminó —anunció Damon.

Sonó sólo levemente interesado, pero Elena le miró con viveza. «De acuerdo, entonces, maldita seas, yo... ¿qué?» ¿Qué había estado a punto de decir? Él no estaba de humor para decírselo, pero ella sí estaba de humor para insistir.

—Damon... —Posó una mano sobre su brazo.

Él se quedó rígido, luego se volvió hacia ella.

—¿Bien?

Por un segundo permanecieron mirándose el uno al otro, y entonces se escucharon pasos en la escalera. Stefan había regresado.

—Stefan... estás herido —dijo ella parpadeando, repentinamente desorientada.

—Estoy perfectamente. —Se limpió la sangre de la mejilla con una manga hecha jirones.

—¿Cómo está Doug? —preguntó Elena, tragando saliva.

—No lo sé. Está herido. Hay mucha gente herida. Ésa ha sido la cosa más extraña que he visto jamás.

Elena se apartó de Damon y subió por la escalera para entrar en la galería del coro. Sentía que debía pensar, pero le martilleaba la cabeza. La cosa más extraña que Stefan había visto jamás..., eso era decir mucho. Algo extraño ocurría en Fell's Church.

Alcanzó la pared tras la última hilera de asientos y posó una mano sobre ella, dejándose resbalar hasta quedar sentada en el suelo. Las cosas parecían a la vez confusas y aterradoramente claras. Algo extraño ocurría en Fell's Church. El día de la fiesta de los fundadores habría jurado que no le importaba nada el pueblo o la gente que vivía allí. Pero en aquel momento sabía que no era así. Mientras bajaba la vista para contemplar el funeral, había empezado a pensar que tal vez sí le importaba. Y luego, cuando los perros habían atacado en



el exterior, lo había sabido. Se sentía de algún modo responsable de la ciudad, de un modo como no se había sentido nunca.

Su anterior sentimiento de desconsuelo y soledad habían quedado a un lado por el momento. Ahora había algo más importante que sus propios problemas. Y se aferró a aquel algo, porque lo cierto era que en realidad era incapaz de lidiar con su propia situación. No, realmente, realmente no podía...

Oyó el medio sollozo jadeado que emitió entonces, y al alzar los ojos vio a Stefan y a Damon en la galería del coro, mirándola. Sacudió ligeramente la cabeza, apoyando una mano contra ella, sintiendo como si saliera de un sueño.

—¿Elena...?

Fue Stefan quien habló, pero Elena se dirigió al otro hermano.

—Damon —dijo con voz insegura—, si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad? Sé que tú no me perseguiste hasta tirarme del puente Wickery. Pude percibir lo que fuese que era, y era diferente. Pero quiero preguntarte esto: ¿fuiste tú quien arrojó a Stefan al viejo pozo de Franchet hace un mes?

—¿A un pozo?

Damon se recostó contra la pared opuesta, con los brazos cruzados sobre el pecho; parecía educadamente incrédulo.

—La noche de Halloween, la noche que mataron al señor Tanner. Después de que te aparecieras por primera vez a Stefan en el bosque. Me dijo que te dejó en el claro y empezó a andar hacia el coche, pero que alguien le atacó antes de que lo alcanzara. Cuando despertó, estaba atrapado en el pozo, y habría muerto allí si Bonnie no nos hubiese conducido hasta él. Siempre asumí que fuiste tú quien lo atacó. Él siempre asumió que fuiste tú quien lo hizo. Pero ¿fuiste tú?

El labio de Damon se curvó, como si no le gustara la exigente intensidad de su pregunta. Paseó la mirada de ella a Stefan con ojos entrecerrados y burlones. El momento se prolongó hasta tal punto que Elena tuvo que clavarse las uñas en las palmas de las manos por la tensión. Entonces Damon se encogió levemente de hombros y miró a un punto indeterminado situado algo más allá.

—Lo cierto es que no —contestó.

Elena soltó el aire que había retenido.

—¡No puedes creer eso! —estalló Stefan—. No puedes creer nada de lo que diga.

—¿Por qué tendría que mentir? —replicó Damon, disfrutando a todas luces al ver que Stefan perdía el control—. Admito sin reparos haber matado a Tanner. Bebí su sangre hasta que se arrugó como una ciruela pasa. Y no me importaría hacer lo mismo contigo, hermano. Pero ¿un pozo? No es precisamente mi estilo.

—Te creo —dijo Elena.

Su mente pensaba frenéticamente. Volvió la cabeza hacia Stefan.

—¿No lo percibes? Hay algo más aquí, en Fell's Church, algo que podría no ser humano siquiera..., que podría no haber sido nunca humano, quiero decir. Algo que me dio caza, que empujó mi coche fuera del puente. Algo que hizo que esos perros atacaran a la gente. Alguna



fuerza terrible que hay aquí, algo maligno... —Su voz se apagó, y miró más allá, hacia el interior de la iglesia donde había visto tumbada a Bonnie—. Algo maligno... —repitió en voz baja.

Un viento frío pareció soplar dentro de ella, y se acurrucó contra sí misma, sintiéndose vulnerable y sola.

—Si buscas maldad —indicó Stefan con voz dura—, no tienes que mirar muy lejos.

—No seas más estúpido de lo que puedas evitar ser —dijo Damon—. Te dije hace cuatro días que otra persona había matado a Elena. Y dije que iba a encontrar a ese alguien y a ocuparme de él. Y voy a hacerlo. —Descruzó los brazos y se irguió—. Vosotros dos podéis continuar con esa conversación privada que teníais cuando os interrumpí.

—Damon, espera.

Elena no había podido evitar el escalofrío que la recorrió cuando él dijo «matado». «No pueden haberme matado; sigo aquí», pensó alocadamente, sintiendo que el pánico volvía a crecer en su interior. Pero en ese momento apartó el pánico a un lado para hablarle a Damon.

—Lo que sea esa cosa, es fuerte —dijo—. Lo sentí cuando iba tras de mí, y parecía llenar todo el cielo. No creo que ninguno de nosotros tuviera la menor posibilidad contra ella solo.

—¿Así pues?

—Así pues... —Elena no había tenido tiempo de ordenar sus pensamientos hasta aquel punto; se movía puramente por instinto, por intuición. Y la intuición le decía que no dejara marchar a Damon—. Así pues... creo que los tres deberíamos permanecer juntos. Creo que tenemos mayor probabilidad de encontrarla y ocuparnos de ella juntos que por separado. Y a lo mejor podemos detenerla antes de que lastime o... o mate... a alguien más.

—Francamente, querida, me importa un comino cualquier otra persona —repuso Damon en tono encantador; luego le dedicó otra de sus gélidas sonrisas relámpago—. Pero ¿estás sugiriendo que ésa es tu elección? Recuerda, acordamos que cuando razonaras mejor efectuarías una.

Elena le miró con fijeza. Desde luego que no era su elección, si lo decía desde el punto de vista romántico. Lucía el anillo que Stefan le había dado; ella y Stefan se pertenecían el uno al otro.

Pero entonces recordó algo más; fue sólo algo fugaz: alzar los ojos hacia Damon en el bosque y sentir tal... tal excitación, tal afinidad con él. Como si él comprendiera la llama que ardía en su interior como nadie podría hacerlo jamás. Como si juntos pudieran hacer cualquier cosa que quisieran, conquistar el mundo o destruirlo; como si fueran mejores que nadie que hubiera vivido jamás.

«Estaba desquiciada, irracional», se dijo, pero aquel pequeño recuerdo fugaz no quería desaparecer.

Y a continuación recordó algo más: el modo en que Damon había actuado más tarde aquella noche, cómo la había mantenido a salvo e incluso había sido amable con ella.

Stefan la miraba, y su expresión había cambiado de belicosidad a amarga cólera y miedo. Una parte de ella quería tranquilizarle por completo, rodearle con los brazos y decirle que era suya y siempre lo sería y que nada más importaba. Ni la ciudad, ni Damon, ni nada.



Pero no lo hacía. Porque otra parte de su ser decía que la ciudad sí importaba. Y porque otra parte más estaba simplemente confundida de un modo terrible, terrible. Tan confundida...

Sintió que un terrible temblor se iniciaba en lo más profundo de su ser, y luego descubrió que no podía detenerlo. Una sobrecarga emocional, se dijo, y hundió la cabeza en las manos.



Capítulo 6

—Ya ha efectuado su elección. Lo viste tú mismo cuando nos «interrumpiste». Ya has elegido, ¿no es cierto, Elena? —Stefan lo dijo no con petulancia, ni como una exigencia, sino con una especie de bravata desesperada.

—Yo... —Elena alzó los ojos—. Stefan, te amo. Pero no lo comprendes, si tengo que hacer una elección justo ahora, tengo que elegir que todos permanezcamos juntos. Sólo por ahora. ¿Lo comprendes? —Al ver únicamente inflexibilidad en el rostro de Stefan, volvió la cabeza hacia Damon—. ¿Lo comprendes tú?

—Eso creo —Le dedicó una sonrisa confidencial y posesiva—. Dije a Stefan desde el principio que era egoísta al no compartirme. Los hermanos deberían compartir las cosas, ya sabes.

—Eso no es lo que quería decir.

—¿No lo es? —Damon volvió a sonreír.

—No —dijo Stefan—. Yo no lo entiendo, y no veo cómo puedes pedirme que trabaje con él. Es malvado, Elena. Mata por placer; carece por completo de conciencia. No le importa Fell's Church; lo dijo él mismo. Es un monstruo...

—Justo ahora se muestra más cooperativo que tú —replicó ella; alargó la mano para coger la de Stefan, buscando algún modo de hacerse entender—. Stefan, te necesito. Y los dos le necesitamos a él. ¿No puedes intentar aceptar eso? —Cuando él no respondió, añadió—: Stefan, realmente quieres estar enfrentado a muerte con tu hermano para siempre?

—¿Realmente piensas que él quiere algo diferente?

Elena contempló con fijeza las manos unidas de ambos, observando los planos, las curvas y las sombras. No respondió durante un minuto, y cuando lo hizo fue en voz muy baja.

—Impidió que te matara —dijo.

Sintió la llamarada de la cólera defensiva de Stefan, y luego notó cómo se desvanecía lentamente. Algo parecido a la derrota le invadió sigilosamente, e inclinó la cabeza.

—Eso es cierto —reconoció—. Y, de todos modos, ¿quién soy yo para llamarle malvado? ¿Qué ha hecho que no haya hecho yo mismo?

«Tenemos que hablar», pensó Elena, odiando aquel aborrecimiento por sí mismo del muchacho. Pero aquél no era el momento ni el lugar.

—¿Entonces estás de acuerdo? —inquirió, vacilante—. Stefan, dime qué piensas.

—Justo ahora estoy pensando que siempre te sales con la tuya. Porque siempre lo haces, ¿verdad, Elena?



Elena le miró a los ojos, advirtiendo el modo en que estaban dilatadas las pupilas, tanto que sólo un círculo de iris verde aparecía alrededor del borde. Ya no había ira allí, pero el cansancio y la amargura permanecían.

«Pero no lo hago sólo por mí —pensó, arrojando fuera de su mente la repentina oleada de desconfianza en sí misma—. Te lo demostraré, Stefan; ya lo verás. Por una vez no estoy haciendo algo por mi propia conveniencia.»

—¿Entonces estás de acuerdo? —dijo en voz queda.

—Sí. Estoy... de acuerdo.

—Y yo también estoy de acuerdo —indicó Damon, tendiendo su propia mano con exagerada cortesía y capturando la de Elena antes de que ésta pudiera decir nada—. De hecho, todos parecemos poseídos por un frenesí de puro total acuerdo.

«No lo hagas», pensó Elena, pero en aquel momento, de pie en la fresca penumbra de la galería del coro, sintió que era cierto, que estaban conectados los tres, y de acuerdo, y que eran fuertes.

Entonces Stefan apartó la mano. En el silencio que siguió, la muchacha pudo oír los sonidos del exterior y los de la iglesia. Todavía se oían lloros y algún que otro grito, pero la urgencia general había desaparecido. Al mirar por la ventana, vio a la gente abriéndose paso por el mojado aparcamiento entre los grupitos que se acurrucaban sobre los heridos. El doctor Feinberg iba de isla en isla, ofreciendo al parecer consejos médicos. Las víctimas tenían el aspecto de supervivientes de un huracán o un terremoto.

—Nadie es lo que parece —dijo Elena.

—¿Qué?

—Eso es lo que Bonnie dijo durante el funeral. Tuvo otro de sus ataques. Creo que podría ser importante. —Intentó organizar sus ideas—. Creo que hay personas en la ciudad con las que deberíamos tener cuidado. Como Alaric Saltzman. —Les contó, sucintamente, lo que había oído por casualidad a primeras horas de aquel día en casa de Alaric—. Él no es lo que parece, pero no sé exactamente qué es. Creo que deberíamos vigilarle. Y puesto que es evidente que yo no puedo aparecer en público, vosotros dos tendréis que hacerlo. Pero no podéis permitir que sospeche que lo sabéis... —Elena se interrumpió cuando Damon alzó a toda prisa una mano.

Abajo, al pie de la escalera, una voz llamaba:

—¿Stefan? ¿Estás ahí arriba? —Y luego dijo a alguien más—. Me pareció verle subir ahí.

Parecía la voz del señor Carson.

—Vete —siseó Elena, de un modo casi inaudible, a Stefan—. Tienes que actuar con la mayor normalidad posible de modo que puedas permanecer en Fell's Church. Yo estaré bien.

—Pero ¿adónde irás?

—A casa de Meredith. Te lo explicaré luego. Vete.

Stefan vaciló, y luego empezó a descender la escalera, gritando:

—Ya bajo. —Luego se echó hacia atrás—. No voy a dejarte con él —declaró categórico.

Elena alzó las manos en un gesto de exasperación.



—En ese caso marchad los dos. Acabáis de aceptar trabajar juntos; ¿vas a retractarte de tu palabra ahora? —añadió en dirección a Damon, que mostraba una expresión inflexible.

El aludido le dedicó otro de sus ligeros encogimientos de hombros.

—De acuerdo. Sólo una cosa... ¿Tienes hambre?

—Pues... no. —Sintiendo que se le revolvía el estómago, Elena comprendió a qué se refería—. No, en absoluto.

—Eso está bien. Pero más tarde sí la tendrás. Recuerda eso.

Se pegó a Stefan, empujándole escaleras abajo, motivo por el que recibió una mirada furibunda de éste. Pero Elena oyó la voz de Stefan en su mente mientras ambos desaparecían.

«Vendré a buscarte más tarde. Espérame.»

La muchacha deseó poder responder con su propia mente. También reparó en una cosa. La voz mental de Stefan era mucho más débil de lo que había sido cuatro días atrás, cuando se había peleado con su hermano. Ahora que lo pensaba, no había sido capaz de hablar mentalmente en absoluto antes de la celebración del Día de los Fundadores. Se había sentido tan confusa al despertar junto al río que no se le había ocurrido, pero en aquellos momentos la intrigó. ¿Qué había sucedido que le había vuelto tan fuerte? ¿Y por qué se desvanecía su fuerza ahora?

Elena tuvo tiempo de pensar al respecto sentada en la galería del coro, mientras abajo la gente abandonaba la iglesia y en el exterior el encapotado cielo se oscurecía poco a poco. Pensó en Stefan y en Damon, y se preguntó si había efectuado la elección correcta. Había jurado no permitir que pelearan por ella, pero ese juramento ya se había roto. ¿Estaba loca por intentar conseguir que vivieran bajo una tregua, aunque fuera una temporal?

Cuando el cielo en el exterior quedó uniformemente negro, se aventuró a descender por la escalera. La iglesia estaba vacía y resonante. No había pensado en cómo podría salir, pero por suerte la puerta lateral tenía el pestillo pasado sólo desde dentro. Salió sigilosamente a la noche con una sensación de gratitud.

No había caído en la cuenta de lo agradable que era estar en el exterior y en la oscuridad. Estar en el interior de edificios hacía que se sintiera atrapada, y la luz diurna le hería los ojos. Esto era mejor, libre y sin trabas... e invisible. Sus propios sentidos se regocijaron ante el exuberante mundo que la rodeaba. Con el aire tan quieto, los olores flotaban en él durante mucho rato, y pudo oler toda una plétora de criaturas nocturnas. Un zorro se dedicaba a hurgar en la basura de alguien. Ratas de alcantarilla masticaban algo en los matorrales. Polillas nocturnas se llamaban unas a otras mediante aromas.

Descubrió que no resultaba difícil llegar a casa de Meredith sin ser descubierta; la gente parecía haber decidido permanecer dentro de casa. Pero una vez que llegó allí, se quedó inmóvil contemplando con desaliento la elegante alquería de porche cubierto. No podía sencillamente ir hasta la puerta principal y llamar. ¿La estaba esperando Meredith realmente? ¿No estaría aguardando fuera en caso de ser así?

Meredith estaba a punto de recibir un terrible sobresalto si no la esperaba, reflexionó Elena, observando la distancia que había hasta el tejado del porche. La ventana del dormitorio de Meredith estaba encima de él, justo al doblar la esquina. Había un buen trecho, pero Elena pensó que podía hacerlo.



Subirse al tejado fue fácil; los dedos de las manos y los de los pies descalzos encontraron asideros entre los ladrillos y la izaron con rapidez. Pero inclinarse al otro lado de la esquina para mirar por la ventana de Meredith le costó una barbaridad. Pestañeó ante la luz que brotaba al exterior.

Meredith estaba sentada en el borde de la cama, con los codos sobre las rodillas, mirando al vacío. Cada dos por tres se pasaba una mano por los oscuros cabellos. Un reloj sobre la mesilla de noche indicaba las 6.43.

Elena golpeó levemente en el cristal de la ventana con las uñas.

Meredith dio un salto y miró en la dirección equivocada, hacia la puerta. Se levantó, adoptando una postura agazapada de defensa, aferrando un cojín en una mano. Cuando la puerta no se abrió, se desplazó sigilosamente uno o dos pasos hacia ella, sin abandonar la postura defensiva.

—¿Quién es? —dijo.

Elena volvió a dar golpecitos en el cristal.

Meredith giró en redondo de cara a la ventana, respirando agitadamente.

—Déjame entrar —pidió Elena; no sabía si Meredith podía oírla, así que lo articuló claramente—. Abre la ventana.

Meredith, jadeando, paseó la mirada por la habitación como si esperara que alguien apareciera para ayudarla. Cuando nadie lo hizo, se aproximó a la ventana como si ésta fuera un animal peligroso. Pero no la abrió.

—Déjame entrar —repitió Elena, y luego añadió con impaciencia—. Si no querías que viniera, ¿por qué me citaste?

Vio el cambio en Meredith cuando los hombros de ésta se relajaron ligeramente. Poco a poco, con dedos que eran insólitamente torpes, la muchacha abrió la ventana y retrocedió.

—Ahora pídemelo que entre. De lo contrario no puedo hacerlo.

—En... —A Meredith le flaqueó la voz y tuvo que volver a intentarlo—. Entra —dijo.

Elena, con un gesto de dolor, se impulsó por encima del alféizar, y mientras se dedicaba a flexionar los adormecidos dedos, Meredith añadió, casi como aturdida:

—Tienes que ser tú. Nadie da órdenes de ese modo.

—Soy yo —dijo Elena, que dejó de retorcerse las manos para eliminar los calambres y miró a su amiga a los ojos—. Realmente soy yo, Meredith —repitió.

Meredith asintió y tragó saliva visiblemente. Justo en aquel momento, lo que Elena más habría deseado en el mundo habría sido que la otra muchacha la hubiese abrazado. Pero Meredith no era precisamente de las que daban abrazos, y lo que hizo entonces fue retroceder despacio para volver a sentarse en la cama.

—Siéntate —dijo con un tono de voz artificialmente calmado.

Elena retiró la silla del escritorio y adoptó maquinalmente la misma postura que había tenido Meredith momentos antes, con los codos sobre las rodillas y la cabeza inclinada. Luego alzó los ojos.



—¿Cómo lo supiste?

—Yo... —Meredith se limitó a mirarla fijamente por un instante, y luego se estremeció—. Bueno. Tu... tu cuerpo no llegó a encontrarse, por supuesto. Eso era extraño. Y luego esos ataques que padecieron el anciano y Vickie y Tanner..., y Stefan y cosas pequeñas que había ido juntando respecto a él... Pero realmente no lo sabía. No con seguridad. No hasta ahora. —Finalizó casi en un susurro.

—Bien, fue una buena suposición —indicó Elena.

Intentaba comportarse con normalidad, pero ¿qué era normal en aquella situación? Meredith actuaba como si apenas pudiera soportar mirarla, y eso hacía que Elena se sintiera más aislada, más sola de lo que recordaba haber estado nunca.

Sonó un timbre abajo. Elena lo oyó, pero se dio cuenta de que Meredith no lo había oído.

—¿Quién viene? —preguntó—. Ha llamado alguien.

—Pedí a Bonnie que viniera a las siete, si su madre la dejaba. Probablemente sea ella. Iré a ver.

Meredith parecía casi indecentemente ansiosa por marchar.

—Aguarda. ¿Lo sabe ella?

—No... Ah, te refieres a que debería darle la noticia con suavidad.

Meredith volvió a pasear la mirada por la habitación con aire vacilante, y Elena presionó el interruptor de la pequeña luz de lectura que había junto a la cama.

—Apaga la luz de la habitación. Me lastima los ojos, de todos modos —dijo en voz baja, y cuando Meredith así lo hizo, el dormitorio quedó bastante en penumbra para que pudiera ocultarse en las sombras.

Mientras aguardaba a que Meredith regresara con Bonnie, se quedó de pie en un rincón, abrazándose los codos con las manos. Tal vez fuera una mala idea intentar involucrar a Meredith y a Bonnie. Si la imperturbable Meredith no era capaz de manejar la situación, ¿qué haría Bonnie?

Meredith anunció la llegada de las dos muchachas mascullando una y otra vez: «No chillas ahora; haz el favor de no chillar», mientras empujaba a Bonnie al otro lado del umbral.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué haces? —jadeaba Bonnie—. Suéltame. ¿Sabes lo que tuve que hacer para conseguir que mi madre me dejara salir de casa esta noche? Quiere llevarme al hospital de Roanoke.

Meredith cerró la puerta de una patada.

—De acuerdo —le dijo a Bonnie—. Ahora, vas a ver algo que te... bueno, va a provocarte una conmoción. Pero no puedes chillar, ¿me entiendes? Te soltaré si lo prometes.

—Está demasiado oscuro para ver nada, y me estás asustando. ¿Qué te pasa, Meredith? Ah, de acuerdo, lo prometo, pero de qué estás hablando...

—Elena —dijo Meredith, y Elena lo tomó como una invitación y dio un paso al frente.

La reacción de Bonnie no fue la que esperaba. Frunció el entrecejo y se inclinó al frente, atisbando en la débil luz, y, al ver la figura de Elena, lanzó una exclamación ahogada. Pero



luego, mientras contemplaba con fijeza el rostro de la muchacha, batió palmas con un gritito de alegría.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que se equivocaban! Ya lo ves, Meredith... Y tú y Stefan pensabais que sabíais tantas cosas sobre ahogarse y todo eso. ¡Pero yo sabía que os equivocabais! ¡Oh, Elena, te echaba de menos! Todo el mundo va a estar tan...

—¡Haz el favor de callar, Bonnie! ¡Silencio! —instó Meredith—. Te dije que no gritaras. Escucha, idiota, ¿crees que si Elena realmente estuviera bien estaría aquí de noche sin que nadie lo supiera?

—Pero está bien, mírala. Está ahí de pie. Eres tú, ¿verdad, Elena?

Bonnie empezó a ir hacia ella, pero Meredith volvió a sujetarla.

—Sí, soy yo.

Elena tenía la extraña sensación de haber ido a parar a una comedia surrealista, tal vez algo escrito por Kafka, sólo que no se sabía su papel. No sabía qué decir a Bonnie, que parecía extasiada.

—Soy yo, pero... no estoy exactamente bien —dijo un tanto violenta, sentándose otra vez.

Meredith le dio un codazo a Bonnie para que se sentara en la cama.

—¿Por qué estáis siendo tan misteriosas vosotras dos? Está aquí, pero no está bien. ¿Qué se supone que significa eso?

Elena no sabía si reír o llorar.

—Mira, Bonnie... Vaya, no sé cómo decirte esto. Bonnie, ¿te habló alguna vez tu abuela médium sobre vampiros?

El silencio descendió sobre la habitación, pesado como un hacha. Pasaron los minutos. Aunque pareciera imposible, los ojos de Bonnie se abrieron aún más; luego se deslizaron hacia Meredith. Hubo varios minutos más de silencio, y a continuación Bonnie se removió en dirección a la puerta.

—Uh, mirad, chicas —dijo en voz baja—, esto está empezando a resultar realmente raro. Me refiero a realmente, realmente, realmente...

Elena rebuscó en su mente.

—Puedes mirarme los dientes —dijo.

Tensó hacia atrás el labio superior, dando golpecitos a un colmillo con el dedo. Percibió cómo se alargaba y afilaba de un modo reflejo, igual que la zarpa de un gato se extiende perezosamente.

Meredith se adelantó y miró, y luego desvió la mirada rápidamente.

—Ya, no hace falta sacarle más punta al asunto —dijo, pero en su voz no había nada del antiguo placer irónico ante su propio ingenio—. Bonnie, echa un vistazo —añadió.

Todo el júbilo, toda la excitación, habían desaparecido de Bonnie, que daba la impresión de estar a punto de vomitar.

—No, no quiero hacerlo.



—Tienes que hacerlo. Tienes que creerlo, o jamás llegaremos a ninguna parte. —Meredith forcejeó con una Bonnie rígida y combativa para empujarla hacia adelante—. Abre los ojos, pequeña imbécil. Eres tú la que adora todas esas cosas sobrenaturales.

—He cambiado de idea —replicó ella casi sollozando, y había genuina histeria en su voz—. Déjame en paz, Meredith; no quiero mirar. —Se desasíó violentamente.

—No tienes que hacerlo —musitó Elena, anonadada; el desaliento se acumuló en su interior, y los ojos se inundaron de lágrimas—. Esto fue una mala idea, Meredith. Me iré.

—No. No lo hagas. —Bonnie se dio la vuelta con la misma rapidez con que había girado para apartarse de ella y se arrojó en los brazos de Elena—. Lo siento, Elena; lo siento. No me importa lo que seas; simplemente me alegro de que hayas regresado. Ha sido terrible estar sin ti. —Sollozaba ahora con todas sus fuerzas.

Las lágrimas que no quisieron surgir cuando Elena había estado con Stefan salieron entonces. Lloró, abrazada a Bonnie, mientras sentía cómo los brazos de Meredith las rodeaban a ambas. Todas lloraban, Meredith en silencio, Bonnie ruidosamente, y Elena, por su parte, con apasionada intensidad. Sintió como si llorara por todo lo que le había sucedido, por todo lo que había perdido, por toda la soledad, el miedo y el dolor.

Al final, acabaron todas sentadas en el suelo, rodilla contra rodilla, como lo habían hecho de niñas cuando se quedaban a dormir en casa de una de ellas para urdir planes secretos.

—Eres muy valiente —le dijo Bonnie a Elena, sorbiéndose la nariz—. No entiendo cómo puedes ser tan valiente respecto a eso.

—No sabes cómo me siento por dentro. No soy nada valiente. Pero tengo que lidiar con ello de algún modo, porque no sé qué otra cosa puedo hacer.

—Tus manos no están frías. —Meredith oprimió los dedos de Elena—. Sólo algo frescas. Pensaba que estarían más frías.

—Las manos de Stefan tampoco están frías —dijo Elena, e iba a seguir hablando, pero Bonnie chirrió:

—¿Stefan?

Meredith y Elena la miraron.

—Ten un poco de sentido común, Bonnie. Una no se convierte en vampira por sí misma. Alguien tiene que convertirte.

—Pero ¿te refieres a que Stefan...? ¿Quieres decir que él es un...? —Bonnie se quedó sin voz.

—Creo —dijo Meredith— que tal vez éste sea el momento para que nos cuentes toda la historia, Elena. Como, por ejemplo, todos esos detalles menores que dejaste fuera la última vez que te pedimos toda la historia.

Elena asintió:

—Tienes razón. Es difícil de explicar, pero lo intentaré. —Aspiró profundamente—. Bonnie, ¿recuerdas el primer día de escuela? Fue la primera vez que te oí hacer una profecía. Miraste la palma de mi mano y dijiste que conocería a un chico, un chico moreno, un desconocido. Y que no era alto, pero que lo había sido en una ocasión. Bueno... —miró a



Bonnie y luego a Meredith—, Stefan no es realmente alto ahora. Pero lo fue en una ocasión..., comparado con otras personas del siglo XV.

Meredith asintió, pero Bonnie emitió un sonido quedo y se tambaleó hacia atrás, como conmocionada.

—Quieres decir que...

—Quiero decir que vivió en la Italia del Renacimiento, y la gente era por lo general más baja entonces. Así que Stefan parecía alto en comparación. Y, aguarda, antes de que te desmayes, aquí hay algo más que deberíais saber. Damon es su hermano.

Meredith volvió a asentir.

—Me imaginé algo parecido. Pero entonces, ¿por qué ha estado diciendo Damon que es un estudiante universitario?

—No se llevan demasiado bien. Durante mucho tiempo, Stefan ni siquiera sabía que Damon estaba en Fell's Church.

Elena titubeó. Se estaba acercando a la historia personal de Stefan, algo que siempre había considerado que era un secreto que debía contar él, y no otros. Pero Meredith tenía razón: era hora de sacar a la luz toda la historia.

—Escuchad, la cosa fue como sigue —dijo—: Stefan y Damon estaban ambos enamorados de la misma chica, allá en la Italia del Renacimiento. Era alemana y se llamaba Katherine. El motivo por el que Stefan me esquivaba al inicio del curso era que se la recordaba; también era rubia y tenía los ojos azules. Ah, y éste era su anillo. —Soltó la mano de Meredith y les mostró el intrincadamente grabado aro de oro con el solitario lapislázuli.

»Y lo que sucede es que Katherine era una vampira. Un tipo llamado Klaus la había convertido en su pueblo de Alemania para salvarla de morir debido a la última enfermedad que había padecido. Tanto Stefan como Damon lo sabían, pero no les importó. Le pidieron que eligiera con quién de ellos se quería casar.

Elena se detuvo y les dedicó una sonrisa torcida, pensando que el señor Tanner había tenido razón; la historia sí se repetía. Sólo esperaba que su historia no finalizara como la de Katherine.

—Pero ella los eligió a los dos. Intercambió sangre con ambos, y dijo que los tres podían ser compañeros durante toda la eternidad.

—Suenar raro —murmuró Bonnie.

—A lo que suena es a estúpido —dijo Meredith.

—Tú lo has dicho —le indicó Elena—. Katherine era encantadora, pero no muy lista. Ya desde antes, Stefan y Damon no se caían bien. Le dijeron que tenía que elegir, que ni considerarían compartirla. Y ella echó a correr llorando. Al día siguiente... Bueno, hallaron su cuerpo, o lo que quedaba de él. Veréis, un vampiro necesita un talismán como este anillo para salir a la luz del sol sin morir. Y Katherine salió a la luz del sol y se quitó el suyo. Pensó que si ella desaparecía, Damon y Stefan se reconciliarían.

—Ah, cielos, qué rom...

—No, no lo es. —Elena interrumpió a Bonnie con ferocidad—. No es romántico en absoluto. Stefan lleva viviendo con un sentimiento de culpa desde entonces, y creo que



también Damon, aunque jamás conseguiríais que lo admitiese. Y el resultado inmediato fue que ellos cogieron un par de espadas y se mataron el uno al otro. Sí, se mataron. Por eso son vampiros ahora y por eso se odian tanto. Y por eso probablemente estoy loca al intentar conseguir que cooperen ahora.



Capítulo 7

—¿Cooperar en qué? —preguntó Meredith.

—Os lo explicaré más tarde. Pero primero quiero saber qué ha estado sucediendo en la ciudad desde que... me fui.

—Bueno, histeria, principalmente —contestó Meredith, enarcando una ceja—. Tu tía Judith ha estado bastante mal. Tuvo una alucinación en la que te veía; sólo que no fue una alucinación, ¿verdad? Y ella y Robert digamos que más o menos han roto.

—Lo sé —repuso Elena con tono sombrío—. Sigue.

—Todo el mundo en la escuela está alterado. Quise hablar con Stefan, en especial cuando empecé a sospechar que no estabas realmente muerta, pero no ha ido a clase. Matt sí ha ido, pero le pasa algo. Parece un zombi, y no quiere hablar con nadie. Quise explicarle que existía una posibilidad de que no te hubieras marchado para siempre, pensé que eso le animaría. Pero no quiso escucharme. Actuaba de un modo que no era nada típico en él, y en un momento dado pensé que iba a pegarme. No quiso escuchar ni una palabra.

—Ah, Dios mío... Matt.

Algo terrible despertaba en lo más profundo de la mente de Elena, un recuerdo demasiado perturbador para dejarlo suelto. No podía enfrentarse a nada más en aquellos momentos, no podía, se dijo, y volvió a sumergir el recuerdo en lo más profundo de su ser.

Meredith seguía hablando:

—Está claro, no obstante, que otras personas sienten suspicacias respecto a tu «muerte». Por eso dije lo que dije en el funeral; temía que si decía el auténtico día y el lugar, Alaric Saltzman acabaría tendiéndote una emboscada fuera de la casa. Ha estado haciendo toda clase de preguntas, y es buena cosa que Bonnie no supiera nada que pudiera revelar sin querer.

—Eso no es justo —protestó Bonnie—. Alaric simplemente está interesado, eso es todo, y quiere ayudarnos a superar el trauma, como antes. Es un acuario...

—Es un espía —dijo Elena—, y tal vez más que eso. Pero hablaremos de ello más tarde. ¿Qué hay de Tyler Smallwood? No le vi en el oficio.

Meredith se mostró perpleja.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—No sé nada en absoluto; he estado durmiendo durante cuatro días en un desván.

—Bueno... —Meredith se interrumpió nerviosamente—, Tyler acaba de regresar del hospital. Lo mismo que Dick Cáster y los cuatro matones que les acompañaban el Día de los



Fundadores. Les atacaron en el cobertizo prefabricado aquella tarde y perdieron mucha sangre.

—Vaya.

El misterio de por qué habían sido los poderes de Stefan mucho más fuertes esa noche quedaba explicado. Y también por qué se habían ido debilitando a partir de ese momento. Probablemente, no había comido desde entonces.

—Meredith, ¿es sospechoso Stefan?

—Bueno, el padre de Tyler intentó hacer que lo fuera, pero la policía no consiguió que las horas encajaran. Saben aproximadamente cuándo atacaron a Tyler, porque tenía que reunirse con el señor Smallwood y no apareció. Y Bonnie y yo podemos darle una coartada a Stefan para ese tiempo porque lo acabábamos de dejar junto al río con tu cuerpo. De modo que no podría haber regresado al cobertizo para atacar a Tyler; al menos un humano normal no podría. Y por el momento la policía no piensa en nada sobrenatural.

—Comprendo. —Elena se sintió aliviada, al menos en ese sentido.

—Tyler y los otros chicos no pueden identificar al atacante porque no recuerdan absolutamente nada de aquella tarde —añadió Meredith.

—Ni tampoco Caroline.

—¿Caroline estaba allí dentro?

—Sí, pero no la mordieron. Sólo está conmocionada. A pesar de todo lo que ha hecho, casi siento lástima por ella. —Meredith se encogió de hombros y añadió—. Tiene un aspecto de lo más patético estos días.

—Y no creo que nadie vaya a sospechar jamás de Stefan después de lo sucedido con esos perros en la iglesia hoy —intervino Bonnie—. Mi padre dice que un perro grande podría haber roto la ventana del cobertizo, y las heridas de la garganta de Tyler parecían heridas hechas por un animal. Creo que mucha gente cree que fue un perro o una jauría de perros los que lo hicieron.

—Es una explicación cómoda —indicó Meredith con tono seco—. Significa que no tienen que seguir pensando en ello.

—Pero eso es ridículo —dijo Elena—. Los perros normales no actúan de ese modo. ¿No se pregunta la gente por qué sus perros se volvieron locos de repente y se revolviéron contra ellos?

—Gran cantidad de personas simplemente se está deshaciendo de ellos. Ah, y oí que alguien hablaba sobre pruebas obligatorias de la rabia —repuso Meredith—. Pero no es sólo rabia, ¿verdad, Elena?

—No, no lo creo. Y tampoco lo creen ni Stefan ni Damon. Y de eso es de lo que vine aquí a hablaros.

Elena explicó, con tanta claridad como pudo, lo que había estado pensando sobre el Otro Poder de Fell's Church. Les habló de la fuerza que la había sacado del puente y de la sensación que había tenido con los perros y sobre todo lo que Stefan, Damon y ella habían hablado. Finalizó diciendo:



—Y la misma Bonnie lo dijo en la iglesia hoy: «Algo maligno». Creo que eso es lo que hay aquí en Fell's Church, algo cuya existencia nadie conoce, algo totalmente malvado. Supongo que tú no sabes qué querías decir con eso, Bonnie.

Pero la mente de Bonnie corría por otros derroteros.

—Así que Damon no fue necesariamente quien hizo todas esas cosas horribles que dijiste que hizo —comentó con astucia—. Como matar a Yangtze y hacer daño a Vickie y asesinar al señor Tanner y todo eso. Ya te dije que nadie tan divino podía ser un asesino psicópata.

—Creo —dijo Meredith, echando una ojeada a Elena— que será mejor que te olvides de Damon como personaje romántico.

—Sí —indicó Elena, categórica—. Él sí mató al señor Tanner, Bonnie. Y lo lógico es que llevara a cabo los otros ataques también; le preguntaré sobre eso. Y ya tengo bastantes problemas lidiando con él yo misma. No quieras tener nada que ver con él, Bonnie, créeme.

—Se supone que debo dejar en paz a Damon; se supone que debo dejar en paz a Alaric... ¿Hay chicos con los que no se suponga que no deba involucrarme? Y entretanto Elena se los queda todos. No es justo.

—La vida no es justa —le dijo Meredith, insensible—. Pero escucha, Elena, si este Otro Poder existe, ¿qué clase de poder crees que es? ¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé. Algo tremendamente fuerte... Pero podría estar escudándose de algún modo, de modo que no podemos percibirlo. Podría parecer una persona corriente. Y por eso vine a pedir vuestra ayuda, porque puede ser cualquier persona de Fell's Church. Es como lo que Bonnie dijo en el oficio hoy: «Nadie es lo que parece».

Bonnie adoptó una expresión de desamparo.

—No recuerdo haber dicho eso.

—Lo dijiste, ya lo creo. «Nadie es lo que parece» —volvió a citar Elena en tono grave—. Nadie.

Echó una veloz mirada a Meredith, pero los oscuros ojos bajo las cejas elegantemente arqueadas estaban tranquilos y distantes.

—Bueno, eso parece que convierte a todo el mundo en sospechoso —repuso la muchacha con su voz más serena—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Elena—, pero será mejor que cojamos un cuaderno y un lápiz y hagamos una lista de los más importantes. Damon y Stefan ya han aceptado ayudar a investigar, y si vosotras también ayudáis, tendremos una mayor posibilidad de descubrirle.

Empezaba a cogerle el ritmo a aquello; siempre había sido buena organizando cosas, desde ardides para conseguir atraer a chicos hasta funciones para recaudar fondos. Aquello era simplemente una versión más seria de los viejos plan A y plan B.

Meredith dio el lápiz y el papel a Bonnie, que los miró, y luego a Meredith, y a continuación a Elena.

—Estupendo —dijo—, pero ¿quién estará en la lista?

—Bueno, cualquiera que tengamos motivos para sospechar que sea el Otro Poder. Cualquiera que podría haber hecho las cosas que sabemos que hizo: encerrar a Stefan en el



pozo, perseguirme, lanzar esos perros contra la gente. Cualquiera que hayamos visto que se comportaba de un modo extraño.

—Matt —dijo Bonnie, escribiendo diligentemente—. Y Vickie. Y Robert.

—¡Bonnie! —exclamaron Elena y Meredith simultáneamente.

Bonnie alzó los ojos.

—Bueno, Matt ha estado actuando de un modo raro, y también Vickie, desde hace meses ya. Y Robert rondaba por el exterior de la iglesia antes del oficio, pero nunca llegó a entrar...

—Vamos, Bonnie, por favor —dijo Meredith—. Vickie es una víctima, no una sospechosa. Y si Matt es un poder maligno, yo soy el jorobado de Notre Dame. Y en cuanto a Robert...

—Muy bien, lo he tachado todo —anunció Bonnie con frialdad—. Ahora oigamos vuestras ideas.

—No, espera —repuso Elena—. Bonnie, espera un momento. —Pensaba en algo, algo que la había estado incomodando desde hacía un tiempo, desde que...—. Desde la iglesia —dijo en voz alta, recordándolo—. Sabéis una cosa, yo también vi a Robert fuera de la iglesia, cuando estaba escondida en la galería del coro. Fue justo antes de que los perros atacaran, y él parecía estar echándose hacia atrás, como si supiera lo que iba a suceder.

—Oh, pero Elena...

—No, escucha, Meredith. Le vi antes, el sábado por la noche, con tía Judith. Cuando ella le dijo que no se casaría con él, había algo en su cara... No sé. Creo que será mejor que vuelvas a ponerlo en la lista, Bonnie.

Muy seria, tras un instante de vacilación, Bonnie lo hizo.

—¿Quién más? —preguntó.

—Bueno, Alaric, me temo —siguió Elena—. Lo siento, Bonnie, pero es prácticamente el número uno. —Les contó lo que había oído por casualidad aquella mañana entre Alaric y el director de la escuela—. No es un profesor de historia corriente; le hicieron venir por algún motivo. Sabe que soy una vampira, y me está buscando. Y hoy, mientras los perros atacaban, estaba allí de pie a un lado, efectuando alguna especie de ademanes misteriosos. Sin lugar a dudas, no es lo que parece, y la única pregunta es: ¿qué es? ¿Estás escuchando, Meredith?

—Sí. Sabes una cosa, creo que deberías poner a la señora Flowers en esa lista. ¿Recordáis el modo en que se quedó ante la ventana de la casa de huéspedes cuando llevábamos a Stefan de vuelta del pozo? ¿Cómo no quiso bajar para abrirnos la puerta? Eso es un comportamiento extraño.

Elena asintió.

—Sí, y el modo en que se pegaba a mí cuando yo iba a visitar a Stefan. Y, desde luego, se mantiene alejada de todos en esa vieja casa. Puede que simplemente sea una anciana chiflada, pero anótala de todos modos, Bonnie.

Se pasó una mano por los cabellos, alzándolos para apartarlos del cogote. Tenía calor. O... no era calor exactamente, sino que se sentía incómoda de un modo parecido a estar acalorada. Se sentía reseca.



—De acuerdo, pasaremos por la casa de huéspedes mañana antes de la escuela —repuso Meredith—. Entretanto, ¿qué más podemos hacer? Echemos un vistazo a esa lista, Bonnie.

Bonnie alargó la lista para que pudieran verla, y Elena y Meredith se inclinaron hacia adelante y leyeron:

MATTHONEYCUTT

VICKIE BENNETT

Robert Maxwell: ¿Qué hacía en la iglesia cuando atacaron los perros? ¿Y qué fue lo que pasó aquella noche con la tía de Elena?

Alaric Saltzman: ¿Por qué hace tantas preguntas? ¿Para qué le hicieron venir a Fell's Church?

Señora Flowers: ¿Por qué actúa de un modo tan extraño? ¿Por qué no nos abrió la puerta la noche que Stefan resultó herido?

—Estupendo —dijo Elena—. Imagino que también podríamos averiguar de quién eran los perros que había en la iglesia hoy. Y podéis vigilar a Alaric en la escuela mañana.

—Yo vigilaré a Alaric —declaró Bonnie con energía— y haré que quede libre de sospechas; ya veréis como lo hago.

—Estupendo, tú has eso. Te podemos asignar a él. Y Meredith puede investigar a la señora Flowers, y yo puedo ocuparme de Robert. Y en cuanto a Stefan y a Damon... Bueno, se les puede asignar a todo el mundo, porque pueden usar sus poderes para sondear las mentes de las personas. Además, esa lista no está ni mucho menos completa. Les pediré que exploren los alrededores de la ciudad en busca de cualquier señal de Poder o de cualquier cosa rara que suceda. Ellos tienen más posibilidades que yo de reconocer esas cosas.

Recostándose, Elena se humedeció los labios distraídamente. Estaba reseca. Reparó en algo que nunca antes había observado: la delicada tracería de venas en la parte interior de la muñeca de Bonnie. La muchacha sostenía aún el cuaderno, y la piel de la muñeca era tan traslúcida que las venas verde azulado se transparentaban claramente. Elena deseó haber escuchado cuando habían estudiado anatomía humana en la escuela; ¿qué nombre recibía aquella vena, la grande que se bifurcaba como una horqueta en un árbol...?

—¡Elena, Elena!

Sobresaltada, Elena alzó los ojos y vio la circunspecta mirada de los ojos oscuros de Meredith y la expresión alarmada de Bonnie. Fue entonces cuando advirtió que estaba acucillada muy cerca de la muñeca de Bonnie, frotando la vena más grande con el dedo.

—Lo siento —murmuró, sentándose hacia atrás.

Pero sentía la mayor longitud y la agudeza de los colmillos. Era algo parecido a llevar un aparato en la boca; notaba claramente la diferencia de peso. Advirtió que la sonrisa tranquilizadora que dirigía a Bonnie no obtenía el efecto deseado; la muchacha parecía asustada, lo que era estúpido. Bonnie debería saber que Elena jamás le haría daño. Y Elena no



estaba muy hambrienta esta noche; Elena siempre había comido poco. Podía obtener todo lo que necesitaba de aquella diminuta vena de la muñeca...

Elena se puso en pie de un salto y giró hacia la ventana, recostándose en el marco, sintiendo el soplo del fresco aire nocturno sobre la piel. Se sentía mareada, y no parecía conseguir respirar.

¿Qué había hecho? Se dio la vuelta y se encontró con Bonnie acurrucada contra Meredith, las dos mirándola aterradas. Detestó verlas mirarla de aquel modo.

—Lo siento —dijo—. No era mi intención, Bonnie. Mirad, no voy a acercarme más. Debería haber comido antes de venir aquí. Damon dijo que tendría hambre más tarde.

Bonnie tragó saliva, y su rostro adquirió un aspecto aún más enfermizo.

—¿Comido?

—Sí, claro —respondió Elena con aspereza.

Le ardían las venas; ésa era la sensación. Stefan se lo había descrito anteriormente, pero ella jamás lo había comprendido en realidad; jamás había comprendido lo que él padecía cuando le acuciaba la necesidad de sangre. Era terrible, irresistible.

—¿Qué creéis que como estos días, aire? —añadió desafiante—. Soy una cazadora ahora, y será mejor que salga a cazar.

Bonnie y Meredith intentaban sobrellevarlo; podía ver que lo intentaban, pero también podía ver la repugnancia en sus ojos. Se concentró en usar sus nuevos sentidos, en abrirse a la noche y buscar la presencia de Stefan o Damon. Resultaba difícil, porque ninguno de ellos estaba proyectando su mente como él lo había hecho la noche que habían peleado en el bosque, pero le pareció que podía percibir un atisbo de Poder allí fuera en la ciudad.

Sin embargo, no tenía modo de comunicarse con él, y la contrariedad hizo que el calor infernal de sus venas empeorara. Acababa de decidir que tendría que marchar sin ninguno de ellos cuando las cortinas se agitaron violentamente hacia atrás contra su rostro, aleteando en una ráfaga de viento. Bonnie se alzó con un tambaleo, derribando la lámpara portátil de la mesilla de noche y sumiendo la habitación en la oscuridad. Con una maldición, Meredith se afanó en volver a ponerla derecha. Las cortinas aleteaban violentamente en la titilante luz que emergía, y Bonnie parecía que intentaba chillar.

Cuando la bombilla volvió a estar en su lugar, la luz mostró a Damon sentado como si tal cosa, pero precariamente, en el alféizar de la ventana, con una rodilla alzada. Mostraba una de sus sonrisas más licenciosas.

—¿Os importa? —inquirió—. Esto es incómodo.

Elena dirigió una veloz mirada a Bonnie y Meredith, que estaban apoyadas en el armario empotrado, con aspecto horrorizado e hipnotizado a la vez. Ella misma sacudió la cabeza, exasperada.

—Y yo creía que era a mí a quien le gustaba hacer entradas teatrales —dijo—. Muy divertido, Damon. Ahora vámonos.

—¿Con dos amigas tuyas tan hermosas justo aquí? —Damon volvió a sonreír a Bonnie y a Meredith—. Además, acabo de llegar. ¿No va a ser nadie un poco amable y me invita a entrar?



Los ojos castaños de Bonnie, clavados con impotencia en el rostro del muchacho, se ablandaron ligeramente. Los labios de la joven, que se habían abierto en una expresión horrorizada, se abrieron más. Elena reconoció las señales de un derretimiento inmediato.

—No, no lo harán —dijo, y se colocó directamente entre Damon y las otras muchachas—. No hay nadie aquí para ti, Damon... Ni ahora, ni nunca. —Viendo la llamarada de desafío de sus ojos, añadió maliciosamente—: Y de todos modos, yo me voy. No sé qué harás tú, pero me voy de caza.

La tranquilizó percibir la presencia de Stefan a poca distancia, en el tejado, probablemente, y oír su instantánea rectificación: «Nos vamos de caza, Damon. Puedes quedarte aquí sentado toda la noche si quieres».

Damon cedió con elegancia, lanzando una última mirada divertida a Bonnie antes de desaparecer de la ventana. Cuando lo hizo, tanto Bonnie como Meredith dieron un paso al frente alarmadas, evidentemente pensando que había ido a estrellarse contra el suelo.

—Está perfectamente —dijo Elena, volviendo a sacudir la cabeza—. Y no os preocupéis, no le dejaré volver. Me reuniré con vosotras a la misma hora mañana. Adiós.

—Pero... Elena... —Meredith se interrumpió—. Quiero decir, iba a preguntarte si querías cambiarte de ropa.

Elena se contempló. Aquel vestido que era una reliquia del siglo XIX estaba hecho jirones y manchado, la fina muselina desgarrada en algunos lugares. Pero no había tiempo para cambiarse; tenía que alimentarse ya.

—Tendrá que esperar —dijo—. Os veo mañana.

Y se impulsó fuera de la ventana del modo en que Damon lo había hecho. Lo último que vio de ellas fue a Meredith y a Bonnie contemplándola marchar, aturdidas.

Sus aterrizajes mejoraban; en esta ocasión no se magulló las rodillas. Stefan estaba allí, y la envolvió en algo oscuro y cálido.

—Tu capa —dijo ella, complacida.

Por un momento se sonrieron mutuamente, recordando la primera vez que él le había dado la capa, después de haberla salvado de Tyler en el cementerio y haberla llevado a su habitación para que se lavara. Él había temido tocarla entonces. Pero, pensó ella, sonriendo a sus ojos, ella se había ocupado de aquel miedo con suma rapidez.

—Pensaba que íbamos de caza —comentó Damon.

Elena volvió la cabeza para sonreírle, sin soltar su mano de la de Stefan.

—Y vamos —respondió—. ¿Adónde deberíamos ir?

—A cualquier casa de esta calle —sugirió Damon.

—Al bosque —dijo Stefan.

—Al bosque —decidió Elena—. No tocamos a los humanos, y no matamos. ¿No es así, Stefan?

Él le devolvió la presión de los dedos.

—Así es —dijo en voz baja.



Damon torció el gesto con expresión pedante.

—Y, exactamente, ¿qué vamos a buscar en el bosque, o es mejor que no lo sepa? ¿Rata almizclera? ¿Mofeta? ¿Termitas? —Los ojos se movieron hacia Elena y bajó la voz—. Ven conmigo, y te mostraré lo que es cazar de verdad.

—Podemos ir atravesando el cementerio —dijo Elena, haciendo caso omiso de él.

—Ciervos de cola blanca se alimentan durante toda la noche en las zonas despejadas —le indicó Stefan—. Pero debemos tener cuidado al acecharlos: oyen casi tan bien como nosotros.

«Otra vez, entonces», dijo la voz de Damon en la mente de la muchacha.



Capítulo 8

—¿Quién...? ¡Ah, eres tú! —dijo Bonnie, dando un respingo al sentir que le tocaban el codo—. Me asustaste. No te oí acercarte.

Stefan comprendió que tendría que ser más cuidadoso. En los pocos días que había faltado a las clases había perdido la costumbre de andar y moverse como los humanos y regresado a la zancada silenciosa y perfectamente controlada del cazador.

—Lo siento —se disculpó mientras andaban uno junto al otro por el pasillo.

—No pasa nada —replicó Bonnie con un valiente intento de parecer despreocupada, aunque sus ojos castaños estaban muy abiertos y más bien fijos al frente—. ¿Y qué estás haciendo hoy aquí? Meredith y yo pasamos por la casa de huéspedes esta mañana para echarle un vistazo a la señora Flowers, pero nadie abrió la puerta. Y no te vi en biología.

—Vine esta tarde. He vuelto a la escuela. Por lo menos durante el tiempo necesario para encontrar lo que buscamos.

—Para espiar a Alaric, quieres decir —masculló ella—. Le dije a Elena ayer que me lo dejara a mí. ¡Uy! —añadió, cuando una pareja de alumnos de tercero que pasaba se la quedó mirando fijamente.

Miró a Stefan poniendo los ojos en blanco. De común acuerdo, se metieron por un pasillo lateral y marcharon hacia un hueco de escalera que estaba vacío. Bonnie se recostó contra la pared con un gemido de alivio.

—Tengo que recordar no pronunciar su nombre —dijo lastimeramente—, pero es tan sumamente difícil... Mi madre me preguntó cómo me sentía esta mañana, y estuve a punto de decirle: «Estupendamente», ya que vi a Elena anoche. No sé cómo vosotros dos guardasteis... ya sabes qué... en secreto tanto tiempo.

Stefan sintió que una sonrisa afloraba a sus labios muy a su pesar. Bonnie era como un gatito de seis semanas, todo encanto y sin la menor inhibición. Siempre decía exactamente lo que pensaba, incluso aunque contradijera por completo lo que acababa de decir un instante antes; pero todo lo que hacía surgía del corazón.

—Estás de pie en un corredor vacío con un ya sabes qué en estos momentos —le recordó con picardía.

—Ahhh. —Los ojos volvieron a abrirse de par en par—. Pero tú no lo harías, ¿verdad? —añadió, aliviada—. Porque Elena te mataría... Ay, cielos. —Buscando otro tema, tragó saliva y siguió—: Así pues..., ¿cómo fueron las cosas anoche?

El humor de Stefan se ensombreció inmediatamente.

—No muy bien. Ah, Elena está bien; duerme a salvo.



Antes de que pudiera seguir hablando, sus oídos captaron pisadas al final del pasillo. Tres chicas de último curso pasaban por delante, y una se separó del grupo al ver a Stefan y a Bonnie. El rostro de Sue Carson estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos, pero les sonrió.

—Sue, ¿cómo te encuentras? —inquirió Bonnie, llena de preocupación—. ¿Cómo está Doug?

—Estoy bien. Él está bien, también, o al menos lo estará. Stefan, quería hablar contigo —añadió de corrido—. Sé que mi padre te dio las gracias ayer por ayudar a Doug como lo hiciste, pero quería darte las gracias yo también. Quiero decir que sé que la gente de la ciudad ha actuado de un modo horrible contigo y... bueno, simplemente me sorprendió que te importásemos lo suficiente como para ayudar. Pero me alegro. Mamá dice que le salvaste la vida a Doug. Y, por tanto, simplemente quería darte las gracias y decir que lo siento... respecto a todo.

La voz le temblaba al final del discurso. Bonnie sorbió por la nariz y hurgó en su mochila en busca de un pañuelo, y por un momento pareció como si Stefan fuera a acabar atrapado en una escalera con dos mujeres sollozantes. Consternado, se estrujó el cerebro en busca de una distracción.

—No pasa nada —dijo—. ¿Cómo está Salvatore hoy?

—Está en la perrera. Retienen a los perros en cuarentena allí, a todos los que consiguieron reunir.

Sue se secó los ojos y se irguió, y Stefan se relajó, viendo que el peligro había pasado. Un silencio incómodo descendió sobre ellos.

—Bueno —dijo Bonnie finalmente a Sue—, ¿te has enterado de lo que ha decidido la junta del colegio sobre el Baile de la Nieve?

—Oí que se reunieron esta mañana y que casi puede decirse que han decidido permitirnos celebrarlo. Alguien dijo que hablaban sobre tener una protección policial, no obstante. Vaya, ése es el último timbre. Será mejor que vayamos a clase de historia antes de que Alaric nos ponga sanciones a todos.

—Vamos en un minuto —dijo Stefan, y añadió con indiferencia—: ¿Cuándo es ese Baile de la Nieve?

—Es el trece; el viernes por la noche, ya sabes —respondió Sue, y luego hizo una mueca—. Ah Dios mío, viernes trece. No pensé en eso. Pero me recuerda que había otra cosa que quería deciros. Esta mañana quité mi nombre de la lista para la nominación de la reina de la nieve. Me... me pareció lo correcto, en cierto modo. Eso es todo. —Sue se alejó a toda prisa, casi corriendo.

La mente de Stefan trabajaba a toda velocidad.

—Bonnie, ¿qué es este Baile de la Nieve?

—Bueno, es el baile de Navidad en realidad, sólo que tenemos una reina de la nieve en lugar de una reina de la Navidad. Tras lo sucedido el Día de los Fundadores, pensaban cancelarlo, y luego con lo de los perros de ayer... Pero parece que van a celebrarlo después de todo.

—El viernes trece —dijo Stefan en tono sombrío.



—Sí. —Bonnie volvía a parecer asustada, encogiéndose e intentando pasar inadvertida—. Stefan, no me mires de ese modo, me estás asustando. ¿Qué sucede? ¿Qué crees que sucederá en el baile?

—No lo sé.

Pero algo sucedería, pensaba Stefan. Fell's Church no había tenido una celebración pública que hubiese escapado a una visita del Otro Poder, y aquélla probablemente sería la última festividad del año. Pero de nada servía hablar sobre ello en aquel momento.

—Vamos —dijo—. Llegamos realmente tarde.

Tenía razón. Alaric Saltzman estaba ante la pizarra cuando entraron, como lo había estado el primer día que había aparecido en el aula de historia. Si le sorprendió verlos llegar tarde, o aparecer siquiera, lo ocultó impecablemente, ofreciendo una de sus sonrisas más amistosas.

«Así que tú eres el que está cazando al cazador —pensó Stefan, ocupando su asiento y estudiando al hombre que tenía delante—. Pero ¿eres algo más que eso? ¿El Otro Poder de Elena quizá?»

A primera vista, nada parecía más improbable. Los cabellos rubio rojizos de Alaric, que llevaba un poquitín demasiado largos para ser un profesor, su sonrisa juvenil, su testarudo buen humor, todo contribuía a dar una impresión de inocencia. Pero Stefan había recelado desde el principio de lo que había bajo aquel exterior inofensivo. Con todo, no parecía muy probable que Alaric Saltzman estuviera detrás del ataque contra Elena o el incidente con los perros. Ningún disfraz podría ser tan perfecto.

Elena. La mano de Stefan se cerró con fuerza bajo el pupitre, y un lento dolor despertó en su pecho. No había sido su intención pensar en ella. El único modo en que había conseguido seguir adelante los últimos cinco días había sido manteniéndola en el linde de su mente, sin permitir que su imagen se acercara más. Pero, desde luego, el esfuerzo de mantenerla lejos, a una distancia segura, absorbía la mayor parte de su tiempo y su energía. Y aquél era el peor sitio de todos en el que estar, en un aula en la que se impartía una asignatura que le importaba un comino. No había nada que hacer allí, aparte de pensar.

Se obligó a respirar lentamente y con calma. Ella estaba bien; eso era lo importante. Nada más importaba en realidad. Pero incluso mientras se lo decía, los celos se clavaron en él igual que las trallas de un látigo. Porque cada vez que pensaba en Elena ahora, tenía que pensar también en él.

En Damon, que era libre de ir y venir a placer. Que incluso podría estar con Elena en aquel instante.

La ira ardió en la mente de Stefan, brillante y fría, mezclándose con el ardiente dolor de su pecho. Seguía sin estar convencido de que no fue Damon quien lo había arrojado con toda tranquilidad, herido e inconsciente, al interior de un pozo abandonado para que muriera. Y se tomaría la idea de Elena sobre el Otro Poder mucho más en serio si estuviera totalmente seguro de que Damon no la había conducido a la muerte. Damon era malvado, carecía de misericordia y de escrúpulos.

»¿Y qué ha hecho él que no haya hecho yo? —se preguntó Stefan apesadumbrado, por centésima vez—. Nada.»

Excepto matar.



Stefan había intentado matar. Su intención había sido matar a Tyler. Al recordarlo, el fuego frío de su ira contra Damon se apaciguó, y en su lugar echó una ojeada a un pupitre situado al fondo de la sala.

Estaba vacío. Aunque Tyler había abandonado el hospital el día anterior, el muchacho no había regresado a la escuela. Con todo, no había ningún peligro de que recordara nada de aquella tarde espeluznante. La sugestión subliminal de que olvidara se mantendría durante un tiempo, siempre y cuando nadie se dedicara a hurgar en la mente del muchacho.

Advirtió de improviso que contemplaba fijamente el pupitre vacío de Tyler con ojos entrecerrados y meditabundos. Mientras desviaba la mirada, captó la mirada de alguien que le había estado observando hacerlo.

Matt giró la cabeza con rapidez y se inclinó sobre su libro de historia, pero no antes de que Stefan viera su expresión.

«No pienses en eso. No pienses en nada», se dijo Stefan, e intentó concentrarse en la clase de Alaric Saltzman sobre la guerra de las Rosas.

*5 de diciembre; no sé la hora,
probablemente primeras horas de la tarde.*

Querido diario:

Damon te trajo de vuelta a mí esta mañana. Stefan dijo que no quería que volviera a entrar en el desván de Alaric. Es la pluma de Stefan la que estoy usando. Yo ya no poseo nada, o al menos no tengo acceso a ninguna de mis cosas, y tía Judith echaría de menos la mayoría de ellas si las cogiera. En estos momentos estoy sentada en un granero detrás de la casa de huéspedes. No puedo ir a los lugares donde duerme la gente, ya sabes, a menos que me inviten a entrar. Imagino que los animales no cuentan, porque hay algunas ratas durmiendo bajo el heno y una lechuza en las vigas del techo. En estos momentos, nos ignoramos mutuamente.

Intento con todas mis fuerzas no ponerme histérica.

Pensé que escribir ayudaría. Algo normal, algo familiar. Excepto que nada en mi vida es ya normal.

Damon dice que me acostumbraré más de prisa si me deshago de mi antigua vida y abrazo la nueva. Parece pensar que es inevitable que me vuelva como él. Dice que nació para ser una cazadora y que no tiene sentido hacer las cosas a medias.

Anoche cacé un ciervo. Un venado, porque era el que hacía más ruido, estrellando las astas contra las ramas de los árboles, desafiando a otros machos. Bebí su sangre.

Cuando examino este diario, todo lo que puedo ver es que yo buscaba algo, algún lugar al que pertenecer. Pero no es éste. Esta nueva vida no lo es. Me da miedo en lo que puedo convertirme si empiezo a pertenecer a este lugar.



Dios mío, estoy asustada.

La lechuza es casi totalmente blanca, especialmente cuando extiende las alas de modo que puedes ver la parte inferior. Por atrás parece más dorada. Tiene un poquitín de dorado alrededor de la cara. Me mira fijamente en este momento porque hago ruidos, intentando no llorar.

Es curioso que todavía pueda llorar. Supongo que son las brujas, y no los vampiros, las que no pueden.

Ha empezado a nevar fuera. Me estoy arrebujando bien en mi capa.

Elena colocó el pequeño libro bien pegado al cuerpo y alzó el suave terciopelo verde de la capa hasta la barbilla. El granero estaba completamente silencioso, a excepción de las respiraciones apenas perceptibles de los animales que dormían allí. Fuera, la nieve se fue amontonando igual de silenciosa, cubriendo el mundo con una envoltura de quietud. Elena la contempló fijamente con ojos que miraban sin ver, apenas reparando en las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—¿Y podrían Bonnie McCullough y Caroline Forbes, por favor, quedarse un momento después de la clase? —dijo Alaric cuando sonó el último timbre.

Stefan frunció el entrecejo, y lo frunció aún más al ver a Vickie Bennet rondando fuera de la puerta abierta del aula de historia, con la mirada huraña y asustada.

—Estaré justo ahí fuera —dijo de manera significativa a Bonnie, que asintió.

Añadió un admonitorio alzamiento de cejas y la muchacha respondió con una expresión virtuosa. «No me pescarás diciendo nada que no deba decir», indicaba la expresión.

Mientras salía, Stefan sólo deseó que ella pudiera cumplirlo.

Vickie Bennett entraba cuando él abandonaba el aula, y tuvo que hacerse a un lado. Pero eso le hizo cruzarse en el camino de Matt, que había salido por la otra puerta e intentaba marchar pasillo adelante tan de prisa como le fuera posible.

Stefan le agarró del brazo maquinalmente.

—Matt, espera.

—Suéltame.

El puño de Matt se alzó, y éste lo contempló con aparente sorpresa, como si no estuviera seguro de qué era lo que debía enojarle tanto. Pero cada músculo de su cuerpo intentaba desasirse de Stefan.

—Sólo quiero hablar contigo. Sólo un minuto, ¿de acuerdo?

—No tengo un minuto —respondió Matt, y por fin sus ojos, de un azul un tanto menos complicado que el de Elena, se encontraron con los de Stefan.

Pero había una vacuidad en lo más profundo de ellos que recordó a Stefan la expresión de alguien que había sido hipnotizado o que estaba bajo la influencia de algún poder.

Sólo que no se trataba de ningún poder aparte del de la propia mente de Matt, comprendió bruscamente. Era lo que el cerebro humano se hacía a sí mismo al verse enfrentado a algo que simplemente no podía manejar. Matt había desconectado.



Poniéndolo a prueba, Stefan dijo:

—Sobre lo sucedido el sábado por la noche...

—No sé de qué estás hablando. Oye, dije que tenía que irme, maldita sea.

El rechazo era como una fortaleza tras los ojos de Matt. Pero Stefan tenía que volver a probarlo.

—No te culpo por estar enojado. De ser tú, estaría furioso. Y sé lo que es no querer pensar, en especial cuando pensar puede volverte loco.

Matt sacudía negativamente la cabeza, y Stefan paseó la mirada por el corredor. Estaba casi vacío, y la desesperación hizo que estuviera dispuesto a arriesgarse. Bajó la voz.

—Pero quizá te gustaría saber al menos que Elena está despierta, y está mucho...

—¡Elena está muerta! —chilló Matt, atrayendo la atención de todos los que estaban en el pasillo—. ¡Y te dije que me soltaras! —añadió, totalmente ajeno a la presencia de espectadores, y empujó a Stefan violentamente.

Fue tan inesperado que el joven dio un traspié hacia atrás, chocando con las taquillas, y estuvo a punto de quedar tumbado en el suelo. Clavó los ojos en Matt, pero éste no volvió la cabeza ni una vez mientras marchaba por el corredor.

Stefan pasó el resto del tiempo hasta la salida de Bonnie contemplando simplemente la pared. Había un cartel allí del Baile de la Nieve, y sabía de memoria cada centímetro de él cuando por fin salieron las chicas.

A pesar de todo lo que Caroline había intentado hacerles a Elena y a él, Stefan descubrió que era incapaz de sentir el menor odio por ella. Los cabellos castaño rojizos aparecían descoloridos, y el rostro, angustiado. En lugar de ser esbelta, la postura parecía sencillamente marchita, se dijo mientras la contemplaba alejarse.

—¿Todo bien? —le preguntó a Bonnie cuando empezaron a andar juntos.

—Sí, por supuesto. Alaric simplemente sabe que las tres, Vickie, Caroline y yo, hemos pasado por algo terrible, y quiere que sepamos que nos apoya —dijo Bonnie, pero incluso su emperrado optimismo respecto al profesor de historia sonaba un poco forzado—. Aunque ninguna de nosotras le contó nada. Va a celebrar otra reunión en su casa la semana próxima —añadió con vivacidad.

«Maravilloso», pensó Stefan. Normalmente, habría dicho algo al respecto, pero en aquel momento se sentía trastornado.

—Ahí está Meredith —dijo.

—Debe de estar esperándonos... No, se aleja por el ala de historia —indicó Bonnie—. Eso es curioso, le dije que me encontraría con ella aquí.

Era más que curioso, se dijo Stefan. Sólo había podido captar una imagen fugaz de la muchacha cuando ésta doblaba la esquina, pero esa visión fugaz se había quedado clavada en su mente. La expresión del rostro de Meredith había sido calculadora, vigilante, y la forma de andar, furtiva. Como si intentara hacer algo sin que la vieran.

—Regresará dentro de un minuto cuando vea que no estamos allí —dijo Bonnie, pero Meredith no regresó al cabo de un minuto, ni de dos, ni de tres.



En realidad, transcurrieron casi diez minutos antes de que apareciera, y entonces pareció sobresaltarse al ver a Stefan y a Bonnie esperándola.

—Lo siento, me entretuvieron —dijo con frialdad, y Stefan tuvo que admirar su serenidad.

Pero el muchacho se preguntó qué había tras ella, y únicamente Bonnie estuvo de humor para charlar mientras los tres abandonaban la escuela.

—Pero la última vez utilizaste fuego —dijo Elena.

—Eso fue porque buscábamos a Stefan, a una persona concreta —replicó Bonnie—. En esta ocasión intentamos predecir el futuro. Si fuera simplemente tu futuro personal el que intentara predecir, miraría en tu palma, pero estamos intentando encontrar algo general.

Meredith entró en la habitación, manteniendo cuidadosamente en equilibrio un cuenco de porcelana lleno de agua hasta el borde. En la otra mano sostenía una vela.

—Tengo el material —anunció.

—El agua era sagrada para los druidas —explicó Bonnie mientras Meredith depositaba el recipiente en el suelo y las tres muchachas se sentaban a su alrededor.

—Al parecer, absolutamente todo era sagrado para los druidas —dijo Meredith.

—Chist. Ahora coloca la vela en la palmatoria y enciéndela. Luego verteré cera fundida en el agua, y las formas que tome me dirán las respuestas a tus preguntas. Mi abuela usaba plomo fundido, y dijo que su propia abuela usaba plata fundida, pero me indicó que la cera serviría. —Una vez que Meredith hubo encendido la vela, Bonnie la miró de soslayo y aspiró profundamente—. Cada vez me asusta más hacer esto —declaró.

—No tienes que hacerlo —dijo Elena con suavidad.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo... esta vez. Además, no son esta clase de rituales los que me asustan; lo terrible es que se apoderen de mí. Lo odio. Es como si otra persona se metiera en mi cuerpo.

Elena frunció el entrecejo y abrió la boca, pero Bonnie seguía diciendo:

—De todos modos, ahí vamos. Apaga las luces, Meredith. Dadme un minuto para que me ponga en situación y luego haced vuestras preguntas.

En el silencio de la habitación en penumbra, Elena contempló cómo la luz de la vela titilaba sobre las pestañas bajadas de Bonnie y el rostro grave de Meredith. Bajó la mirada a sus propias manos sobre su regazo, pálidas en contraste con la negrura del suéter y las mallas que Meredith le había prestado. Luego observó la danzarina llama.

—De acuerdo —dijo Bonnie en voz queda, y tomó la vela.

Los dedos de Elena se entrelazaron, cerrándose con fuerza, pero habló en voz baja para no romper la atmósfera.

—¿Quién es el Otro Poder de Fell's Church?

Bonnie ladeó la vela de modo que la llama lamiera los bordes. Cera caliente se derramó igual que agua dentro del cuenco y formó glóbulos redondos allí.

—Ya me temía eso —murmuró Bonnie—. Eso no es una respuesta, no es nada. Probad con una pregunta diferente.



Desilusionada, Elena se sentó hacia atrás, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Fue Meredith quien habló.

—¿Podemos encontrar a este Otro Poder si lo buscamos? ¿Y podemos derrotarlo?

—Ésas son dos preguntas —dijo Bonnie entre dientes mientras volvía a inclinar la vela.

En esta ocasión la cera formó un círculo, un grumoso aro blanco.

—¡Eso es unidad! El símbolo de la gente que se toma de la mano. Significa que podemos hacerlo si nos mantenemos unidas.

La cabeza de Elena se irguió violentamente. Eran casi las mismas palabras que había dicho a Stefan y Damon. Los ojos de Bonnie brillaban emocionados, y las tres amigas intercambiaron una sonrisa.

—¡Vigila! Sigues vertiendo cera —advirtió Meredith.

Bonnie enderezó rápidamente la vela, volviendo a mirar en el interior del cuenco. La cera recién caída había formado una fina línea recta.

—Eso es una espada —dijo despacio—. Significa sacrificio. Podemos hacerlo si nos mantenemos unidas, pero no sin sacrificio.

—¿Qué clase de sacrificio? —preguntó Elena.

—No lo sé —dijo Bonnie con rostro preocupado—. Eso es todo lo que puedo decir esta vez.

Volvió a introducir la vela en la palmatoria.

—¡Uf! —exclamó Meredith mientras se ponía en pie para encender las luces; Elena también se levantó.

—Bueno, al menos sabemos que podemos vencerle —dijo, tirando hacia arriba de las mallas, que eran demasiado largas para ella.

Captó su imagen en el espejo de Meredith. Desde luego, ya no parecía la Elena Gilbert siempre a la última moda de la escuela secundaria. Toda vestida de negro de aquel modo, parecía pálida y peligrosa, como una espada envainada. Los cabellos le caían de cualquier modo sobre los hombros.

—En la escuela no me conocerían —murmuró con una punzada de dolor.

Resultaba extraño que le importara ir a la escuela, pero así era. Era porque no podía hacerlo, supuso. Y porque había sido reina allí durante tanto tiempo y había organizado las cosas durante tanto tiempo que era casi increíble que no pudiera volver a pisarla nunca más.

—Podrías ir a algún otro lugar —sugirió Bonnie—. Quiero decir, una vez que esto finalice, podrías terminar el año escolar en algún lugar donde nadie te conozca. Como hizo Stefan.

—No, no lo creo. —Elena estaba de un humor extraño esa noche, tras pasar el día sola en el granero contemplando la nieve—. Bonnie —dijo bruscamente—, ¿querrías volver a leer mi palma? Quiero que me digas mi futuro, mi futuro personal.

—Ni siquiera sé si recuerdo todo lo que mi abuela me enseñó... Pero, de acuerdo, lo intentaré —transigió la muchacha—. Espero que no haya más desconocidos morenos de por medio, eso es todo. Tienes ya entre manos todo lo que puedes controlar. —Lanzó una risita



mientras tomaba la mano extendida de Elena—. ¿Recuerdas cuando Caroline preguntó qué podías hacer con dos? Me parece que ahora ya lo estás descubriendo, ¿eh?

—Simplemente lee mi palma, ¿quieres?

—De acuerdo, ésta es tu línea de la vida...

El parloteo de Bonnie se interrumpió casi antes de empezar. Clavó la mirada en la mano de Elena, con el miedo y la aprensión reflejados en el rostro.

—Debería discurrir hasta aquí abajo —dijo—. Pero queda interrumpida tan pronto...

Elena y ella se miraron sin hablar por un momento, mientras Elena sentía cómo la misma aprensión se solidificaba en su interior. Entonces Meredith intervino:

—Bueno, pues claro que es corta —dijo—. Simplemente significa lo que ya sucedió, cuando Elena se ahogó.

—Sí, por supuesto, eso debe de ser —murmuró Bonnie.

Soltó la mano de Elena, y ésta retrocedió lentamente.

—Eso es, desde luego —repitió con voz más potente.

Elena volvía a contemplar el espejo. La muchacha que le devolvía la mirada era hermosa, pero había una sabiduría triste en sus ojos que la antigua Elena Gilbert nunca había tenido. Advirtió que Bonnie y Meredith la contemplaban.

—Eso debe de ser —dijo como quitándole importancia, pero su sonrisa no se reflejó en los ojos.



Capítulo 9

—Bueno, al menos nadie ocupó mi cuerpo —indicó Bonnie—. Pero de todos modos estoy harta de ser médium; estoy harta de todo ello. Ésta será la última vez; categóricamente, la última.

—De acuerdo —dijo Elena, apartándose del espejo—, hablemos sobre alguna otra cosa. ¿Descubristeis algo hoy?

—Hablé con Alaric, y va a celebrar otra reunión la semana próxima —respondió Bonnie—. Nos preguntó a Caroline, a Vickie y a mí si queríamos ser hipnotizadas para que eso nos ayudara a lidiar con lo que ha estado sucediendo. Pero estoy segura de que no es el Otro Poder, Elena. Es demasiado amable.

Elena asintió. A ella misma le habían acometido dudas sobre sus sospechas de Alaric. No porque fuera amable, sino porque ella había pasado cuatro días en su desván dormida. ¿Realmente le habría permitido el Otro Poder que se quedara allí sin hacerle nada? Desde luego, Damon había dicho que había influenciado a Alaric para que olvidara que ella estaba allí arriba, pero ¿habría sucumbido el Otro Poder a la influencia de Damon? ¿No era demasiado fuerte para eso?

A menos que sus poderes se hubiesen agotado temporalmente, se dijo de improviso. Igual que los de Stefan se agotaban en aquellos momentos. O a menos que simplemente fingiera que le influenciaban.

—Bueno, no le tacharemos de la lista por el momento —le dijo—. Debemos tener cuidado. ¿Qué hay de la señora Flowers? ¿Averiguasteis algo sobre ella?

—No hubo suerte —respondió Meredith—. Fuimos a la casa de huéspedes esta mañana, pero no respondió a nuestras llamadas. Stefan dijo que intentaría localizarla por la tarde.

—Si alguien me invitara a entrar allí, yo podría vigilarla también —dijo Elena—. Siento como si fuera la única persona que no hace nada. Creo... —Se interrumpió un momento, meditando, y luego siguió—: Creo que pasaré por delante de casa... Por delante de casa de tía Judith, quiero decir. A lo mejor encontraré a Robert rondando por allí en los matorrales, o algo así.

—Iremos contigo —ofreció Meredith.

—No, es mejor que lo haga sola. De verdad. Puedo pasar muy desapercibida estos días.

—En ese caso haz lo que creas conveniente y ten cuidado. Sigue nevando fuerte.

Elena asintió y saltó por el alféizar.

Al aproximarse a su casa, vio que en aquel momento marchaba un coche del camino de acceso. Se fundió con las sombras y observó. Los faros iluminaron un espectral paisaje



invernal: la acacia falsa de los vecinos, en forma de silueta de ramas desnudas, con una lechuza blanca posada en ella.

Cuando el coche pasó por su lado, Elena lo reconoció: era el Oldsmobile azul de Robert.

Vaya, eso resultaba interesante. Tuvo ganas de seguirle, pero lo impidió el impulso, más fuerte, de echar un vistazo a la casa, de asegurarse de que todo iba bien. La rodeó sigilosamente, examinando las ventanas.

Las cortinas de chintz amarillo de la ventana de la cocina estaban sujetas hacia atrás, mostrando una iluminada sección de la cocina que había al otro lado. Tía Judith cerraba el lavavajillas. «¿Había ido Robert a cenar?», se preguntó Elena.

Tía Judith se dirigió al vestíbulo de la entrada, y Elena se movió con ella, volviendo a rodear la casa. Encontró una rendija en las cortinas de la sala de estar y acercó el ojo con cautela al grueso y ondulado viejo cristal de la ventana. Oyó abrir y cerrar la puerta principal, y luego girar la llave, y a continuación su tía entró en la salita y se sentó en el sofá. Conectó el televisor y empezó a pasar canales ociosamente.

Elena deseó poder ver más que simplemente el perfil de su tía a la luz parpadeante del televisor. Le producía una sensación extraña mirar aquella habitación, sabiendo que sólo podía mirar y no entrar. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que reparara en lo bonita que era aquella sala? La vieja estantería de caoba, ocupada por piezas de porcelana y la cristalería, la lámpara Tiffany sobre la mesa junto a tía Judith, los almohadones bordados sobre el sofá... Todo le parecía precioso en aquel momento. De pie en el exterior, sintiendo la liviana caricia de la nieve en el cogote, deseó poder entrar un momento, sólo durante un ratito.

La cabeza de tía Judith se inclinaba hacia atrás, los ojos se cerraban. Elena apoyó la frente contra la ventana y luego se dio la vuelta despacio.

Trepó al membrillo situado frente a su propio dormitorio, pero comprobó decepcionada que las cortinas estaban totalmente echadas. El arce que había frente a la habitación de Margaret era frágil y resultaba más difícil encaramarse a él, pero una vez que consiguió llegar arriba tuvo una buena vista; las cortinas estaban totalmente descorridas. Margaret dormía con el cubrecama subido hasta la barbilla, la boca abierta y los pálidos cabellos extendidos como un abanico sobre la almohada.

«Hola, pequeña», pensó Elena, y se tragó las lágrimas con energía. Era una escena tan inocente y dulce... La luz de la mesita, la niña en la cama, los animales de peluche en las estanterías, vigilándola. Y ahí llegaba una gatita blanca que entraba silenciosamente por la puerta abierta para completar el cuadro, se dijo Elena.

Bola de Nieve saltó sobre la cama de Margaret. La gatita bostezó, mostrando una diminuta lengua rosa, y se desperezó, sacando unas garras en miniatura. Luego caminó delicadamente hasta colocarse sobre el pecho de Margaret.

Algo hizo que Elena sintiera un cosquilleo en la raíz de los cabellos.

No supo si era algún nuevo sentido de cazador o pura intuición, pero repentinamente sintió miedo. Existía peligro en aquella habitación. Margaret estaba en peligro.

La gatita seguía allí, con la cola balanceándose de un lado para otro. Y de improviso Elena comprendió a qué se parecía: a los perros. Miraba igual que había mirado *Chelsea* a Doug



Carson antes de saltar sobre él. Cielos, la ciudad había puesto en cuarentena a los perros, pero nadie había pensado en los gatos.

La mente de Elena trabajaba a toda velocidad, pero no le servía de nada. No eran más que imágenes fugaces de lo que un gato podía hacer con zarpas curvas y dientes afilados como agujas. Y Margaret sencillamente estaba allí tumbada respirando con suavidad, sin percatarse del peligro.

El pelaje de *Bola de Nieve* empezaba a erizarse, la cola hinchándose como un cepillo de limpiar botellas. Las orejas del animal se aplastaron contra la cabeza y la boca se abrió en un siseo silencioso. Tenía los ojos fijos en la cara de Margaret, tal como *Chelsea* los había tenido en Doug Carson.

—¡No!

Elena miró desesperada a su alrededor, en busca de algo que arrojar contra la ventana, algo que hiciera ruido. No podía acercarse más; las ramas exteriores del árbol no soportarían su peso.

—¡Margaret, despierta!

Pero la nieve, posándose como un manto a su alrededor, pareció amortiguar las palabras hasta convertirlas en nada. Un gemido sordo y discordante había empezado a brotar de la garganta de *Bola de Nieve* mientras ésta desviaba los ojos hacia la ventana y luego volvía a posarlos en el rostro de Margaret.

—¡Margaret, despierta! —gritó Elena.

Entonces, justo cuando la gatita echaba hacia atrás una garra curvada, Elena se lanzó contra la ventana.

Más tarde, nunca supo cómo consiguió agarrarse. No había espacio para arrodillarse en el alféizar, pero las uñas se hundieron en la blanda y vieja madera del marco, y la punta de una bota se introdujo en un punto de apoyo abajo. Golpeó contra la ventana con todo el peso del cuerpo, gritando.

—¡Apártate de ella! ¡Despierta, Margaret!

Los ojos de Margaret se abrieron de golpe y se sentó en la cama, empujando a *Bola de Nieve* hacia atrás. Las zarpas de la gatita se engancharon en los ojetes de la colcha mientras luchaba por enderezarse. Elena volvió a gritar.

—¡Margaret, sal de la cama! ¡Abre la ventana, de prisa!

El rostro de cuatro años de la niña estaba inundado de somnolienta sorpresa, pero no de miedo. Se levantó y avanzó a trompicones hacia la ventana, mientras Elena rechinaba los dientes.

—Eso es. Buena chica... Ahora di: «Entra». ¡Rápido, dilo!

—Entra —dijo Margaret, obediente, pestañeando y dando un paso atrás.

La gatita saltó fuera al mismo tiempo que Elena se dejaba caer dentro. Intentó atrapar al felino, pero éste fue demasiado veloz. Una vez en el exterior, se deslizó por las ramas del arce con hiriente facilidad y saltó a la nieve, donde desapareció.

Una manita tiraba del suéter de Elena.



—¡Regresaste! —exclamó Margaret, abrazando las caderas de su hermana—. Te he echado de menos.

—Ah, Margaret, yo sí que te he echado de menos... —Empezó a decir Elena, y entonces se quedó totalmente inmóvil. La voz de tía Judith sonaba desde lo alto de la escalera.

—Margaret, ¿estás despierta? ¿Qué sucede ahí?

Elena sólo tuvo un instante para tomar su decisión.

—No le digas que estoy aquí —susurró, cayendo de rodillas—. Es un secreto, ¿comprendes? Di que dejaste salir a la gatita, pero no le digas que estoy aquí.

No había tiempo para nada más. Elena se metió bajo la cama y rezó.

Por debajo del volante que pendía de la cama, contempló cómo los pies cubiertos con calcetines de su tía entraban en la habitación. Apretó el rostro contra las tablas del suelo, sin respirar.

—¡Margaret! ¿Qué haces levantada? Vamos, vuelve a meterte en la cama —dijo la voz de tía Judith, y en seguida la cama crujió con el peso de Margaret, y Elena oyó los ruidos que hacía su tía arreglando los cobertores—. Tienes las manos heladas. ¿Por qué demonios está abierta la ventana?

—La abrí y *Bola de Nieve* salió —dijo Margaret.

Elena volvió a respirar.

—Y ahora hay nieve por todo el suelo. No puedo creer esto... No vuelvas a abrirla, ¿me oyes?

Se oyeron más ruidos mientras acababa de tapar a la niña, y los pies cubiertos con calcetines volvieron a salir. La puerta se cerró.

Elena culebreó para salir de debajo de la cama.

—Buena chica —susurró mientras Margaret se sentaba en la cama—. Estoy orgullosa de ti. Mañana le dices a tía Judith que tienes que regalar a tu gatita. Dile que te asustó. Sé que no quieres hacerlo... —posó una mano para detener el gemido que estaba a punto de brotar de los labios de la pequeña—, pero tienes que hacerlo. Porque te aseguro que esa gatita te hará daño si te la quedas. No quieres que te hagan daño, ¿verdad?

—No —respondió Margaret, y sus ojos azules se llenaron de lágrimas—. Pero...

—Y tampoco quieres que la gatita haga daño a tía Judith, ¿verdad? Di a tía Judith que no puedes tener ni un gatito, ni un cachorro, ni siquiera un pájaro hasta... Bueno, durante un tiempo. No le digas que yo lo dije; eso sigue siendo nuestro secreto. Dile que tienes miedo debido a lo que sucedió con los perros en la iglesia.

Era mejor, razonó sombríamente Elena, provocarle pesadillas nocturnas a la pequeña que ver cómo una pesadilla se convertía en realidad en el dormitorio.

La boca de Margaret se abrió con expresión entristecida.

—De acuerdo.

—Lo siento, tesoro. —Elena sentó en la cama y la abrazó con fuerza—. Pero así es como tiene que ser.



—Estás fría —dijo Margaret, y luego alzó los ojos hacia el rostro de su hermana—. ¿Eres un ángel?

—Uh... no exactamente.

«Más bien lo contrario», pensó Elena con ironía.

—Tía Judith dijo que fuiste a reunirme con mamá y papá. ¿Los has visto ya?

—Es... es un poco difícil de explicar, Margaret. No los he visto aún, no. Y no soy un ángel, no, pero en cualquier caso voy a ser como tu ángel de la guarda, ¿de acuerdo? Velaré por ti, incluso aunque no puedas verme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Margaret jugueteó con sus dedos—. ¿Significa eso que ya no puedes vivir aquí?

Elena paseó la mirada por el dormitorio rosa y blanco, los animales de peluche de las estanterías, el pequeño escritorio y el caballito balancín que en una ocasión había sido suyo y que estaba en el rincón.

—Eso es lo que significa —respondió con suavidad.

—Cuando dijeron que habías ido con mamá y papá, dije que yo también quería ir.

Elena pestañeó con fuerza.

—Ah, pequeña. No ha llegado la hora de que tú vayas, así que no puedes ir. Y tía Judith te quiere mucho y estaría muy sola sin ti.

Margaret asintió, y sus párpados empezaron a cerrarse. Pero mientras Elena volvía a tumbarla en la cama y echaba la colcha sobre ella, la niña hizo una pregunta más:

—Pero ¿es que no me quieres?

—Pues claro que sí. Te quiero tanto... Nunca supe cuánto hasta ahora. Pero yo estaré bien, y tía Judith te necesita más. Y...

Elena tuvo que tomar aire para serenarse, y cuando bajó la mirada vio que los ojos de Margaret estaban cerrados, y la respiración acompasada. La niña dormía.

«Qué estúpida, qué estúpida», pensó Elena, abriéndose paso por entre los montones de nieve hasta el otro lado de la calle Maple. Había dejado pasar la oportunidad de preguntar a Margaret si Robert había ido a cenar. Ahora era demasiado tarde ya.

Robert. Sus ojos se entrecerraron repentinamente. En la iglesia, Robert había estado fuera, y entonces los perros se habían vuelto locos. Y esta noche la gatita de Margaret se había vuelto salvaje... Justo al poco rato de que el coche de Robert saliera por el camino de acceso.

Robert tenía muchas preguntas que responder, se dijo.

Pero la melancolía tiraba de ella, llevándose sus pensamientos, y su mente no hacía más que regresar a la iluminada casa que acababa de abandonar, repasando las cosas que jamás volvería a ver. Todas sus ropas y adornos y joyas... ¿Qué haría tía Judith con ellas? «Ya no poseo nada —pensó—. Soy una indigente.»

«¿Elena?»



Aliviada, Elena reconoció la voz mental y la característica sombra al final de la calle. Apresuró el paso hacia Stefan, que sacó las manos de los bolsillos de la chaqueta y sostuvo las de ella para calentarlas.

—Meredith me contó adónde habías ido.

—Fui a casa —respondió ella.

Eso era todo lo que podía decir, pero mientras se recostaba contra él para hallar consuelo, supo que él la comprendía.

—Busquemos algún lugar donde podamos sentarnos —le dijo Stefan, y se interrumpió lleno de contrariedad.

Todos los lugares a los que habían ido antes eran demasiado peligrosos o le estaban vedados a Elena. La policía todavía tenía el coche de Stefan.

Finalmente se limitaron a ir a la escuela secundaria, donde podían sentarse bajo un saliente de un tejado y contemplar cómo caía la nieve. Elena le contó lo sucedido en la habitación de Margaret.

—Voy a hacer que Meredith y Bonnie extiendan por toda la ciudad la información de que los gatos también pueden atacar. La gente debería saberlo. Y creo que alguien debería vigilar a Robert —concluyó.

—Le seguiremos los pasos —dijo Stefan, y ella no pudo evitar sonreír.

—Es curioso lo muy americano que te has vuelto —comentó—. No había pensado en ello desde hace mucho tiempo, pero cuando llegaste por primera vez resultabas mucho más extranjero. Ahora nadie sabría que no has vivido aquí toda tu vida.

—Nos adaptamos con rapidez. Tenemos que hacerlo —contestó él—. Siempre hay países nuevos, décadas nuevas, situaciones nuevas. Tú te adaptarás también.

—¿Lo haré? —Los ojos de Elena permanecieron fijos en el centelleo de los copos que caían—. No sé...

—Aprenderás con el tiempo. Si hay algo... bueno... respecto a lo que somos, es el tiempo. Tenemos gran cantidad de él, tanta como queramos. Para siempre.

—«Compañeros felices para siempre.» ¿No es eso lo que Katherine os dijo a ti y a Damon? —murmuró Elena.

Pudo percibir cómo se ponía tenso Stefan, cómo se retiraba.

—Ella hablaba de nosotros tres —dijo—. Yo, no.

—Stefan, por favor, no lo hagas, no ahora. Ni siquiera pensaba en Damon, sólo en la eternidad. Me asusta. Todo respecto a esto me asusta, y en ocasiones pienso que simplemente quiero echarme a dormir y no volver a despertar jamás...

Refugiada en sus brazos se sintió segura, y descubrió que sus nuevos sentidos eran sencillamente tan increíbles de cerca como lo eran a distancia. Oía cada latido individual del corazón de Stefan, y el discurrir de la sangre por las venas del muchacho. Y podía oler el propio olor característico de éste mezclado con el aroma de la chaqueta, y la nieve, y la lana de las ropas que llevaba.



—Por favor, confía en mí —murmuró—. Sé que estás enojado con Damon, pero intenta darle una oportunidad. Creo que hay en él más de lo que parece haber. Y quiero su ayuda para encontrar al Otro Poder, y eso es realmente todo lo que quiero de él.

En aquel momento era totalmente cierto. Elena no quería tener nada que ver con la vida del cazador esa noche; la oscuridad no tenía ningún atractivo para ella. Deseó poder estar en casa sentada frente a un buen fuego.

Pero era agradable que la abrazaran de aquel modo, incluso aunque Stefan y ella tuvieran que sentarse sobre la nieve para hacerlo. El aliento de Stefan era cálido cuando le besó la parte posterior del cuello, y no percibió más señales de retraimiento en el cuerpo del muchacho.

Ni ansia, tampoco, o al menos no de la clase que estaba acostumbrada a percibir cuando estaban tan cerca como en aquel momento. Ahora que ella era una cazadora como él, la necesidad era distinta, era una necesidad de estar juntos más que de sustento. No importaba. Habían perdido algo, pero también habían ganado algo. Comprendía a Stefan como no lo había hecho nunca antes. Y su comprensión los unía más, hasta hacer que sus mentes se tocaran, se engranaran casi una con otra. No era el ruidoso parloteo de voces mentales; era una comunión profunda y sin palabras. Como si sus espíritus estuvieran unidos.

—Te amo —dijo Stefan contra su cuello, y ella le aferró con más fuerza.

Comprendió entonces por qué él había temido decirlo durante tanto tiempo. Cuando la idea del mañana te aterraba, era difícil comprometerse, porque uno no quería arrastrar a nadie más con él.

En especial a alguien a quien amaba.

—También yo te amo —se obligó a decir y se recostó, roto su tranquilo estado de ánimo—. ¿E intentarás dar a Damon una oportunidad, por mí? ¿Intentarás trabajar con él?

—Trabajaré con él, pero no confiaré en él. No puedo. Le conozco demasiado bien.

—En ocasiones me pregunto si alguien le conoce en realidad. Muy bien, pues, haz lo que puedas. Quizá podamos pedirle que siga a Robert mañana.

—Seguí a la señora Flowers hoy. —El labio de Stefan se curvó—. Toda la tarde y hasta el anochecer. ¿Y sabes qué hizo?

—¿Qué?

—Tres coladas... En una vieja máquina que parecía como si fuera a explotar en cualquier momento. No tiene secadora, sólo una máquina de escurrir. Está todo abajo, en el sótano. Luego salió fuera y llenó unas dos docenas de comederos para pájaros. Se pasa la mayor parte del tiempo allí abajo. Habla consigo misma.

—Igual que cualquier anciana chiflada —dijo Elena—. De acuerdo; a lo mejor Meredith se equivoca y eso es todo lo que es. —Observó el cambio en su expresión al mencionar el nombre de Meredith y añadió—: ¿Qué sucede?

—Bueno, Meredith tal vez tendrá que explicar también algunas cosas. No le pregunté al respecto; pensé que tal vez sería mejor si procediera de ti. Pero fue a hablar con Alaric Saltzman después de clase hoy. Y no quiso que nadie supiera adónde iba.

El desasosiego hizo acto de presencia en el estómago de Elena.



—¿Y qué?

—Pues que mintió al respecto después de eso... O al menos esquivó el tema. Intenté sondear su mente, pero mis poderes están casi agotados. Y ella es tozuda.

—¡Y tú no tenías derecho! Stefan, escúchame. Meredith jamás nos haría daño o nos traicionaría. Lo que sea que nos oculta...

—De modo que admites que oculta algo.

—Sí —reconoció ella de mala gana—, pero no es nada que vaya a perjudicarnos, estoy segura. Meredith ha sido amiga mía desde el primer año de primaria...

Sin darse cuenta, Elena dejó que la frase se desvaneciera. Pensaba en otra amiga que había sido íntima desde el jardín de infancia, Caroline. La que la semana anterior había intentado destruir a Stefan y humillar a Elena ante toda la ciudad.

¿Y qué era lo que había escrito en el diario de Caroline sobre Meredith? «*Meredith no hace nada; se limita a observar. Es como si no pudiera actuar, sólo puede reaccionar a las cosas. Además, he oído a mis padres hablar sobre su familia..., no me sorprende que nunca la mencione.*»

Los ojos de Elena abandonaron el paisaje nevado para buscar el rostro de Stefan, que aguardaba.

—No importa —dijo en voz baja—. Conozco a Meredith y confío en ella. Confiaré en ella hasta el final.

—Espero que sea digna de ello, Elena —contestó él—. Realmente, lo espero.



Capítulo 10

Jueves 12 de diciembre, por la mañana

Querido diario:

Así pues, tras una semana de trabajo, ¿qué hemos conseguido?

Bueno, entre todos nos las hemos arreglado para seguir a nuestros sospechosos casi continuamente durante los últimos seis o siete días. Resultados: informes sobre los movimientos de Robert durante la última semana, que pasó actuando como cualquier hombre de negocios corriente. Informes sobre Alaric, que no ha estado haciendo nada que no sea normal en un profesor de historia. Informes sobre la señora Flowers, quien al parecer se pasa la mayor parte del tiempo en el sótano. Pero en realidad no hemos averiguado nada.

Stefan dice que Alaric se reunió con el director de la escuela un par de veces, pero no pudo acercarse lo suficiente para oír de qué hablaban.

Meredith y Bonnie extendieron la información de que otras mascotas, además de los perros, eran peligrosas. No tuvieron que esforzarse mucho; parece como si todo el mundo en la ciudad estuviera ya al borde de la histeria. Desde entonces se han denunciado varios ataques más de animales, pero es difícil saber cuáles tomar en serio. Unos niños molestaban a una ardilla, y ésta los mordió. El conejo mascota de los Massases arañó al más pequeño de sus hijos. La vieja señora Coomber vio víboras cobrizas en su patio, cuando todas las serpientes deberían estar hibernando.

El único del que estoy segura es del ataque al veterinario que mantenía a los perros en cuarentena. Un grupo de ellos le mordió, y la mayoría escapó de los recintos donde estaban encerrados. Después de eso, simplemente desaparecieron. La gente dice que adiós y buen viaje y espera que se mueran de hambre en el bosque, pero yo tengo mis dudas.

Y no ha parado de nevar. No ha sido una nevada fuerte, pero tampoco ha parado. Nunca he visto tanta nieve.

A Stefan le preocupa el baile de mañana por la noche.

Lo que nos lleva de vuelta a: ¿qué hemos averiguado hasta ahora? ¿Qué sabemos? Ninguno de nuestros sospechosos estuvo cerca de la casa de los Massases o de la casa de la señora Coomber o de la casa del veterinario cuando sucedieron los ataques. No estamos más cerca de encontrar al Otro Poder de lo que estábamos al empezar.



La pequeña reunión de Alaric es esta noche. Meredith cree que deberíamos asistir. No sé qué otra cosa se puede hacer.

Damon estiró las largas piernas y habló con languidez, paseando la mirada por el granero.

—No, no creo que sea particularmente peligroso. Pero no veo qué esperas conseguir.

—Tampoco yo lo sé exactamente —admitió Elena—. Pero no tengo ideas mejores. ¿Las tienes tú?

—¿Cómo? ¿Te refieres a otros modos de pasar el rato? Sí, yo las tengo. ¿Quieres que te hable de ellas?

Elena le hizo callar con un ademán, y él abandonó el tema.

—Me refiero a cosas útiles que podamos hacer llegados a este punto. Robert está fuera de la ciudad, la señora Flowers está abajo...

—En el sótano —dijeron a coro varias voces.

—Y nosotros nos limitamos a estar aquí sentados. ¿Alguien tiene una idea mejor?

Meredith rompió el silencio.

—Si estáis preocupados porque puede ser peligroso para mí y Bonnie, ¿por qué no venís todos? No quiero decir que tengáis que dejaros ver. Podríais venir y ocultaros en el desván. Entonces, si algo sucediera, podríamos chillar pidiendo ayuda y nos oiríais.

—No veo por qué va a tener que chillar nadie —dijo Bonnie—. Allí no va a suceder nada.

—Bueno, quizá no, pero no está de más asegurarse —indicó Meredith—. ¿Qué os parece? Elena asintió despacio.

—Tiene sentido.

Miró en derredor en busca de objeciones, pero Stefan se limitó a encogerse de hombros, y Damon murmuró algo que hizo reír a Bonnie.

—De acuerdo, entonces está decidido. Vayamos.

La inevitable nieve les recibió al abandonar el granero.

—Bonnie y yo podemos ir en mi coche —dijo Meredith—. Y vosotros tres...

—Tranquila, ya nos las apañaremos —respondió Damon con su sonrisa lobuna.

Meredith asintió, sin mostrarse impresionada. Era curioso, se dijo Elena mientras las otras dos chicas se alejaban; Meredith jamás parecía sentirse impresionada por Damon. El encanto del joven parecía no tener efecto en ella.

Estaba a punto de mencionar que tenía hambre cuando Stefan se volvió hacia Damon.

—¿Estás dispuesto a quedarte con Elena todo el tiempo que estéis allí? ¿Cada minuto? —preguntó.

—Intenta impedírmelo —respondió Damon en tono divertido. Luego hizo desaparecer la sonrisa—. ¿Por qué?



—Porque si lo estás, los dos podéis ir hacia allí solos, y yo me reuniré con vosotros más tarde. Tengo que hacer algo, pero no me llevará mucho rato.

—¿Qué es?

—Recibí una nota de Caroline hoy. Preguntaba si podía reunirme con ella en la escuela antes de la fiesta en casa de Alaric. Decía que quería disculparse.

Elena abrió la boca para soltar un comentario hiriente, y luego la volvió a cerrar. Por lo que había oído, Caroline estaba hecha una lástima últimamente. Y quizá hablar con ella haría que Stefan se sintiera mejor.

—Bueno, tú sí que no tienes nada de lo que disculpaste —le dijo—. Todo lo que le sucedió fue culpa suya. ¿No la consideras peligrosa?

—No; de todos modos aún me queda algo de mis poderes. Ella no es mala chica. Me reuniré con ella, y los dos podemos ir juntos a casa de Alaric.

—Ten cuidado —dijo mientras echaba a correr por la nieve.

El desván estaba tal y como lo recordaba, oscuro y polvoriento y lleno de misteriosas formas cubiertas con hules. Damon, que había entrado de un modo más convencional, por la puerta principal, había tenido que quitar los postigos para permitirle entrar por la ventana. Después de eso se sentaron uno junto al otro sobre el viejo colchón y escucharon las voces que ascendían por los conductos.

—Se me podrían ocurrir marcos más románticos —murmuró Damon, quitándose melindrosamente una telaraña de la manga—. ¿Estás segura de que no preferirías...?

—Sí —respondió Elena—. Ahora calla.

Era como un juego, escuchar los retazos de conversaciones e intentar recomponerlas, intentar poner a cada voz el rostro correspondiente.

—Y luego dije: no me importa cuánto tiempo hace que tienes el periquito; deshazte de él o iré al Baile de la Nieve con Mike Feldman. Y él dijo...

—... corre el rumor de que volvieron a abrir la tumba del señor Tanner anoche...

—... ¿te enteraste de que todo el mundo excepto Caroline se ha borrado del concurso para elegir a la reina de la nieve? ¿No crees que...?

—... muerta, pero te aseguro que la vi. Y no, no estaba soñando; llevaba una especie de vestido plateado y los cabellos eran totalmente dorados y se agitaban en el viento...

Elena miró a Damon enarcando las cejas, luego bajó la mirada significativamente hacia su cómoda y práctica vestimenta negra. Él sonrió burlón.

—Romanticismo —dijo—. A mí, personalmente, me gustas de negro.

—Bueno, es comprensible que te guste así, ¿no es cierto? —murmuró ella.

Era extraño lo mucho más cómoda que se sentía junto a Damon últimamente. Permaneció sentada en silencio, dejando que las conversaciones flotaran a su alrededor, perdiendo casi el sentido del tiempo. Luego captó una voz familiar, enojada, y más cercana que el resto.

—De acuerdo, de acuerdo, ya voy. De acuerdo.



Elena y Damon intercambiaron una mirada y se pusieron en pie mientras el pomo de la puerta del desván giraba. Bonnie asomó la cabeza por el borde de la puerta.

—Meredith me dijo que subiera aquí arriba. No sé el motivo. Está monopolizando a Alaric y la fiesta es un desastre. ¡Achís!

Se sentó sobre el colchón, y al cabo de unos pocos minutos Elena volvió a sentarse junto a ella. Empezaba a desear que llegara Stefan. Para cuando la puerta volvió a abrirse y entró Meredith, estaba segura de desearlo.

—Meredith, ¿qué pasa?

—Nada, o al menos nada de lo que preocuparse. ¿Dónde está Stefan?

Las mejillas de la muchacha estaban insólitamente sonrojadas, y tenía una expresión curiosa en los ojos, como si mantuviera algo firmemente bajo control.

—Vendrá más tarde... —empezó Elena, pero Damon la interrumpió:

—No importa dónde esté. ¿Quién está subiendo por la escalera?

—¿Qué quieres decir con «quién está subiendo por la escalera»? —inquirió Bonnie, alzándose.

—Que todo el mundo permanezca en calma —dijo Meredith, apostándose frente a la ventana como custodiándola; no parecía demasiado calmada precisamente, se dijo Elena—. Ya puedes —dijo en voz más alta, y la puerta se abrió y Alaric Saltzman entró en la habitación.

El movimiento de Damon fue tan grácil que ni siquiera los ojos de Elena pudieron seguirlo; con un gesto asió la muñeca de Elena y la colocó detrás de él, a la vez que iba a situarse directamente ante Alaric. Finalizó acuclillándose como un depredador, cada músculo tenso y listo para el ataque.

—¡No lo hagas! —exclamó violentamente Bonnie.

La muchacha se abalanzó sobre Alaric, que ya había empezado a retroceder un paso ante Damon. El profesor casi perdió el equilibrio y tanteó a su espalda en busca de la puerta. La otra mano buscaba a tientas en el cinturón.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! —gritó Meredith.

Elena vio la forma bajo la americana de Alaric y comprendió que era una pistola.

De nuevo, no consiguió seguir del todo lo que sucedió a continuación. Damon le soltó la muñeca y asió la de Alaric. Y a continuación Alaric estaba sentado en el suelo, con una expresión aturdida, y Damon extraía los cartuchos del arma, uno a uno.

—Te dije que era una estupidez y que no la necesitarías —dijo Meredith.

Elena reparó en que ella misma sujetaba a la morena muchacha por los brazos. Sin duda debió de hacerlo para impedir que Meredith interfiriera con Damon, pero no lo recordaba.

—Estas cositas con punta de madera son desagradables; podrían herir a alguien —dijo Damon, en un leve tono de censura; volvió a colocar uno de los cartuchos e insertó otra vez el cargador con un chasquido, apuntando pensativamente a Alaric.



—Basta ya —ordenó Meredith con vehemencia, y volvió la cabeza hacia Elena—. Haz que pare, Elena; no hace más que empeorarlo. Alaric no os hará daño; lo prometo. Me he pasado toda la semana convenciéndole de que vosotros no le haríais daño.

—Y ahora me parece que tengo la muñeca rota —dijo Alaric, la voz bastante calmada; los cabellos un tanto rojizos le caían al frente sobre los ojos.

—No puedes culpar a nadie más que a ti mismo —replicó Meredith con amargura.

Bonnie, que había estado aferrando, solícita, los hombros de Alaric, alzó los ojos ante la familiaridad del tono de su amiga, y luego retrocedió unos cuantos pasos y se sentó.

—No sabéis las ganas que tengo de oír una explicación a todo esto —dijo.

—Por favor, confía en mí —le pidió Meredith a Elena.

Elena miró al interior de los oscuros ojos. Realmente confiaba en Meredith; así lo había dicho. Y las palabras despertaron otro recuerdo, su propia voz pidiendo a Stefan confianza. Asintió.

—¿Damon? —dijo.

Éste arrojó el arma a un lado con toda tranquilidad y luego sonrió a todos ellos, dejando bien claro que no tenía necesidad de tales armas artificiales.

—Ahora, si todo el mundo simplemente se limita a escuchar, todos comprenderéis —declaró Meredith.

—Ah, estoy totalmente segura —replicó Bonnie.

Elena se acercó a Alaric Saltzman. No le temía, pero por el modo en que él la miró solamente a ella, despacio, empezando por los pies y luego ascendiendo, él sí le tenía miedo a ella.

La muchacha se detuvo cuando estuvo a un metro del lugar en el que el profesor estaba sentado en el suelo y se arrodilló allí, mirándole a la cara.

—Hola —saludó.

Él seguía sujetándose la muñeca.

—Hola —respondió, y tragó saliva.

Elena echó una rápida mirada atrás a Meredith y luego volvió a mirar a Alaric. Sí, estaba asustado. Y con el cabello en los ojos de aquel modo, parecía joven. Puede que tuviera cuatro años más que Elena, quizá cinco. No más que eso.

—No vamos a hacerte daño —dijo.

—Eso es lo que le he estado diciendo —indicó Meredith en voz baja—. Le expliqué que lo que sea que haya visto antes, cualesquiera que sean las historias que haya oído, vosotros sois distintos. Le conté lo que me contaste sobre Stefan, el modo en que ha estado luchando contra su naturaleza todos esos años. Le conté por lo que has pasado, Elena, y que jamás buscaste acabar así.

«Pero ¿por qué le contaste tantas cosas?», pensó Elena, y a Alaric le dijo:

—De acuerdo, sabes cosas sobre nosotros. Pero todo lo que nosotros sabemos sobre ti es que no eres un profesor de historia.



—Es un cazador —indicó Damon con suavidad, amenazador—. Un cazador de vampiros.

—No —replicó Alaric—. O al menos no en el sentido que le das tú. —Pareció tomar una decisión—. De acuerdo. Por lo que sé de vosotros tres... —Se interrumpió, paseando la mirada por la oscura habitación como si de improvviso reparara en algo—. ¿Dónde está Stefan?

—Viene de camino. De hecho, ya debería estar aquí a estas horas. Iba a pasar por la escuela y traer a Caroline —dijo Elena, que no estaba preparada para la reacción de Alaric.

—¿Caroline Forbes? —inquirió él abruptamente, sentándose muy tieso.

La voz sonó igual que cuando ella le había oído hablar con el doctor Feinberg y el director, cortante y enérgica.

—Sí; le envió una nota hoy. Decía que quería disculparse, o algo así. Quería reunirse con él en la escuela antes de la fiesta.

—No puede ir. Tenéis que detenerle. —Alaric se puso en pie apresuradamente y repitió apremiante—: Tenéis que detenerle.

—Ya ha ido. ¿Por qué? ¿Por qué no debería ir? —quiso saber Elena.

—Porque hipnoticé a Caroline hace dos días. Lo había intentado antes con Tyler, sin éxito. Pero Caroline es un buen sujeto, y recordó un poco de lo sucedido en el cobertizo. E identificó a Stefan Salvatore como el atacante.

El conmovido silencio duró sólo una fracción de segundo. Luego Bonnie dijo:

—Pero ¿qué puede hacer Caroline? No puede hacerle daño...

—¿No lo comprendéis? Ya no tratáis con estudiantes de escuela secundaria —dijo Alaric—. Ha ido demasiado lejos. El padre de Caroline lo sabe, y el padre de Tyler. Están preocupados por la seguridad de la ciudad...

—¡Chist! ¡Quédate callado!

Elena buscaba por todas partes mentalmente, intentaba detectar algún atisbo de la presencia de Stefan. «Se ha dejado debilitar», pensó la parte de ella que mantenía una calma glacial en medio del torbellino de miedo y pánico. Por fin percibió algo, sólo un leve indicio, pero le pareció que era Stefan. Y estaba en apuros.

—Algo va mal —confirmó Damon, y ella comprendió que también debía de haber estado buscando, con una mente mucho más poderosa que la de ella—. Vamos.

—Aguardad, hablemos primero. No os metáis en esto por las buenas.

Pero Alaric podría haberle hablado al viento, intentando refrenar su poder destructor con palabras. Damon estaba ya en la ventana, y al cabo de un instante la misma Elena se dejaba caer desde ella, aterrizando limpiamente junto a Damon en la nieve. La voz de Alaric los siguió desde arriba.

—Nosotros también vamos. Esperadnos allí. Dejadme hablar con ellos primero. Puedo ocuparme de ello...

Elena apenas le oyó. Su mente bullía con un único propósito, un pensamiento: hacer daño a las personas que querían hacer daño a Stefan. «Ha ido demasiado lejos, ya lo creo —pensó—. Y ahora yo voy a ir tan lejos como sea necesario. Si se atreven a tocarle...» Por su mente



pasaron imágenes fugaces, con demasiada rapidez para contarlas, de lo que les haría. En cualquier otro momento se habría sentido conmocionada por el torrente de adrenalina, de excitación, que fluía ante aquellos pensamientos.

Podía percibir la mente de Damon junto a ella mientras corrían a toda velocidad por la nieve; era como una llamarada de luz roja y furia. La ferocidad que había dentro de Elena la recibió de buen grado, contento de sentirla tan cerca. Pero entonces se le ocurrió otra cosa.

—Voy a aminorar el paso —dijo.

No podía decirse que estuviera sin aliento, ni siquiera por correr sobre nieve virgen, e iban a una gran velocidad. Pero nada sobre dos piernas, o incluso sobre cuatro, podía igualar la velocidad de las alas de una ave.

—Sigue —dijo—. Llega allí tan rápido como puedas. Me reuniré contigo.

No se quedó para contemplar cómo el aire se desdibujaba y se estremecía, ni el modo en que la oscuridad se arremolinaba hasta acabar convertida en una ráfaga de alas que batían el aire. Pero sí echó una ojeada a lo alto para contemplar el cuervo que se elevaba hacia las alturas y oyó la voz mental de Damon.

«Buena caza», dijo, y la alada figura negra marchó como una flecha hacia la escuela.

«Buena caza», fue el pensamiento que Elena envió tras él, y lo decía en serio. Redobló la velocidad, con la mente fija todo el tiempo en aquel destello de la presencia de Stefan.

Stefan yacía sobre la espalda, deseando que su visión no fuera tan borrosa o que tuviera algo más que un control vacilante sobre la conciencia. La visión borrosa se debía en parte al dolor y en parte a la nieve, pero también había un hilillo de sangre procedente de la herida de siete centímetros en su cuero cabelludo.

Desde luego, había sido un estúpido al no echar un vistazo alrededor de la escuela; de haberlo hecho habría visto los coches con las luces apagadas aparcados en el otro lado. Para empezar, había sido un estúpido al acudir allí. Y ahora iba a pagar por aquella estupidez.

Si al menos fuera capaz de concentrarse lo suficiente para pedir ayuda... Pero la debilidad que había permitido que esos hombres pudieran con él con tanta facilidad también lo impedía. Apenas se había alimentado desde la noche de su ataque a Tyler. En cierto modo, eso mismo resultaba irónico. Su propio sentimiento de culpa era responsable del lío en el que se encontraba.

«Jamás debería haber intentado cambiar mi naturaleza —pensó—. Damon estaba en lo cierto, después de todo. Todo el mundo es igual: Alaric, Caroline, todo el mundo. Todo el mundo te traicionará. Debería haberlos cazado y disfrutado con ello.»

Esperó que Damon cuidara de Elena. La muchacha estaría a salvo con él; Damon era fuerte e implacable. Damon la enseñaría a sobrevivir. Eso le alegró.

Pero algo en su interior lloraba.

Los agudos ojos del cuervo distinguieron los haces cruzados de los faros en el suelo, y el ave descendió en picado. Pero Damon no necesitaba la confirmación visual; se guiaba por el tenue latido de lo que era la fuerza vital de Stefan. Tenue porque Stefan estaba débil y porque casi se había dado por vencido.



«Nunca aprendes, ¿verdad, hermano? —le dijo Damon mentalmente—. Debería dejarte ahí donde estás.» Pero ya incluso mientras pasaba sobre el suelo en vuelo rasante su forma cambiaba, adoptando un aspecto que haría más daño que el de un cuervo.

El lobo negro saltó al interior del puñado de hombres que rodeaban a Stefan, dirigiéndose con precisión hacia el que sostenía el afilado cilindro de madera sobre el pecho de Stefan. La fuerza del golpe lanzó al hombre unos tres metros atrás, y la estaca resbaló sobre la hierba. Damon contuvo el impulso —mucho más fuerte porque encajaba con la apariencia que había adoptado— de cerrar los dientes sobre la garganta del hombre. Giró en redondo y regresó a por los otros hombres que seguían en pie.

La segunda acometida los desperdigó, pero uno de ellos alcanzó el límite de la luz y se dio la vuelta, alzando algo a la altura del hombro. «Un rifle», pensó Damon. Y probablemente cargado con las mismas balas tratadas especialmente que había en la pistola de Alaric. No había modo de alcanzar al hombre antes de que disparara. El lobo gruñó y se agazapó para efectuar un salto de todos modos. El rostro rollizo del hombre se arrugó en una sonrisa.

Veloz como el ataque de una serpiente, una mano blanca surgió de la oscuridad y le arrancó el rifle. El hombre miró frenéticamente a su alrededor, perplejo, y el lobo dejó que las mandíbulas se abrieran en una sonrisa burlona. Elena había llegado.



Capítulo 11

Elena contempló cómo el rifle del señor Smallwood rebotaba sobre la hierba. Disfrutó con la expresión del rostro del hombre cuando éste giró en redondo para averiguar qué se lo había arrebatado. Y sintió la llamarada de la aprobación de Damon desde el otro extremo de la zona iluminada, feroz y ardiente como el orgullo de un lobo ante la primera presa de su cachorro. Pero cuando alcanzó a ver a Stefan caído en el suelo, olvidó todo lo demás. Una furia inconmensurable la dejó sin aliento, y empezó a avanzar hacia él.

—¡Qué todo el mundo se detenga! ¡Déjenlo estar todo, quédense justo donde están!

El grito les llegó junto con el chirrido de neumáticos. El coche de Alaric Saltzman casi patinó al penetrar en el aparcamiento y frenó en seco con un chirrido. Alaric saltó de él casi antes de que dejara de moverse.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió, avanzando a grandes zancadas hacia los hombres.

Al oír el grito, Elena había retrocedido automáticamente al interior de la zona en sombra, y en aquellos momentos contemplaba los rostros de los hombres mientras éstos giraban hacia el recién llegado. Además del señor Smallwood, reconoció al señor Forbes y al señor Bennett, el padre de Vickie Bennett. Los otros hombres debían de ser los padres de los otros chicos que habían estado con Tyler en el cobertizo, se dijo.

Fue uno de los desconocidos quien respondió a la pregunta, con una enunciación lenta que no conseguía ocultar del todo el nerviosismo subyacente.

—Pues bien, que nos hemos cansado de seguir aguardando. Decidimos acelerar un poco las cosas.

El lobo gruñó. Fue un retumbo sordo que se elevó hasta convertirse en un gruñido parecido al de una motosierra. Todos los hombres retrocedieron con un estremecimiento, y los ojos de Alaric se desorbitaron al advertir la presencia del animal por vez primera.

Sonaba otro sonido, más quedo y continuado, procedente de una figura acurrucada junto a uno de los coches. Caroline Forbes lloriqueaba sin cesar.

—Dijeron que sólo querían hablar con él. No me dijeron lo que iban a hacer.

Alaric, con un ojo puesto en el lobo, la señaló con un ademán.

—¿E ibais a dejar que presenciara esto? ¿Una jovencita? ¿Os dais cuenta del daño psicológico que eso le podría causar?

—¿Qué hay del daño psicológico cuando le desgarren la garganta? —replicó el señor Forbes, y hubo gritos de asentimiento—. Eso es precisamente lo que nos preocupa.



—En ese caso será mejor que se preocupen de encontrar al hombre correcto —dijo Alaric—. Caroline —añadió, volviéndose hacia la muchacha—. Quiero que pienses. No llegamos a finalizar nuestras sesiones. Sé que cuando lo dejamos pensabas haber reconocido a Stefan. Pero ¿estás absolutamente segura de que fue él? ¿Podría haber sido alguna otra persona, alguien que se le pareciera?

Caroline se irguió, apuntalándose contra el coche y alzando un rostro manchado de lágrimas. Miró a Stefan, que acababa de sentarse en el suelo, y luego a Alaric.

—Yo...

—Piensa, Caroline. Tienes que estar absolutamente segura. ¿Hay alguna otra persona que pudiera haber sido, como...?

—Como ese chico que dice llamarse Damon Smith —se escuchó decir a la voz de Meredith; la muchacha era una esbelta sombra de pie junto al coche de Alaric—. ¿Le recuerdas, Caroline? Vino a la primera fiesta de Alaric. Se parece a Stefan en algunos aspectos.

La tensión mantuvo a Elena en perfecta suspensión mientras Caroline abría mucho los ojos, perpleja. Luego, lentamente, la muchacha de cabellos color caoba empezó a asentir.

—Sí... Podría haber sido, supongo. Todo sucedió tan de prisa... Pero podría haber sido.

—¿Y realmente no puedes estar segura de cuál fue? —inquirió Alaric.

—No... no absolutamente segura.

—Lo ven —dijo Alaric—. Les dije que necesitaba más sesiones, que no podíamos estar seguros de nada aún. Todavía sigue muy confundida.

El profesor avanzaba, con cuidado, hacia Stefan. Elena advirtió que el lobo había vuelto a retroceder hacia el interior de las sombras. Ella podía verle, pero los hombres probablemente no.

La desaparición del animal los hizo más agresivos.

—¿De qué habla? ¿Quién es ese Smith? Nunca le he visto.

—Pero su hija Vickie probablemente lo ha hecho, señor Bennett —dijo Alaric—. Eso podría salir en la siguiente sesión con ella. Hablaremos de ello mañana; puede esperar ese tiempo. Ahora creo que lo mejor será que lleve a Stefan a un hospital.

Algunos de los hombres dieron muestras de desasosiego.

—Ya, desde luego, y mientras nosotros aguardamos, cualquier cosa podría suceder —empezó a decir el señor Smallwood—. En cualquier momento, en cualquier parte...

—¿Así que entonces van a tomarse sencillamente la justicia por su mano? —inquirió Alaric, y su voz se había endurecido—. ¿Tanto si tienen al sospechoso correcto como si no? ¿Dónde están sus pruebas de que el chico posee poderes sobrenaturales? ¿Qué prueba tienen? ¿Cuánta resistencia opuso siquiera?

—Hay un lobo por aquí que sí opuso mucha resistencia —replicó el señor Smallwood con el rostro ruborizado—. A lo mejor están juntos en ello.



—No veo ningún lobo. Vi un perro. Quizá uno de los perros que escaparon de la cuarentena. Pero ¿qué tiene eso que ver con todo ello? Les digo que en mi opinión profesional han cogido al hombre equivocado.

Los hombres titubeaban, pero todavía existía algo de duda en sus rostros. Meredith tomó la palabra.

—Creo que deberían saber que ha habido ataques de vampiros en este condado con anterioridad —dijo—. Mucho tiempo antes de que Stefan llegara aquí. Mi abuelo fue una víctima. Quizá alguno de ustedes ha oído hablar de ello. —Miró en dirección a Caroline.

Aquello puso fin a la cuestión. Elena vio cómo los hombres intercambiaban miradas inquietas y retrocedían hacia sus coches. De improviso, todos parecían ansiosos por hallarse en otro lugar.

El señor Smallwood fue uno de los que se rezagaron para decir:

—Dijo que hablaríamos sobre esto mañana, Saltzman. Quiero oír lo que cuenta mi hijo la próxima vez que lo hipnoticen.

El padre de Caroline se hizo cargo de su hija y se metió en su coche a toda prisa, mascullando algo sobre que todo aquello era una gran equivocación y que nadie se lo tomaba suficientemente en serio.

Cuando el último coche marchó, Elena corrió junto a Stefan.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron daño?

El joven se apartó del brazo de Alaric que lo sostenía.

—Alguien me golpeó por detrás mientras hablaba con Caroline. Estoy bien... ahora. —Dirigió una veloz mirada a Alaric—. Gracias. ¿Por qué?

—Está de nuestra parte —explicó Bonnie, reuniéndose con ellos—. Os lo dije. Vaya, Stefan, ¿estás bien de verdad? Por un minuto pensé que iba a desmayarme ahí. No iban en serio. Quiero decir que en realidad no podían pensar seriamente en...

—En serio o no, no creo que debamos permanecer aquí —dijo Meredith—. ¿Necesitas realmente ir a un hospital?

—No —repuso Stefan, mientras Elena examinaba con ansiedad el corte de su cabeza—. Sólo necesito descanso. Algún lugar donde sentarme.

—Tengo mis llaves. Vayamos al aula de historia —indicó Alaric.

Bonnie paseaba la mirada por la oscuridad con aprensión.

—¿El lobo también? —inquirió, y luego pegó un brinco cuando una sombra adquirió solidez y se convirtió en Damon.

—¿Qué lobo? —preguntó éste.

Stefan giró levemente, haciendo una mueca de dolor.

—Gracias también a ti —dijo con frialdad.

Pero los ojos de Stefan permanecieron puestos en su hermano con algo parecido a la perplejidad mientras se encaminaban al edificio de la escuela.

En el vestíbulo, Elena se lo llevó aparte.



—Stefan, ¿cómo es que no advertiste que se acercaban por detrás? ¿Por qué estabas tan débil?

Stefan sacudió la cabeza evasivamente, y ella añadió:

—¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste? Stefan, ¿cuándo fue? Siempre das alguna excusa cuando yo ando por ahí. ¿Qué estás intentando hacerte?

—Estoy bien —dijo—. De verdad, Elena. Cazaré más tarde.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

En aquel momento, a Elena no se le ocurrió que no habían acordado que significaba «más tarde». Permitió que él la condujera pasillo adelante.

El aula de historia parecía distinta de noche a los ojos de Elena. Había una atmósfera extraña en ella, como si las luces fueran demasiado fuertes. En aquel momento todos los pupitres estaban retirados a un lado, y había cinco sillas colocadas ante la mesa de Alaric. Este, que justo acababa de organizar el mobiliario, instó a Stefan a ocupar su propio asiento acolchado.

—Bien, ¿por qué no os sentáis los demás?

Se limitaron a mirarle. Al cabo de un momento, Bonnie se dejó caer en una silla, pero Elena permaneció junto a Stefan, Damon se quedó recostado a mitad de camino entre el grupo y la puerta, y Meredith empujó algunos papeles hasta la parte central de la mesa de Alaric y se acomodó sobre una esquina de ella.

La mirada de profesor desapareció de los ojos de Alaric.

—Muy bien —dijo, y se sentó en una de las sillas para alumnos—. Bueno.

—Bueno —dijo Elena.

Todo el mundo miró a todo el mundo. Elena tomó un pedazo de algodón del botiquín de primeros auxilios que había cogido en la entrada y empezó a dar ligeros toques a la cabeza de Stefan con él.

—Creo que es hora de esa explicación —indicó.

—De acuerdo. Sí. Bueno, todos parecéis haber adivinado que no soy un profesor de historia...

—A los cinco minutos —replicó Stefan.

La voz del muchacho sonó tranquila y peligrosa, y con un estremecimiento, Elena advirtió que le recordaba a la de Damon.

—Así pues, ¿qué eres?

Alaric efectuó un gesto de disculpa y respondió casi con timidez:

—Un psicólogo. No de los que usan un diván —añadió apresuradamente cuando los otros intercambiaron miradas—. Soy un investigador, un psicólogo experimental. De la universidad Duke. Ya sabéis, donde se iniciaron los experimentos sobre percepción extrasensorial.

—¿Ésos en los que hacen que adivines qué hay en la cartulina sin mirarlo? —preguntó Bonnie.



—Sí, bueno, se ha ido un poco más lejos que eso ahora, desde luego. Aunque no me disgustaría hacerte una prueba con las cartulinas Rhine, en especial cuando estás en uno de esos trances. —El rostro de Alaric se iluminó con científico interés; pero en seguida carraspeó y siguió—: Pero... ah... como decía, empezó hace un par de años, cuando hice un trabajo sobre parapsicología. No intentaba demostrar que existieran poderes sobrenaturales, sólo quería estudiar cuál es su efecto psicológico en las personas que los poseen. Bonnie, aquí presente, es uno de esos casos. —La voz de Alaric adoptó el tono de un conferenciante—. ¿Qué le provoca, mentalmente, emocionalmente, tener que tratar con esos poderes?

—Es terrible —interrumpió Bonnie con vehemencia—. Ya no los quiero. Los odio.

—Bien, ya lo ves —dijo Alaric—. Habrías proporcionado un estudio fantástico. Mi problema fue que no podía hallar a nadie con auténticos poderes psíquicos que examinar. Había gran cantidad de farsantes, ya lo creo: sanadores con cristales, zahoríes, canalizadores, de todo lo habido y por haber. Pero no pude encontrar nada genuino hasta que recibí una información de un amigo del cuerpo de policía.

»Había una mujer en Carolina del Sur que afirmaba haber sido mordida por un vampiro, y que desde entonces padecía pesadilla psíquicas. Para entonces yo estaba tan acostumbrado a los farsantes que esperaba que resultase ser uno más. Pero no lo era, al menos no respecto a lo de la mordedura. Jamás pude probar que tuviera poderes psíquicos.

—¿Cómo podías estar seguro de que la habían mordido? —inquirió Elena.

—Había pruebas médicas. Restos de saliva en las heridas que eran similares a la saliva humana..., pero no del todo. Contenían un agente anticoagulante similar al que se encuentra en la saliva de las sanguijuelas... —Alaric se interrumpió, y luego prosiguió a toda prisa—. En cualquier caso, estuve seguro. Y así fue como empezó. Una vez que estuve convencido de que algo le había sucedido realmente a la mujer, empecé a buscar otros casos como el suyo. No había gran cantidad de ellos, pero los había. Personas que habían tropezado con vampiros.

«Abandoné todos mis otros estudios y me concentré en localizar víctimas de vampiros y examinarlas. Y aunque lo diga yo mismo, me he convertido en el experto más importante en ese campo —concluyó con modestia—. He escrito varios trabajos...

—Pero nunca has visto un vampiro en realidad —le interrumpió Elena—. Hasta ahora, quiero decir. ¿Es así?

—Bueno..., no. No en carne y hueso, por así decirlo. Pero he escrito monografías... y cosas. —Su voz se fue apagando.

Elena se mordió el labio.

—¿Qué hacías con los perros? —preguntó—. En la iglesia, cuando agitabas las manos en dirección a ellos.

—Ah... —Alaric pareció avergonzado—, he aprendido unas cuantas cosas aquí y por ahí, ya sabes. Era un conjuro que me enseñó un viejo montañés para rechazar el mal. Pensé que podría funcionar.

—Tienes mucho que aprender —dijo Damon.

—Evidentemente —respondió él con frialdad, y luego hizo una mueca—. En realidad, ya me imaginé eso justo después de llegar aquí. Vuestro director, Brian Newcastle, había oído hablar de mí. Conocía los estudios que realizo. Cuando mataron a Tanner y el doctor Feinberg



no halló sangre en el cuerpo y encontró laceraciones hechas por dientes en el cuello... Bueno, me llamaron. Pensé que podría ser una gran oportunidad para mí..., un caso con un vampiro en la zona. El único problema fue que una vez que llegué aquí me di cuenta de que esperaban que me ocupara del vampiro. No sabían que antes sólo había tratado con las víctimas. Y... bueno, tal vez esto me superaba. Pero hice todo lo posible por justificar su confianza...

—Fingiste —acusó Elena—. Eso fue lo que hacías cuando te oí hablando con ellos en tu casa sobre hallar nuestra supuesta guarida y todo eso. Simplemente, improvisabas.

—Bueno, no del todo —replicó él—. Teóricamente, soy un experto. —Entonces reaccionó a sus palabras—. ¿A qué te refieres al decir cuando me oíste hablar con ellos?

—Mientras tú estabas fuera buscando una madriguera, ella dormía en tu desván —le informó Damon con sequedad.

Alaric abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

—Lo que me gustaría saber es cómo entra Meredith en todo esto —intervino Stefan, y no sonreía.

Meredith, que había estado contemplando pensativamente el revoltijo de papeles que había sobre la mesa de Alaric durante todo aquel tiempo, alzó los ojos. Habló sin alterarse, sin emoción.

—Le reconocí, ¿sabes? No conseguía recordar dónde le había visto al principio, porque fue hace casi tres años. Luego comprendí que fue en el hospital donde estaba mi abuelo. Lo que conté a esos hombres era la verdad, Stefan. A mi abuelo lo atacó un vampiro.

Hubo un corto silencio, y luego Meredith siguió hablando.

—Sucedió hace mucho tiempo, antes de que yo naciera. No resultó muy malherido, pero jamás se recuperó completamente. Se volvió... bueno, algo parecido a como es Vickie, sólo que más violento. Llegó a tal punto que tuvieron miedo de que se lastimara a sí mismo, o a alguna otra persona. Así que lo llevaron a un hospital, un lugar donde estaría a salvo.

—Una institución para enfermos mentales —dijo Elena, y sintió una punzada de compasión por la muchacha de cabellos oscuros—. Ah, Meredith. Pero ¿por qué no dijiste nada? Podrías habérselo contado.

—Lo sé. Debería haberlo hecho..., pero no podía. La familia lo ha mantenido en secreto mucho tiempo; o lo ha intentado, al menos. Por lo que Caroline escribió en su diario, evidentemente ella lo había oído. La cuestión es que nadie creyó jamás las historias del abuelo sobre el vampiro. Simplemente, pensaron que era otro de sus delirios, y él tenía muchísimos. Ni siquiera yo las creía... hasta que llegó Stefan. Y entonces... No sé, mi mente empezó a encajar cosas sin importancia. Pero realmente no creí lo que pensaba hasta que tú regresaste, Elena.

—Me sorprende que no me odiases —repuso Elena en voz baja.

—¿Cómo podía hacerlo? Te conozco a ti y conozco a Stefan. Sé que no sois malvados. —Meredith no miró a Damon; le ignoraba, como si él ni siquiera estuviese allí—. Pero cuando recordé haber visto a Alaric hablando con el abuelo en el hospital, supe que él tampoco lo era. Sólo que no sabía exactamente cómo reuniros a todos vosotros para demostrarlo.

—Tampoco yo te reconocí —indicó Alaric—. El anciano se llamaba de otro modo; es el padre de tu madre, ¿verdad? Y puede que te viera rondando por la sala de espera alguna vez,



pero no eras más que una chiquilla de piernas flacuchas entonces. Has cambiado —añadió a modo de elogio.

Bonnie tosió con un sonido muy significativo.

Elena intentaba organizar las cosas en su mente.

—Así pues, ¿qué hacían esos hombres de ahí fuera con una estaca si tú no les dijiste que estuvieran allí?

—Tuve que pedir permiso a los padres de Caroline para hipnotizarla, desde luego. Y les informé de lo que descubrí. Pero si pensáis que tuve algo que ver con lo sucedido esta noche, os equivocáis. Ni siquiera estaba enterado.

—Le he contado lo que hemos estado haciendo, cómo hemos estado buscando al Otro Poder —explicó Meredith—. Y quiere ayudar.

—Dije que podría ayudar —indicó él con cautela.

—Incorrecto —dijo Stefan—. O estás con nosotros, o contra nosotros. Te agradezco lo que hiciste ahí fuera, al hablar con esos hombres, pero sigue en pie, para empezar, el hecho de que tú iniciaste gran parte de este problema. Ahora tienes que decidir: ¿estás de nuestro lado... o del suyo?

Alaric miró a cada uno de ellos, observó la firme mirada de Meredith y las enarcadas cejas de Bonnie, a Elena, arrodillada en el suelo y el cuero cabelludo de Stefan, que cicatrizaba ya. Luego desvió los ojos hacia Damon, que estaba recostado en la pared, sombrío y taciturno.

—Ayudaré —dijo por fin—. Demonios, es el estudio definitivo.

—Entonces, de acuerdo —dijo Elena—. Estás dentro. Ahora, ¿qué pasará con el señor Smallwood mañana? ¿Y si quiere que vuelvas a hipnotizar a Tyler?

—Le daré largas —respondió él—. No funcionará eternamente, pero nos dará algún tiempo. Le diré que tengo que ayudar con el baile...

—Espera —dijo Stefan—. No debería haber un baile, no si existe algún modo de evitarlo. Estás en buenas relaciones con el director; puedes hablar con la junta escolar. Haz que lo cancelen.

Alaric pareció sobresaltado.

—¿Crees que va a suceder algo?

—Sí —respondió Stefan—; no sólo debido a lo que ha sucedido en otros actos públicos, sino porque se está preparando algo. Se ha estado preparando toda la semana; puedo percibirlo.

—También yo —dijo Elena.

No había reparado en ello hasta aquel momento, pero la tensión que sentía, la sensación de urgencia, no estaba simplemente dentro de ella. Estaban fuera, por todas partes. Enrarecían el ambiente.

—Algo va a suceder, Alaric.

Alaric soltó aire con un quedo silbido.



—Bueno, puedo intentar convencerlos, pero... no sé. Vuestro director está empeñado en mantener un aspecto de normalidad en todo. Y no es como si yo pudiera darle alguna explicación racional para querer clausurarlo.

—Esfuézate —dijo Elena.

—Lo haré. Y entretanto, tú tal vez deberías pensar en protegerte. Si lo que Meredith cuenta es cierto, entonces la mayoría de los ataques se han producido contra ti y la gente próxima a ti. A tu novio lo arrojaron a un pozo; a tu coche lo persiguieron hasta arrojarlo al río; arruinaron tu funeral. Meredith dice que incluso tu hermana pequeña resultó amenazada. Si algo va a suceder mañana, tal vez deberías abandonar la ciudad.

Entonces le tocó a Elena el turno de sobresaltarse. Nunca había pensado en los ataques de ese modo, pero era cierto. Oyó cómo Stefan inhalaba con fuerza y sintió que los dedos del muchacho se cerraban con más fuerza sobre los suyos.

—Tiene razón —dijo Stefan—. Deberías marchar, Elena. Yo puedo quedarme hasta que...

—No. No me voy sin ti. Y —prosiguió Elena, lentamente, considerándolo con cuidado— no voy a ir a ninguna parte hasta que encontremos al Otro Poder y lo detengamos. —Alzó los ojos hacia él muy seria, hablando de prisa ahora—. Stefan, no te das cuenta, nadie más tiene una posibilidad siquiera contra él. El señor Smallwood y sus amigos no tienen ni idea. Alaric piensa que se le puede combatir agitando las manos ante él. Ninguno de ellos sabe a lo que se enfrentan. Somos los únicos que podemos ayudar.

Veía la resistencia en los ojos de Stefan y la sentía en la tensión de sus músculos. Pero a medida que seguía mirándole directamente, vio cómo sus objeciones caían una a una. Por el simple motivo de que era la verdad, y Stefan odiaba mentir.

—De acuerdo —dijo él por fin, con pesar—. Pero en cuanto esto finalice, nos vamos. No voy a dejar que te quedes en una ciudad por la que corren grupos de vigilantes con estacas.

—Sí —repuso ella, devolviendo la presión de sus dedos con la de los suyos—. Una vez que esto haya acabado, nos iremos.

Stefan volvió la cabeza hacia Alaric.

—Y si no hay modo de disuadirlos de celebrar el baile mañana, creo que deberíamos mantener una vigilancia sobre él. Si finalmente sucede algo, tal vez podríamos detenerlo antes de que se descontrola.

—Esa es una buena idea —dijo Alaric, animándose—. Podríamos reunirnos mañana después de oscurecer, aquí, en el aula de historia. Nadie viene aquí. Podríamos vigilar toda la noche.

Elena dirigió una dubitativa mirada a Bonnie.

—Bueno... Significaría perderse el baile en sí; para aquellos de nosotros que podrían haber asistido, quiero decir.

Bonnie se irguió en toda su estatura.

—Bueno, ¿a quién le importa perderse un baile? —dijo indignada—. ¿Qué le importa un baile a nadie?

—De acuerdo —declaró Stefan con tono serio—. Entonces está decidido.



Un espasmo de dolor pareció sobrecogerle e hizo una mueca mirando al suelo. Elena se sintió inmediatamente preocupada.

—Necesitas ir a casa y descansar —dijo—. Alaric, ¿puedes llevarnos en el coche? No está muy lejos.

Stefan declaró que era perfectamente capaz de andar, pero acabó cediendo. Una vez en la casa de huéspedes, después de que Stefan y Damon salieran del coche, Elena se inclinó sobre la ventanilla de Alaric para hacer una última pregunta. Era algo que había estado atormentando su mente desde el momento en que Alaric les había contado su historia.

—Respecto a esas personas que habían tropezado con vampiros —dijo—. ¿Cuáles eran los efectos psicológicos? Quiero decir, ¿se volvieron todos locos o tuvieron pesadillas? ¿Siguieron adelante con normalidad algunos de ellos?

—Depende del individuo —respondió él—. Y de cuántos encuentros hayan tenido, y de qué clase de contactos fueron. Pero en su mayoría dependió de la personalidad de la víctima, de lo bien que pudiera lidiar con ello la mente del individuo.

Elena asintió y no dijo nada hasta que las luces del coche de Alaric fueron engullidas por el aire inundado de copos de nieve. Entonces se volvió hacia Stefan.

—Matt.



Capítulo 12

Stefan miró a Elena, mientras cristales de nieve espolvoreaban sus oscuros cabellos.

—¿Qué pasa con Matt?

—Recuerdo... algo. No está claro. Pero esa primera noche, cuando yo no era yo misma... ¿Vi a Matt entonces? ¿Le...?

Miedo y una terrible sensación de desaliento dilataron su garganta e interrumpieron sus palabras. Pero no tuvo necesidad de finalizar, y Stefan no necesitó responder; lo vio en sus ojos.

—Era el único modo, Elena —dijo él—. Habrías muerto, sin sangre humana. ¿Habrías preferido atacar a alguien que no estuviera dispuesto a hacerlo, herirlos, tal vez matarlos? La necesidad puede empujarte a eso. ¿Es eso lo que hubieras querido?

—No —respondió ella con violencia—. Pero ¿tenía que ser Matt? No me respondas a eso; tampoco a mí se me ocurre ninguna otra persona. —Tomó aire con un estremecimiento—. Pero ahora estoy preocupada por él, Stefan. No le he visto desde esa noche. ¿Está bien? ¿Qué te ha dicho?

—No mucho —respondió él, desviando la mirada—. «Déjame en paz», eso fue fundamentalmente lo que dijo. También negó que hubiese sucedido nada esa noche, y dijo que estabas muerta.

—Recuerda a uno de esos individuos que no pueden lidiar con ello —comentó Damon.

—¡Cállate! —exclamó Elena—. Tú mantente fuera de esto, y mientras lo haces, podrías pensar en la pobre Vickie Bennett. ¿Cómo crees que le está yendo últimamente?

—Quizá ayudaría si supiese quién es esta Vickie Bennett. No hacéis más que hablar de ella, pero yo nunca me he tropezado con ella.

—Sí, claro que lo has hecho. No juegues conmigo, Damon... El cementerio, ¿recuerdas? La iglesia en ruinas. La chica que dejaste deambulando por allí en combinación.

—Lo siento, pero no. Y por lo general sí recuerdo a las chicas que dejo deambulando en combinación.

—Supongo que lo hizo Stefan, entonces —replicó Elena en tono sarcástico.

La cólera afloró a los ojos de Damon, disimulada rápidamente por una sonrisa inquietante.

—Quizá lo hizo él. Quizá lo hiciste tú. Es todo lo mismo para mí, excepto que empiezo a estar un poco cansado de oír acusaciones. Y ahora...

—Espera —dijo Stefan con sorprendente afabilidad—. No marches aún. Deberíamos hablar...



—Me temo que tengo un compromiso previo.

Hubo un veloz batir de alas, y Stefan y Elena se quedaron solos.

Elena apoyó un nudillo en los labios.

—Maldita sea. No era mi intención enojarle. Después de que actuó de un modo casi civilizado toda la noche...

—No importa —dijo Stefan—. Le gusta estar enojado. ¿Qué decías sobre Matt?

Elena vio el cansancio reflejado en el rostro del muchacho y lo rodeó con un brazo.

—No hablaremos de ello ahora, pero creo que tal vez mañana deberíamos ir a verle. Decirle...

Elena alzó la mano con impotencia. No sabía qué quería decirle a Matt; sólo sabía que necesitaba hacer algo.

—Creo —repuso Stefan lentamente— que sería mejor que fueras tú a verle. Intenté hablar con él, pero no quiso escucharme. Y lo entiendo; quizá a ti te vaya mejor. Y creo... —hizo una pausa y luego siguió adelante con decisión—, creo que te irá mejor si estás sola con él. Podrías ir ahora.

Elena le miró inquisitivamente.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pero... ¿estarás bien? Debería permanecer contigo...

—Estaré perfectamente, Elena —respondió él con dulzura—. Vete.

Elena vaciló, y luego asintió.

—No tardaré —le prometió.

Sin ser vista, Elena dio la vuelta en silencio a la casa de madera con la pintura desconchada y el buzón torcido con el letrero «Honeycutt». La ventana de Matt no estaba cerrada con pestillo. «Chico descuidado —pensó con tono recriminatorio—. ¿Es que no sabes que algo podría entrar furtivamente?» Una barrera invisible que parecía una pared blanda de aire espeso le cerró el paso.

—Matt —susurró.

La habitación estaba oscura, pero distinguió una figura imprecisa en la cama. Un reloj digital con números de un verde pálido indicaba que eran las 12.15.

—Matt —volvió a susurrar.

La figura se agitó.

—¿Uh?

—Matt, no quiero asustarte. —Hizo que su voz sonara tranquilizadora, intentando despertarle con suavidad en lugar de darle un susto de muerte—. Soy yo, Elena, y quiero hablar. Sólo que primero tienes que pedirme que entre. ¿Puedes pedirme que entre?

—Uh. Vamos, entra.



A Elena le sorprendió la falta de sorpresa en la voz del joven. Sólo después de haber pasado al otro lado del alféizar advirtió que seguía dormido.

—Matt. Matt —susurró, temiendo acercarse demasiado.

El ambiente de la habitación era sofocante y recalentado, con el radiador a toda potencia. Vio un pie desnudo que sobresalía fuera del montón de mantas de la cama y una mata de cabello rubio en la cabecera.

—¿Matt?

Vacilante, se inclinó sobre él y le tocó.

Aquello sí obtuvo una respuesta. Con un gruñido explosivo, Matt se sentó muy tieso en la cama, dando manotazos. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, estaban muy abiertos y desorbitados.

Elena se encontró intentando parecer pequeña e inofensiva, nada amenazadora. Retrocedió contra la pared.

—No era mi intención asustarte. Sé que es un shock. Pero ¿hablarás conmigo?

Él se limitó a seguir mirándola fijamente. Tenía los rubios cabellos sudorosos y encrespados como las plumas de una gallina mojada. Elena vio el martilleo de la sangre en la garganta desnuda del muchacho y temió que fuera a ponerse en pie y salir disparado de la habitación.

Entonces los hombros de Matt se relajaron, hundiéndose, y él cerró los ojos despacio. Respiraba profundamente, pero de un modo irregular.

—Elena.

—Sí —susurró ella.

—Estás muerta.

—No. Estoy aquí.

—Los muertos no regresan. Mi padre no regresó.

—No morí realmente. Sólo cambié.

Los ojos de Matt seguían cerrados en actitud de repudio, y Elena sintió que una fría oleada de desesperanza la inundaba.

—Pero deseas que hubiese muerto, ¿verdad? Te dejaré ahora —murmuró.

El rostro de Matt se descompuso, y el muchacho empezó a llorar.

—No. No. No lo hagas, Matt, por favor.

Se encontró acunándole, luchando para no echarse a llorar también ella.

—Matt, lo siento; ni siquiera debería haber venido aquí.

—No marches —sollozó él—. No te vayas.

—No lo haré. —Elena perdió la batalla, y las lágrimas cayeron sobre los cabellos húmedos de Matt—. No era mi intención hacerte daño —dijo—. Nunca, Matt. Todas esas veces, todas esas cosas que hice... Jamás quise herirte. De verdad... —Luego dejó de hablar y se limitó a abrazarle.



Al cabo de un rato, la respiración de Matt se sosegó y él se recostó en la cama, secándose el rostro con un trozo de sábana. Evitó mirarla a los ojos. En su rostro había una expresión no sólo de embarazo, sino de desconfianza, como si estuviera preparándose para algo que temía.

—De acuerdo, estás aquí. Estás viva —dijo en tono áspero—. ¿Qué quieres, pues?

Elena se quedó anonadada.

—Vamos, debe de haber algo. ¿Qué es?

Nuevas lágrimas pugnaron por salir, pero Elena se las tragó.

—Imagino que me lo merezco. Sé que es así. Pero, por una vez, Matt, no quiero absolutamente nada. Vine a disculparme, a decir que lamento haberte utilizado; no sólo esa noche, sino siempre. Me importas, y me importa si sufres. Pensaba que tal vez podría hacer que las cosas mejoraran. —Tras un profundo silencio, añadió—: Creo que te dejaré ahora.

—No, espera. Espera un segundo. —Matt volvió a restregarse el rostro con la sábana—. Escucha. Eso fue una estupidez, y soy un imbécil...

—Eso fue la verdad, y eres un caballero. O me habrías enviado a paseo hace mucho tiempo.

—No, soy un pobre imbécil. Debería estarme golpeando la cabeza contra la pared de alegría porque no estás muerta. Lo haré dentro de un minuto. Escucha. —Le asió la muñeca, y Elena lo miró con leve sorpresa—. No me importa si eres la criatura de la Laguna Negra, la Cosa, Godzilla y Frankenstein todo revuelto en una sola cosa. Simplemente...

—Matt. —Presa del pánico, Elena posó la mano libre sobre la boca del joven.

—Lo sé. Estás comprometida con el chico de la capa negra. No te preocupes; le recuerdo. Incluso me cae bien, aunque Dios sabe por qué. —Matt tomó aire y pareció tranquilizarse—. Oye, no sé si Stefan te lo contó. Me dijo un montón de cosas... sobre que era malvado, sobre que no lamentaba lo que le hizo a Tyler. ¿Sabes de qué te hablo?

Elena cerró los ojos.

—Apenas ha comido desde esa noche. Creo que ha cazado una vez. Esta noche casi le matan debido a lo débil que está.

Matt asintió.

—Así que se trataba básicamente de estupideces. Debería haberlo sabido.

—Bueno, sí y no. La necesidad es fuerte, más fuerte de lo que puedes imaginar.

Elena empezó a darse cuenta de que ella tampoco se había alimentado ese día y que ya había sentido hambre antes de que fueran a casa de Alaric.

—De hecho..., Matt, será mejor que me vaya. Sólo una cosa: hay un baile mañana por la noche. No vayas. Algo va a suceder en él, algo malo. Vamos a intentar tomar precauciones, pero no sé qué podemos hacer.

—¿Quién es «vamos»? —inquirió Matt con dureza.

—Stefan y Damon... Creo que Damon también... Y yo. Y Meredith, y Bonnie... y Alaric Saltzman. No preguntes sobre Alaric. Es una larga historia.

—Pero ¿contra qué vais a tomar precauciones?



—Lo olvidé; tú no lo sabes. Es una larga historia también. Pero... bueno, la respuesta resumida es: lo que fuera que me mató. Lo que fuera que hizo que aquellos perros atacaran a la gente en mi funeral. Es algo malo, Matt, que lleva en Fell's Church cierto tiempo ya. Y vamos a intentar impedir que haga nada mañana por la noche. —Intentó no retorcerse—. Mira, lo siento, pero realmente debo irme. —Su ojos se desviaron, muy a su pesar, a la amplia vena azul de la garganta del joven.

Cuando consiguió apartar los ojos de allí y mirarle a la cara, vio que la conmoción daba paso a una repentina comprensión. Luego a algo increíble: aceptación.

—Puedes hacerlo —dijo Matt.

No estuvo segura de haber oído correctamente.

—¿Matt?

—He dicho que puedes hacerlo. No me hizo daño la otra vez.

—No. No, Matt, de verdad. No vine aquí para eso...

—Lo sé. Por eso quiero hacerlo. Quiero darte algo que no pediste. —Tras un momento, añadió—: Por la vieja amistad.

Elena se puso a pensar en Stefan. Pero Stefan le había dicho que fuera, y que fuera sola. Comprendió que él lo había sabido. Y estaba bien. Era el regalo que el muchacho le hacía a Matt... y a ella.

«Pero voy a regresar a tu lado, Stefan», pensó.

Mientras se inclinaba sobre él, Matt dijo:

—Vendré y os ayudaré mañana, ¿sabes? Incluso aunque no me invitéis.

Entonces los labios de Elena tocaron su garganta.

Viernes 13 de diciembre

Querido diario:

Esta noche es la noche.

Sé que he escrito eso antes, o lo he pensado al menos. Pero esta noche es la noche, la gran noche en la que todo va a suceder. Lo es.

Stefan también lo percibe. Regresó de la escuela hoy y me contó que el baile sigue adelante; el señor Newcastle no quiso provocar el pánico cancelándolo o algo así. Lo que harán es tener «seguridad» en el exterior, lo que significa la policía, imagino. Y quizá el señor Smallwood y algunos de sus amigos con rifles. Lo que sea que vaya a suceder, no creo que ellos puedan impedirlo.

Tampoco sé si nosotros podremos.

Ha estado nevando todo el día. El puerto de montaña está bloqueado, lo que significa que nada sobre ruedas entra ni sale de la ciudad mientras la máquina quitanieves no llegue allí arriba, cosa que no ocurrirá hasta la mañana, cuando ya será demasiado tarde.



Y el aire tiene una atmósfera peculiar. No es simplemente la nieve. Es como si algo aún más helado que ella estuviera aguardando. Ha retrocedido del mismo modo que el mar retrocede antes de la llegada de un maremoto. Cuando se deje ir...

Pensé en mi otro diario hoy, el que está bajo las tablas del suelo del armario empotrado de mi dormitorio. Si poseo alguna cosa aún, es ese diario. Pensé en ir a sacarlo, pero no quiero regresar a casa. No creo que pudiera soportarlo, y sé que tía Judith tampoco podría hacerlo si me viera.

Me sorprende que alguien haya podido soportarlo. Meredith, Bonnie..., especialmente Bonnie. Bueno, también Meredith, teniendo en cuenta por lo que ha pasado su familia. Matt.

Son amigos buenos y leales. Es curioso, antes pensaba que sin toda una galaxia de amigos y admiradores sería incapaz de sobrevivir. Ahora me siento totalmente feliz con tres, muchas gracias. Porque son amigos de verdad.

Antes de ahora, no sabía lo mucho que me importaban. Ni lo que me importaba Margaret, y tía Judith incluso. Y toda la gente de la escuela... Sé que hace unas pocas semanas decía que no me importaba si toda la población del Robert E. Lee caía muerta, pero eso no es cierto. Esta noche haré todo lo posible por protegerlos.

Sé que estoy saltando de un tema a otro, pero me limito a hablar de cosas que son importantes para mí. Algo así como reuniéndolas todas en mi mente. Por si acaso.

Bueno, es la hora. Stefan aguarda. Acabaré esta última línea y me iré.

Creo que venceremos. Eso espero.

Lo vamos a intentar.

El aula de historia estaba caliente y bien iluminada. En el otro extremo del edificio escolar, la cantina aún estaba más iluminada y centelleaba con luces navideñas y adornos. A su llegada, Elena la había inspeccionado desde una distancia prudente, observando cómo llegaban las parejas al baile y pasaban junto a los agentes de policía que había ante la puerta. Sintiendo la silenciosa presencia de Damon detrás de ella, había señalado a una chica de larga melena castaño claro.

—Vickie Bennett —dijo.

—Aceptaré tu palabra —respondió él.

En aquellos momentos, Elena paseaba la mirada por el improvisado cuartel general en el que pasarían la noche. Habían despejado la mesa de Alaric, y éste estaba inclinado sobre un tosco plano de la escuela. Meredith estaba apoyada junto a él, rozándole la manga con la oscura melena. Matt y Bonnie estaban fuera, mezclándose con los asistentes al baile en el aparcamiento, y Stefan y Damon rondaban por el perímetro de los terrenos de la escuela. Harían turnos.

—Será mejor que tú permanezcas dentro —le había dicho Alaric a Elena—. Lo último que necesitamos es que alguien te vea y empiece a perseguirte con una estaca.



—He deambulado por la ciudad toda la semana —respondió Elena, divertida—. Si no quiero ser vista, no me ven. —Pero accedió a permanecer en el aula de historia y coordinarlo todo.

«Es como un castillo —pensó mientras contemplaba cómo Alaric marcaba las posiciones de los agentes del sheriff y otros hombres en el mapa—. Y nosotros lo estamos defendiendo. Yo y mis leales caballeros.»

El reloj redondo y plano de la pared marcaba el paso de los minutos. Elena lo observaba mientras dejaba entrar a la gente y luego salir; también servía café caliente de un termo a quienes lo pedían y escuchaba los informes que llegaban.

—Todo está tranquilo en el lado norte de la escuela.

—Acaban de coronar a Caroline reina de la nieve. Vaya sorpresa.

—Había unos chicos alborotando en el aparcamiento; el sheriff acaba de cogerlos a todos...

La medianoche llegó y pasó.

—A lo mejor estábamos equivocados —dijo Stefan al cabo de una hora, más o menos.

Era la primera vez que estaban todos juntos en el interior desde el inicio de la velada.

—A lo mejor está sucediendo en otro lugar —dijo Bonnie, vaciando una bota y atisbando en su interior.

—No hay modo de saber dónde sucederá —indicó Elena con tono firme—. Pero no nos equivocamos respecto a que sucedería.

—Quizá —repuso Alaric, pensativo— haya un modo de averiguar dónde sucederá. — Cuando las cabezas se alzaron inquisitivas, añadió—: Necesitamos una precognición.

Todos los ojos se volvieron hacia Bonnie.

—Ah, no —dijo la muchacha—. He acabado con todo eso. Lo odio.

—Es un gran don... —empezó a decir Alaric.

—Es algo muy molesto. Mirad, no lo comprendéis. Las predicciones corrientes ya son bastante malas. Parece que la mayor parte del tiempo descubro cosas que no quiero saber. Pero ser ocupada... Eso es espantoso. Y después ni siquiera recuerdo lo que he dicho. Es horrible.

—¿Ser ocupada? —repitió Alaric—. ¿Qué es eso?

Bonnie suspiró.

—Es lo que me sucedió en la iglesia —explicó pacientemente—. Puedo hacer otras clases de predicciones, como efectuar vaticinios mediante agua o leer la palma de la mano... —echó una ojeada a Elena y luego apartó los ojos— y cosas por el estilo. Pero luego hay ocasiones en las que... alguien... me ocupa y simplemente me utiliza para que hable por él. Es como tener a otra persona dentro de mi cuerpo.

—Como en el cementerio, cuando dijiste que había alguien aguardándome —dijo Elena—. O cuando me advertiste de que no me acercara al puente. O cuando viniste a cenar y dijiste que la muerte, mi muerte, estaba en la casa.



Volvió los ojos automáticamente hacia Damon, que le devolvió la mirada sin inmutarse. No obstante, aquello había sido un error, se dijo. Damon no había provocado su muerte. Entonces, ¿qué había significado la profecía? Justo por un instante, algo centelleó en su mente, pero antes de que consiguiera capturarlo, Meredith la interrumpió.

—Es como otra voz que habla a través de Bonnie —explicó Meredith a Alaric—. Incluso no parece ella misma. A lo mejor no estabas lo bastante cerca en la iglesia para advertirlo.

—Pero ¿por qué no me hablasteis sobre esto? —Alaric estaba muy emocionado—. Esto podría ser importante. Esta... entidad... lo que sea... podría proporcionarnos información vital. Podría aclarar el misterio del Otro Poder, o al menos darnos una pista sobre cómo luchar contra él.

Bonnie negaba con la cabeza.

—No. No es algo que simplemente acuda a un silbido mío, y no responde a preguntas. Sencillamente me sucede. Y lo odio.

—¿Te refieres a que no se te ocurre nada que tenga tendencia a ponerlo en marcha? ¿Nada que haya conducido a que tuviera lugar en otras ocasiones?

Elena y Meredith, que sabían muy bien qué podía dispararlo, intercambiaron una mirada. Elena se mordió el interior de la mejilla. Bonnie debía decidir. Tenía que decidirlo Bonnie.

Bonnie, que sostenía la cabeza entre las manos, lanzó una mirada de soslayo por entre los rojos rizos a Elena. Luego cerró los ojos y gimió.

—Velas —dijo.

—¿Qué?

—Velas. La llama de una vela puede hacerlo. No puedo estar segura, ya lo comprenderás; no estoy prometiendo nada...

—Que alguien vaya a saquear el laboratorio de ciencias —dijo Alaric.

Fue una escena que recordaba el día que Alaric había llegado a la escuela, cuando les había pedido a todos que colocaran las sillas en círculo. Elena contempló el círculo de rostros iluminado espectralmente desde abajo por la llama de la vela. Allí estaba Matt, con la mandíbula apretada. Junto a él, Meredith, las oscuras pestañas arrojando sombras hacia lo alto. Y Alaric, inclinado hacia adelante con avidez. Luego Damon, la luz y la sombra danzando sobre los planos del rostro. Y Stefan, los sobresalientes pómulos demasiado definidos a los ojos de Elena. Y finalmente, Bonnie, con aspecto frágil y pálido a la luz dorada de la vela.

«Estamos conectados», pensó Elena, sobrecoyida por la misma sensación que había tenido en la iglesia, cuando había tomado las manos de Stefan y Damon. Recordó un fino círculo de cera blanca flotando en un recipiente con agua. «Podemos hacerlo si nos mantenemos unidos.»

—Simplemente, voy a mirar a la vela —explicó Bonnie, y la voz le tembló ligeramente—. Y no voy a pensar en nada. Voy a intentar... abrirme a ello. —Empezó a respirar profundamente, con la mirada puesta en la llama.



Y entonces sucedió, tal como había sucedido antes. El rostro de Bonnie se alisó, desapareció toda expresión y los ojos se quedaron en blanco como el querubín de piedra del cementerio.

No dijo una palabra.

Fue entonces cuando Elena reparó en que no se habían puesto de acuerdo sobre qué preguntar. Buscó a tientas en su mente para encontrar una pregunta antes de que Bonnie perdiera el contacto.

—¿Dónde podemos encontrar al Otro Poder? —preguntó, justo al mismo tiempo que Alaric soltaba:

—¿Quién eres?

Las voces de ambos se mezclaron y las preguntas se entrelazaron.

El rostro inexpresivo de Bonnie giró, barriendo el círculo con ojos ciegos. A continuación, una voz que no era la voz de Bonnie dijo:

—Ven a verlo.

—Aguardad un minuto —dijo Matt cuando Bonnie se puso en pie, todavía en trance, y marchó hacia la puerta—. ¿Adónde va?

Meredith alargó la mano para coger su abrigo.

—¿Vamos con ella?

—¡No la toquéis! —ordenó Alaric, incorporándose de un salto mientras Bonnie salía por la puerta.

Elena miró a Stefan, y luego a Damon. De común acuerdo, la siguieron, marchando tras Bonnie por el resonante y vacío pasillo.

—¿Adónde vamos? ¿A qué pregunta está respondiendo? —inquirió Matt.

Elena sólo pudo sacudir la cabeza. Alaric trotaba para mantenerse a la altura del suave andar de Bonnie.

La muchacha aminoró la marcha cuando salieron a la nieve y, ante la sorpresa de Elena, fue hasta el coche de Alaric en el aparcamiento del personal y se detuvo junto a él.

—No cabemos todos; os seguiré con Matt —dijo Meredith con rapidez.

Elena, con la piel helada por la aprensión además del aire frío, montó en la parte trasera del coche de Alaric cuando él lo abrió para ella, con Damon y Stefan a cada lado. Bonnie se sentó en la parte delantera. Tenía la mirada fija al frente y no habló; pero cuando Alaric salió del aparcamiento, alzó una mano blanca y señaló. A la derecha en la calle Lee, y luego a la izquierda en Arbor Green. Directamente hacia la casa de Elena, y luego a la derecha en Thunderbird. En dirección a la carretera de Old Creek.

Fue entonces cuando Elena comprendió adónde se dirigían.

Tomaron el otro puente que llevaba al cementerio, el que todo el mundo llamaba siempre «el puente nuevo» para distinguirlo del puente Wickery, que ahora había desaparecido. Se aproximaban por el lado de la cancela, el lado por el que Tyler había subido con el coche cuando llevó a Elena a la iglesia en ruinas.



El coche de Alaric se detuvo en el mismo sitio donde se había parado Tyler. Meredith frenó detrás de ellos.

Con un terrible sensación de déjà vu, Elena realizó la caminata colina arriba y cruzó la cancela, siguiendo a Bonnie hasta donde se alzaba la iglesia en ruinas, con su campanario señalando como un dedo el cielo tormentoso. Ante el agujero vacío que había sido la entrada, se plantó.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó—. Escúchame. ¿Quieres decirnos simplemente a qué pregunta estás contestando?

—Ven a ver.

Elena miró a los demás con gesto de impotencia. Luego cruzó el umbral. Bonnie avanzó despacio hasta la tumba de mármol blanco y se detuvo.

Elena la contempló, y luego miró el rostro espectral de Bonnie. Todo el vello de sus brazos y los pelos del codo estaban erizados.

—Ah, no... —musitó—. Eso no.

Mareada, Elena bajó los ojos hacia los semblantes de mármol de Thomas y Honoria Fell, tumbados sobre la tapa de piedra de su sepulcro.

—Esta cosa se abre —musitó.



Capítulo 13

—¿Crees que debemos mirar dentro? —preguntó Matt.

—No lo sé —respondió Elena con tono abatido.

Tenía tan pocas ganas de ver lo que había dentro de aquella tumba como la vez que Tyler había sugerido abrirla y destrozarla.

—A lo mejor no podremos conseguir abrirla —añadió—. Tyler y Dick no pudieron. Empezó a deslizarse sólo cuando yo me apoyé en ella.

—Apóyate en ella ahora; a lo mejor hay alguna especie de mecanismo de resorte oculto —sugirió Alaric, y cuando Elena lo hizo, sin obtener resultados, siguió—: De acuerdo, sujetárnosla entre todos y hagamos fuerza... así. Vamos, ahora...

Desde su posición acucillada, alzó los ojos hacia Damon, que permanecía inmóvil junto a la tumba, mostrando una expresión ligeramente divertida.

—Permíteme —dijo Damon, y Alaric retrocedió frunciendo el entrecejo.

Damon y Stefan agarraron cada uno un extremo de la tapa de piedra y la alzaron.

La tapa se desprendió, emitiendo un chirrido mientras Damon y Stefan la deslizaban hasta el suelo a un lado de la tumba.

Elena fue incapaz de acercarse más.

En su lugar, combatiendo la sensación de náusea, se concentró en la expresión de Stefan. Él le diría qué encontrarían allí dentro. En su mente irrumpieron distintas imágenes de cuerpos momificados de color pergamino, de cuerpos putrefactos, de calaveras sonrientes. Si Stefan parecía horrorizado o asqueado, repugnado...

Pero cuando Stefan miró al interior de la tumba abierta, su rostro registró sólo una desconcertada sorpresa.

Elena no pudo soportarlo por más tiempo.

—¿Qué es?

Él le dedicó una sonrisa torcida y dijo, echando un vistazo a Bonnie:

—Ven a ver.

Elena avanzó lentamente hasta la tumba y miró abajo. Luego, su cabeza se alzó veloz, y miró a Stefan con asombro.

—¿Qué es?



—No lo sé —respondió, y se volvió hacia Meredith y Alaric—. ¿Alguno de vosotros tiene una linterna o un poco de cuerda?

Tras echar una mirada al interior, ambos se dirigieron a sus coches. Elena permaneció donde estaba, mirando abajo, forzando su visión nocturna. Seguía sin poder creerlo.

La tumba no era una tumba, sino una entrada.

Ahora comprendía por qué había notado un viento helado surgiendo de ella cuando se movió bajo su mano aquella noche. Contemplaba una especie de cripta o sótano en el suelo. Únicamente veía una pared, la que descendía verticalmente a sus pies, y tenía travesaños de hierro incrustados en la piedra, como una escalera.

—Aquí tienes —dijo Meredith a Stefan, regresando—. Alaric tiene una linterna, y ésta es la mía. Y aquí está la cuerda que Elena puso en mi coche cuando fuimos en tu busca.

El estrecho haz de luz de la linterna de Meredith barrió la oscura habitación del fondo.

—No veo muy adentro, pero parece vacío —indicó Stefan—. Yo bajaré primero.

—¿Bajar? —dijo Matt—. Oíd, ¿estáis seguros de que debemos bajar? Bonnie, ¿tú qué dices?

Bonnie no se había movido. Seguía allí de pie, con aquella expresión totalmente abstraída en el rostro, como si no viera nada a su alrededor. Sin decir una palabra, pasó una pierna por encima del borde de la tumba, giró y empezó a descender.

—Vaya —dijo Stefan.

El muchacho introdujo la linterna en el bolsillo de la chaqueta, posó una mano sobre la base de la tumba y saltó.

Elena no tuvo tiempo de disfrutar con la expresión de Alaric; se inclinó hacia abajo y gritó.

—¿Estás bien?

—Estupendamente. —La linterna le hizo un guiño desde abajo—. Bonnie también llegará sin problemas. Los travesaños descienden hasta el suelo. De todos modos, será mejor que traigas la cuerda.

Elena miró a Matt, que era quien estaba más cerca. Los ojos azules del joven se encontraron con los suyos con expresión impotente y una cierta resignación, y asintieron. La muchacha aspiró profundamente y colocó una mano sobre la base de la tumba, como había hecho Stefan. Otra mano se cerró de improviso sobre su muñeca.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Meredith con tono sombrío—. ¿Y si la entidad de Bonnie es el Otro Poder?

—Ya lo pensé hace tiempo —respondió Elena, luego dio una palmada a la mano de Meredith, la soltó y saltó.

Se irguió sostenida por el brazo de Stefan y miró a su alrededor.

—Dios mío...

Era un lugar extraño. Las paredes estaban recubiertas de piedra y eran lisas y con un aspecto casi brillante. Incrustadas en ellas a intervalos había candelabros de hierro, algunos de los cuales aún mostraban restos de velas de cera. Elena no podía ver el otro extremo de la



habitación, pero la luz de la linterna mostró una verja de hierro forjado a poca distancia, como las verjas que hay en algunas iglesias para aislar un altar.

Bonnie alcanzaba ya el final de la escala de peldaños. La joven aguardó en silencio mientras los demás descendían, primero Matt, luego Meredith, luego Alaric con la otra linterna.

Elena alzó los ojos.

—¿Damon?

Podía ver su silueta recortada en el rectángulo de un negro más claro que era la abertura de la tumba dando al cielo.

—¿Sí?

—¿Estás con nosotros? —preguntó ella.

No dijo «¿Vienes con nosotros?». Sabía que él comprendería la diferencia.

Contó cinco latidos de su corazón en el silencio que siguió. Seis, siete, ocho...

El aire se arremolinó, y Damon aterrizó limpiamente. Pero no miró a Elena. Tenía una curiosa mirada distante, y ella no consiguió leer nada en su rostro.

—Es una cripta —decía Alaric lleno de asombro, mientras su linterna hendía la oscuridad—. Una cámara subterránea debajo de una iglesia, utilizada como lugar de entierro. Por lo general se construyen bajo iglesias más grandes.

Bonnie avanzó directamente hacia la ornamentada reja y posó una pequeña mano blanca sobre ella, abriéndola. La puerta giró hacia atrás ante ella.

Los latidos del corazón de Elena eran demasiado veloces para que ella pudiera contarlos. De algún modo, obligó a sus piernas a moverse al frente, para seguir a Bonnie. Los sentidos de la muchacha eran casi dolorosamente agudos, pero no conseguían decirle nada sobre dónde estaba penetrando. El haz de luz de la linterna de Stefan era muy delgado, y sólo mostraba al frente el suelo de roca y la enigmática figura de Bonnie.

Bonnie se detuvo.

«Ha llegado el momento —pensó Elena, y se le cortó la respiración—. Ah, Dios mío, ha llegado; realmente ha llegado el momento.» Tuvo la repentina e intensa sensación de estar en medio de un lúcido sueño, uno en el que sabía que soñaba pero no podía cambiar nada ni despertar. Los músculos de su cuerpo se trabaron.

Olía miedo en los demás, y percibía su agudo filo en Stefan, que estaba junto a ella. La luz de la linterna del muchacho pasó rasante sobre objetos situados más allá de Bonnie, pero al principio Elena no comprendió qué eran. Vio ángulos, planos, contornos, y luego algo quedó claramente definido. Un rostro lívido, colgando grotescamente de lado...

El grito no llegó a salir de su garganta. No era más que una estatua, y las facciones resultaban familiares. Eran las mismas que había en la tapa de la tumba situada arriba. Esta tumba era la gemela de aquella por la que habían entrado. Sólo que ésta había sido destrozada, la tapa de piedra partida en dos y arrojada contra la pared de la cripta. Había algo desperdigado por el suelo, como frágiles palillos de marfil. «Pedazos de mármol —indicó Elena a su cerebro con desesperación—; no es más que mármol, pedazos de mármol.»



Eran huesos humanos, astillados y aplastados.

Bonnie se dio la vuelta.

Su rostro en forma de corazón osciló como si aquellos ojos fijos y ciegos examinaran al grupo. Acabó mirando directamente a Elena.

Entonces, con un estremecimiento, dio un traspié y cayó de bruces violentamente, como una marioneta a la que han cortado los hilos.

Elena apenas consiguió sujetarla, y estuvo a punto de caer también ella.

—¿Bonnie? ¿Bonnie?

Los ojos castaños que se alzaron para mirarla, dilatados y desorientados, eran los ojos asustados de la propia Bonnie.

—Pero ¿qué sucedió? —preguntó Elena—. ¿Adónde fue?

—Estoy aquí.

Por encima de la tumba saqueada se dejaba ver una luz neblinosa. No, no una luz, se dijo Elena. La percibía con los ojos, pero no era luz según el espectro normal. Era algo más extraño que luz infrarroja o ultravioleta, algo que los sentidos humanos no habían sido creados para percibir. Se la revelaba, la introducía a la fuerza en su cerebro algún poder exterior.

—El Otro Poder —musitó, y sintió que se le helaba la sangre.

—No, Elena.

La voz no era sonido, del mismo modo que la visión no era luz. Era sosegada como el brillo de una estrella, y triste. Le recordó algo.

«Madre», pensó alocadamente. Pero no era la voz de su madre. El resplandor sobre la tumba pareció arremolinarse y ondular, y por un instante Elena vislumbró un rostro, un rostro dulce y triste. Y entonces lo supo.

—Te he estado esperando —dijo con suavidad la voz de Honoria Fell—. Aquí puedo hablarte por fin bajo mi propia forma y no a través de los labios de Bonnie. Escúchame. Tienes poco tiempo, y el peligro es muy grande.

Elena recuperó la capacidad de hablar.

—Pero ¿qué es esta habitación? ¿Por qué nos trajiste aquí?

—Me lo pediste. No podía mostrártelo hasta que lo pidieras. Este es tu campo de batalla.

—No comprendo.

—Esta cripta la construyeron para mí los habitantes de Fell's Church. Un lugar de descanso para mi cuerpo. Un lugar secreto para alguien que poseía poderes secretos en vida. Como Bonnie, yo conocía cosas que nadie más podía saber. Veía cosas que nadie más podía ver.

—Eras médium —murmuró Bonnie con voz ronca.

—En aquellos tiempos lo llamaban brujería. Pero jamás usé mis poderes para hacer daño, y al morir me construyeron este monumento para que mi esposo y yo pudiéramos descansar en paz. Pero luego, tras muchos años, nuestra paz fue perturbada.



La fantasmal luz onduló y fluyó, y la figura de Honoria vaciló.

—Otro Poder vino a Fell's Church, lleno de odio y destrucción. Profanó mi lugar de descanso y desperdigó mis huesos. Se instaló aquí. Salió a hacer el mal en mi ciudad. Yo desperté.

»He intentado advertirte sobre él desde el principio, Elena. Vive aquí, debajo del cementerio. Te ha estado esperando, vigilándote. En ocasiones bajo la forma de una lechuza...

Una lechuza. La mente de Elena se puso en marcha a toda prisa. Una lechuza, como la lechuza búho que había visto anidando en el campanario de la iglesia. Como la lechuza que había estado en el granero, como la lechuza en la acacia falsa junto a su casa.

«Una lechuza blanca... ave de presa... carnívora...», pensó. Y entonces recordó enormes alas blancas que parecían extenderse hasta el horizonte a cada lado. Un pájaro enorme hecho de neblina o nieve que iba tras ella, concentrado en ella, lleno de deseos de matar y de odio animal...

—¡No! —chilló al verse asaltada por el recuerdo.

Notó las manos de Stefan sobre sus hombros, los dedos clavándose casi dolorosamente en ella. Esto la devolvió a la realidad. Honoria Fell seguía hablando.

—Y a ti, Stefan, te ha estado vigilando. Te odiaba a ti antes de odiar a Elena. Te ha estado atormentando y jugando contigo como un gato con un ratón. Odia a aquellos a quienes amas. Está lleno de amor envenenado.

Elena miró involuntariamente a su espalda. Vio a Meredith, Alaric y Matt de pie, paralizados. Bonnie y Stefan estaban junto a ella. Pero Damon... ¿dónde estaba Damon?

—Su odio ha crecido hasta tal punto que cualquier muerte servirá, cualquier sangre derramada le proporcionará placer. En estos momentos, los animales que controla están saliendo furtivamente del bosque. Se dirigen a la ciudad, hacia las luces.

—¡El Baile de la Nieve! —dijo Meredith repentinamente.

—Sí. Y esta vez matarán hasta que el último de ellos sea abatido.

—Tenemos que avisar a esa gente —dijo Matt—. A todo el mundo en el baile...

—Jamás estaréis a salvo hasta que la mente que los controla no sea destruida. La matanza seguirá. Debéis destruir el Poder que odia; por eso os he traído aquí.

Hubo otra fluctuación en la luz; parecía que se retiraba.

—Tenéis el valor, si podéis hallarlo. Sed fuertes. Ésta es la única ayuda que puedo daros.

—Aguarda... por favor... —empezó a decir Elena.

La voz siguió hablando implacable, sin prestarle atención.

—Bonnie, tú tienes una elección que hacer. Tus poderes secretos son una responsabilidad. También son un don, uno que se puede perder. ¿Eliges renunciar a ellos?

—Yo... —Bonnie sacudió la cabeza, asustada—. No lo sé. Necesito tiempo...

—No hay tiempo. Elige.

La luz menguaba, derrumbándose sobre sí misma.



Los ojos de Bonnie estaban desconcertados y vacilantes mientras escudriñaban el rostro de Elena en busca de ayuda.

—Tú eliges —murmuró Elena—. Tienes que decidir por ti misma.

Poco a poco, la incertidumbre abandonó el rostro de Bonnie, y ésta asintió. Se apartó de Elena, sin apoyarse en nadie, y se volvió de nuevo hacia la luz.

—Los conservaré —dijo con voz ronca—. Lidiaré con ellos de algún modo. Mi abuela lo hizo.

Hubo un parpadeo de algo parecido a diversión procedente de la luz.

—Has elegido sabiamente. Espero que también los uses así. Ésta es la última vez que os hablaré.

—Pero...

—Me he ganado mi descanso. La pelea es vuestra.

Y el resplandor se desvaneció como los últimos rescoldos de un fuego moribundo.

Desaparecido éste, Elena pudo sentir la presión a su alrededor. Algo iba a suceder. Una fuerza aplastante se dirigía hacia ellos, o pendía sobre ellos.

—Stefan...

Stefan también lo percibió; Elena se dio cuenta de ello. —Vamos —dijo Bonnie con voz aterrada—. Tenemos que salir de aquí.

—Tenemos que llegar al baile —jadeó Matt, que tenía el rostro lívido—. Tenemos que ayudarlos...

—Fuego —exclamó Bonnie con expresión sobresaltada, como si la idea acabara de ocurrírsele—. El fuego no los matará, pero los mantendrá alejados...

—¿No escuchaste? Tenemos que enfrentarnos al Otro Poder. Y está aquí, justo aquí, justo ahora. ¡No podemos marchar! —gritó Elena.

Su mente estaba llena de desconcierto. Imágenes, recuerdos y un terrible presentimiento. Sed de sangre... La percibía...

—Alaric. —Stefan habló con tono autoritario—. Tú regresa. Llévate a los demás; haced lo que podáis. Yo me quedaré...

—¡Creo que todos deberíamos marchar! —chilló Alaric, que tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido ensordecedor que los envolvía.

La luz zigzagueante de su linterna mostró a Elena algo que no había advertido antes. En la pared que tenía al lado había un gran agujero, como si hubiesen arrancado el revestimiento de piedra. Y al otro lado había un túnel abierto en la tierra misma, negro e infinito.

«¿Adónde conduce?» se preguntó, pero el pensamiento se perdió en medio del tumulto de su miedo. «Lechuza blanca... ave de presa... carnívora... cuervo», pensó, y de improvisto supo con cegadora claridad a qué temía.

—¿Dónde está Damon? —chilló, haciendo girar a Stefan al girar ella para mirar—. ¿Dónde está Damon?



—¡Salid! —gritó Bonnie, la voz aguda por el terror, y se arrojó en dirección a la reja justo cuando el sonido hendió la oscuridad.

Era un gruñido, pero no el gruñido de un perro. Jamás se le podría haber confundido con él. Era mucho más profundo y pesado, más resonante. Era un sonido enorme yapestaba a jungla, a la sed de sangre de la cacería. Resonó en el pecho de Elena e hizo vibrar sus huesos.

La paralizó.

El sonido volvió a dejarse oír, hambriento y salvaje, pero en cierto modo casi perezoso. Con una gran seguridad en sí mismo. Y con él se oyeron pesadas pisadas que surgían del túnel.

Bonnie intentaba chillar, pero sólo emitía un débil sonido sibilante. En la oscuridad del túnel, algo iba hacia ellos. Una figura que se movía con un largo y esbelto balanceo felino. Elena reconoció entonces el gruñido. Era el sonido del más grande de los felinos cazadores, más grande que un león. Los ojos del tigre brillaron amarillos al llegar al final del túnel.

Y entonces todo sucedió a la vez.

Elena notó cómo Stefan intentaba empujarla hacia atrás para quitarla de en medio. Pero sus petrificados músculos eran un impedimento para él, y ella sabía que era demasiado tarde.

El salto del tigre fue la gracia personificada, con los poderosos músculos proyectándolo por el aire. En ese instante, la muchacha lo vio como atrapado en la luz de una flash, y su mente reparó en los enjutos y relucientes flancos y en la flexible columna vertebral. Pero su voz chilló independientemente:

—¡Damon, no!

Sólo cuando el negro lobo saltó de la oscuridad para ir a su encuentro reparó en que el tigre era blanco.

La carga del gran felino quedó deshecha por la arremetida del lobo, y Elena sintió cómo Stefan la arrancaba de donde estaba, empujándola a un lado para ponerla a salvo. Los músculos de la muchacha se habían fundido igual que copos de nieve, y cedió atontadamente cuando él la apretó contra la pared. La tapa de la tumba se encontraba entre ella y la rugiente figura blanca, pero la verja estaba al otro lado de la pelea.

La propia debilidad de Elena era en parte terror y en parte desconcierto. No comprendía nada; la confusión rugía en sus oídos. Hacía un momento había estado segura de que Damon había estado jugando con ellos todo aquel tiempo, que había sido el Otro Poder desde el principio. Pero la malicia y la sed de matar que emanaban del tigre eran inconfundibles. Eso era lo que la había perseguido en el cementerio y desde la casa de huéspedes hasta el río y la muerte. Ese Poder blanco que el lobo negro combatía para matarlo.

Era un combate imposible. El lobo negro, no obstante lo despiadado y agresivo que pudiera ser, no tenía la menor posibilidad. Un zarpazo de las enormes garras del tigre desgarró el hombro del lobo hasta el hueso, y las fauces del felino se abrieron con un rugido mientras intentaba cerrarlas como una trituradora sobre el cuello del lobo.

Pero entonces actuó Stefan, dirigiendo la luz de la linterna directamente a los ojos del felino y apartando violentamente al lobo a un lado. Elena deseó gritar, deseó hacer algo para liberar el torrente de aflicción de su interior. No comprendía; no comprendía nada. Stefan estaba en peligro. Pero ella no podía moverse.



—¡Salid! —gritó Stefan a los demás—. ¡Hacedlo ahora; salid!

Más veloz que cualquier humano, se apartó como una exhalación del camino de una zarpa, manteniendo la luz en los ojos del tigre. Meredith ya estaba al otro lado de la verja. Matt medio cargaba medio arrastraba a Bonnie. Alaric cruzaba.

El tigre saltó, y la verja se cerró con un fuerte golpe. Stefan cayó a un lado, resbalando mientras intentaba incorporarse de nuevo a toda prisa.

—No os vamos a dejar... —gritó Alaric.

—¡Marchad! —chilló Stefan—. Llegad al baile. ¡Haced lo que podáis! ¡Marchad ya!

El lobo volvía a atacar, a pesar de la sangre que manaba de las heridas en la cabeza y del hombro, donde músculo y tendón quedaban al descubierto, relucientes. El tigre se revolvió. Los sonidos animales alcanzaron un volumen que Elena era incapaz de soportar. Meredith y el resto se habían ido; la linterna de Alaric había desaparecido.

—¡Stefan! —chilló, viéndole preparado para volver a saltar a la lucha.

Si él moría, ella moriría también. Y si ella tenía que morir, quería hacerlo con él.

La parálisis la abandonó, y avanzó tambaleante hacia él, sollozando, alargando los brazos para aferrarse con firmeza. Sintió su brazo alrededor de ella mientras la sujetaba colocando el cuerpo entre ella y el ruido y la violencia. Pero Elena era tozuda, tan tozuda como él. Se retorció, y a continuación se enfrentaron a aquello juntos.

El lobo había caído. Yacía sobre la espalda, y aunque el pelaje era demasiado oscuro para que se viera la sangre, un charco rojo se formaba debajo de él. El felino blanco se alzaba sobre él, las fauces abiertas a unos centímetros de la vulnerable garganta negra.

Pero el mordisco mortal en el cuello no llegó. En su lugar, el tigre alzó la cabeza para mirar a Stefan y a Elena.

Con una calma extraña, Elena se encontró advirtiendo diminutos detalles en el aspecto del animal.

Los bigotes eran rectos y delgados, como alambres de plata. El pelaje era de un blanco níveo, con tenues listas que parecían oro sin bruñir. Blanco y oro, se dijo, recordando la lechuza del granero. Y aquello despertó otro recuerdo... de algo que había visto... o de algo que había oído mencionar...

Con un potente manotazo, el felino lanzó lejos la linterna que Stefan tenía en la mano. Elena le oyó sisear de dolor, pero ya no podía ver nada en la oscuridad. Donde no había luz, incluso un cazador estaba ciego. Aferrándose al muchacho, aguardó a sentir el dolor del golpe letal.

Pero de improviso la cabeza empezó a darle vueltas; estaba llena de niebla gris y arremolinada, y ella era incapaz de seguir agarrándose a Stefan. Era incapaz de pensar, incapaz de hablar. El suelo parecía desaparecer bajo sus pies. Vagamente, comprendió que usaban poder contra ella y que estaba aplastando su mente.

Sintió que el cuerpo de Stefan cedía, se desplomaba, se alejaba de ella, y ya no pudo oponerse a la niebla. Cayó durante una eternidad, y ni siquiera se dio cuenta cuando golpeó contra el suelo.



Capítulo 14

Lechuza blanca... ave de presa... cazador... tigre... Jugando contigo como un gato con un ratón. Como un gato... un gran gato... un gatito. Una gatita blanca.

La Muerte está en la casa.

Y la gatita, la gatita había huido de Damon. No por miedo, sino por miedo a ser descubierta. Como cuando se había colocado sobre el pecho de Margaret y había lloriqueado al ver a Elena al otro lado de la ventana.

Elena gimió y casi emergió de la inconsciencia, pero la niebla gris la arrastró de vuelta al fondo antes de que pudiera abrir los ojos. Sus pensamientos volvieron a bullir a su alrededor.

Amor envenenado... Stefan, te odiaba a ti antes de odiar a Elena... Blanco y dorado... algo blanco... algo blanco bajo el árbol...

Es esta ocasión, cuando luchó por abrir los ojos, lo consiguió. E incluso antes de poder concentrar la visión bajo la tenue luz cambiante lo supo. Finalmente lo supo.

La figura del vestido blanco que arrastraba por el suelo volvió la cabeza de la vela que estaba encendiendo, y Elena vio lo que podría haber sido su propio rostro sobre los hombros de la criatura. Pero era un rostro sutilmente distorsionado, pálido y hermoso como una escultura de hielo, pero era como debía ser. Era como los interminables reflejos de sí misma que Elena había visto en su sueño del pasillo de los espejos. Retorcido y hambriento, y burlón.

—Hola, Katherine —murmuró.

Katherine sonrió, fue una sonrisa taimada y rapaz.

—No eres tan estúpida como creía —dijo.

La voz era suave y dulce..., argentina, se dijo Elena. Igual que sus pestañas. También había destellos plateados en su vestido cuando se movía. Pero el cabello era dorado, casi de un dorado tan pálido como el de Elena. Los ojos eran como los ojos de la gatita: redondos y azules como una alhaja. En el cuello llevaba un collar con una piedra del mismo color intenso.

Elena sentía su propia garganta dolorida, como si hubiese estado chillando. También la tenía reseca. Cuando volvió la cabeza despacio a un lado, incluso aquel leve movimiento le produjo dolor.

Stefan estaba junto a ella, caído al frente, atado por los brazos a las estacas de hierro forjado de la reja. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, y lo que pudo ver de su rostro tenía una palidez cadavérica. La garganta estaba desgarrada, y había goteado sangre sobre el cuello de la camisa, que ya se había secado.



Elena volvió a dirigir la mirada hacia Katherine con tal rapidez que la cabeza le dio vueltas.

—¿Por qué? ¿Por qué le hiciste eso?

Katherine sonrió, mostrando afilados dientes blancos.

—Porque le amo —dijo con un sonsonete infantil—. ¿No le quieres tú también?

Fue entonces cuando Elena cayó en la cuenta de por qué no podía moverse y por qué le dolían los brazos. Estaba atada igual que Stefan, sujeta firmemente como Stefan a la verja cerrada. Un doloroso giro de la cabeza hacia el otro lado le reveló la presencia de Damon.

Éste estaba en peor estado que su hermano. La chaqueta y el brazo estaban desgarrados, y la visión de la herida hizo que Elena sintiera náuseas. La camisa del joven estaba hecha jirones, y Elena podía ver los casi imperceptibles movimientos de sus costillas al respirar. De no haber sido por eso, habría pensado que estaba muerto. La sangre apelmazaba sus cabellos y corría por el interior de los ojos cerrados.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó Katherine con un tono íntimo y confidencial—. Puedes decírmelo. ¿Cuál crees que es mejor?

Elena la miró asqueada.

—Katherine —murmuró—. Por favor. Por favor, escúchame...

—Dime. Vamos. —Aquellos ojos azules como alhajas ocuparon la visión de Elena cuando Katherine se inclinó muy cerca de ella, los labios tocando casi los de la joven—. Yo pienso que los dos son divertidos. ¿Te gusta la diversión, Elena?

Repugnada, Elena cerró los ojos y apartó el rostro. Si al menos la cabeza dejara de darle vueltas...

Katherine retrocedió con una nítida carcajada.

—Lo sé, es muy difícil escoger.

Efectuó una pequeña pirueta, y Elena vio que lo que vagamente había tomado por la cola del vestido de Katherine eran sus cabellos, que descendían como oro fundido por la espalda para derramarse sobre el suelo, arrastrándose tras ella.

—Todo depende de lo que a una le guste —prosiguió Katherine, efectuando unos cuantos elegantes pasos de baile y terminando delante de Damon; dirigió una mirada escrutadora a Elena, llena de picardía—. Pero, claro, yo soy tan golosa. —Agarró a Damon por los cabellos y, tirando hacia arriba de la cabeza, le hundió los dientes en el cuello.

—¡No! No hagas eso; no le hagas más daño...

Elena intentó abalanzarse hacia adelante, pero estaba demasiado bien atada. La verja era de hierro macizo, incrustada en la piedra, y las cuerdas eran resistentes. Katherine efectuaba sonidos animales, royendo y masticando la carne, y Damon gimió incluso estando inconsciente. Elena vio cómo su cuerpo se crispaba de un modo reflejo debido al dolor.

—Por favor, para; por favor, para...

Katherine alzó la cabeza. Corría sangre por su barbilla.

—Pero estoy hambrienta, y él está tan rico... —dijo.



Se echó hacia atrás y volvió a atacarle, y el cuerpo de Damon se contrajo espasmódicamente. Elena lanzó un grito.

«Fue así —pensó—. Al principio, aquella primera noche en el bosque, yo era así. Hice daño a Stefan de ese modo. Quería matarle...»

La oscuridad la envolvió, y se entregó a ella, agradecida.

El coche de Alaric patinó sobre un tramo helado al llegar a la escuela, y Meredith estuvo a punto de chocar con él. Matt y ella saltaron fuera del coche, dejando las portezuelas abiertas. Delante de ellos, Alaric y Bonnie hicieron lo mismo.

—¿Qué hay del resto de la ciudad? —gritó Meredith corriendo hacia ellos; el viento aumentaba, y la escarcha le quemaba el rostro.

—Sólo la familia de Elena: tía Judith y Margaret —chilló Bonnie.

La voz de la muchacha era aguda y asustada, pero había una expresión concentrada en sus ojos. Inclino la cabeza hacia atrás, como intentando recordar algo, y dijo:

—Sí, eso es. Tras ellas irán los perros. Hacedlas ir a alguna parte... como el sótano. ¡Mantenedlas allí!

—Yo lo haré. ¡Vosotros tres ocupaos del baile!

Bonnie giró para correr tras Alaric. Meredith regresó como una exhalación a su coche.

El baile se hallaba en las últimas fases de disolución, y había tantas parejas dentro como fuera, marchando en dirección al aparcamiento. Alaric les gritó mientras Matt, Bonnie y él se acercaban a la carrera.

—¡Regresad dentro! ¡Metan a todo el mundo dentro y cierren las puertas! —chilló a los agentes del sheriff.

Pero no hubo tiempo. Alcanzó la cantina justo cuando la primera figura que acechaba en la oscuridad lo hacía. Un agente cayó sin un sonido ni una oportunidad de disparar el arma.

Otro fue más rápido, y sonó un disparo, amplificado por el patio de hormigón. Los alumnos chillaron y empezaron a huir de allí, hacia el interior del aparcamiento. Alaric fue tras ellos, gritando, intentando conducirlos de vuelta.

Otras figuras salieron de la oscuridad, de entre los coches aparcados, de todos lados. Sobrevino el pánico. Alaric siguió gritando, siguió intentando congrega a los aterrados estudiantes para que fueran hacia el edificio. Allí fuera eran presa fácil.

En el patio, Bonnie se volvió hacia Matt.

—¡Necesitamos fuego! —dijo.

Matt entró como una flecha en la cantina y salió con una caja medio llena de programas del baile. La arrojó al suelo, hurgando en los bolsillos en busca de una de las cerillas que habían usado antes para encender la vela.

El papel prendió y ardió con fuerza, formando una isla de seguridad. Matt siguió haciendo señas a la gente para que cruzaran las puertas de la cantina situada detrás. Bonnie se precipitó dentro, encontrando una escena tan caótica como la del exterior.



Miró a su alrededor en busca de alguien con autoridad, pero no vio adultos, sólo jovencitos aterrados. Entonces, los adornos de crespón rojo y verde atrajeron su atención.

El sonido era atronador; ni siquiera un grito se oiría allí dentro. Abriéndose paso por entre la gente que intentaba salir, consiguió llegar al otro extremo de la sala. Caroline estaba allí, pálida sin su bronceado veraniego y luciendo la tiara de reina de la nieve. Bonnie la remolcó hasta el micrófono.

—Tú eres buena hablando. ¡Diles que entren y se queden dentro! Diles que empiecen a quitar los adornos. Necesitamos cualquier cosa que arda: sillas de madera, cosas de los cubos de basura, cualquier cosa. ¡Diles que es nuestra única posibilidad! —Mientras Caroline se la quedaba mirando, asustada y sin comprender, añadió—: Tienes la corona ahora... ¡así que haz algo con ella!

No aguardó para ver cómo la obedecía Caroline. Volvió a sumergirse en el furor de la estancia. Al cabo de un instante oyó por los altavoces la voz de Caroline, vacilante primero y luego apremiante.

El silencio era absoluto cuando Elena volvió a abrir los ojos.

—¿Elena?

Al oír el ronco susurro, intentó fijar la visión y se encontró contemplando unos ojos verdes inundados de dolor. —Stefan —dijo.

Se inclinó hacia él anhelante, deseando poder moverse. Carecía de sentido, pero le parecía que si pudieran abrazarse aquello no sería tan terrible.

Sonó una risa infantil. Elena no volvió la cabeza hacia ella, pero Stefan sí lo hizo. Elena vio su reacción, vio la secuencia de expresiones que pasaron por el rostro del muchacho casi a demasiada velocidad para identificarlas. Perpleja conmoción, incredulidad, un esbozo de júbilo... y luego horror. Un horror que finalmente volvió sus ojos ciegos y opacos.

—Katherine —dijo—. Pero esto es imposible. No puede ser. Estás muerta...

—Stefan... —llamó Elena, pero él no respondió.

Katherine se llevó una mano a la boca y rió por detrás de ella.

—Despierta tú también —dijo, mirando al otro lado de Elena.

Elena sintió una oleada de poder y, tras un momento, la cabeza de Damon se alzó lentamente y pestañeó.

No hubo sorpresa en su rostro. Inclinó la cabeza hacia atrás, los ojos entrecerrados cansinamente, y contempló durante un minuto, aproximadamente, a su captora. Entonces sonrió. Fue una sonrisa leve y dolorida, pero reconocible.

—Nuestra encantadora gatita blanca —musitó—. Debería haberlo sabido.

—Sin embargo, no te diste cuenta, ¿verdad? —dijo Katherine, tan ansiosa como una criatura jugando a un juego—. Ni siquiera tú lo adivinaste. Engañé a todo el mundo. —Volvió a reír—. Fue tan divertido vigilarte mientras vigilabas a Stefan, y ninguno de los dos sabía que yo estaba allí. ¡Incluso te arañé en una ocasión! —Curvando los dedos como si fueran zarpas, imitó el zarpazo de una gatita.



—En casa de Elena. Sí, lo recuerdo —dijo Damon lentamente; parecía no tanto enojado como vaga y enigmáticamente divertido—. Bien, desde luego, eres una cazadora. La dama y el tigre, como si dijésemos.

—Y metí a Stefan en aquel pozo —se jactó Katherine—. Os vi a los dos peleando; eso me gustó. Seguí a Stefan hasta el linde del bosque, y luego...

Juntó las manos ahuecadas, como quien captura una polilla. Luego, abriéndolas despacio, atisbo en su interior como si en realidad tuviera algo allí, y rió secretamente.

—Iba a conservarlo para jugar con él —confió, pero a continuación su labio inferior se proyectó al exterior y miró a Elena torvamente—. Pero tú te lo llevaste. Eso fue mezquino, Elena. No deberías haberlo hecho.

La espantosa malicia infantil había desaparecido de su rostro, y por un momento Elena vislumbró el odio virulento de una mujer adulta.

—Las chicas codiciosas son castigadas —dijo Katherine, moviéndose hacia ella—, y tú eres una chica codiciosa.

—¡Katherine! —Stefan había despertado de su ofuscamiento y empezó a hablar a toda prisa—. ¿No quieres contarnos qué más has hecho?

Distraída, la muchacha retrocedió. Pareció sorprendida, luego halagada.

—Bien... si realmente quieres que lo haga... —dijo; se abrazó los codos con las manos y volvió a efectuar una pirueta, y la dorada melena se retorció sobre el suelo—. No —dijo luego con alborozo, dándose la vuelta y señalándolos con el dedo—. Vosotros lo tenéis que adivinar. Vosotros lo adivináis y yo diré «correcto» o «incorrecto». ¡Adelante!

Elena tragó saliva, lanzando una mirada de soslayo a Stefan. No veía el motivo de entretener a Katherine; todo acabaría igual al final. Pero un instinto le dijo que se aferrara a la vida todo el tiempo que pudiera.

—Atacaste a Vickie —dijo con cautela; su propia voz sonó sin resuello a sus oídos, pero estaba segura de ello—. La chica de la iglesia en ruinas aquella noche.

—¡Bien! Sí —exclamó Katherine, y efectuó otro zarpazo gatuno con los dedos curvados—. Bueno, al fin y al cabo, estaba en mi iglesia —añadió a modo de razonamiento—. Y lo que ella y aquel chico estaban haciendo... ¡Bueno! Uno no hace eso en la iglesia. Así que, ¡la arañé! —Katherine dibujó la palabra, haciendo una demostración, como alguien que cuenta una historia a un niño pequeño—. Y... ¡lamí la sangre! —Se lamió unos labios rosa pálido con la lengua; luego señaló a Stefan—. ¡Siguiente!

—La has estado acosando desde entonces —dijo Stefan, que no jugaba al juego: efectuaba una asqueada observación.

—Sí, ¡ya hemos acabado con eso! ¡Pasa a otra persona! —indicó Katherine en tono tajante.

Pero entonces se puso a jugar con los botones del cuello de su vestido, los dedos centelleantes. Y Elena pensó en Vickie, con sus ojos de cervatillo sobresaltado, desvistiendo en la cantina delante de todo el mundo.

—La obligué a hacer cosas estúpidas —rió Katherine—. Fue divertido jugar con ella.

Elena tenía los brazos entumecidos y agarrotados. Advirtió que daba mecánicos tirones a las cuerdas, tan ofendida por las palabras de Katherine que no podía permanecer quieta. Se



obligó a parar, intentando en su lugar recostarse y devolver algo de sensación a las adormecidas manos. Qué haría si se soltaba no lo sabía, pero tenía que intentarlo.

—Siguiente —decía Katherine con un deje amenazador.

—¿Por qué dices que es tu iglesia? —preguntó Damon, y su voz seguía siendo vagamente divertida, como si nada de aquello le afectara—. ¿Qué hay de Honoria Fell?

—¡Ah, ese viejo espectro! —dijo Katherine con malicia.

Paseó la mirada atentamente por detrás de Elena, con la boca fruncida, la mirada furiosa, y Elena advirtió entonces que estaban de cara a la entrada de la cripta, con la tumba saqueada detrás de ellos. Tal vez Honoria los ayudaría...

Pero luego recordó aquella voz sosegada que se desvanecía. «Ésta es la única ayuda que puedo daros.» Y supo que no les llegaría más ayuda.

Como si hubiera leído los pensamientos de Elena, Katherine decía:

—Ella no puede hacer nada. Es un simple montón de huesos. —Las elegantes manos realizaron ademanes como si Katherine estuviera rompiendo esos huesos—. Todo lo que puede hacer es hablar, y en muchísimas ocasiones impedí que la oyeras.

La expresión de Katherine volvía a ser siniestra, y Elena sintió una acida punzada de temor.

—Mataste al perro de Bonnie, a *Yangtze* —dijo.

Fue una conjetura al azar, lanzada para distraer a Katherine, pero funcionó.

—¡Sí! Eso fue divertido. Salisteis todas corriendo de la casa y empezasteis a gemir y llorar... —Katherine rememoró la historia con una pantomima: el pequeño perro yaciendo frente a la casa de Bonnie, las chicas precipitándose fuera y encontrando el cuerpo—. Lo sentí, pero valió la pena. Seguí a Damon allí cuando era un cuervo. Acostumbraba a seguirle una barbaridad. De haber querido, podría haber agarrado aquel cuervo, y... —Efectuó un violento movimiento de torsión.

«El sueño de Bonnie», se dijo Elena, mientras una helada comprensión la inundaba. Ni siquiera se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que vio a Stefan y a Katherine mirándola.

—Bonnie soñó contigo —musitó—. Pero pensó que era yo. Me contó que me vio de pie bajo un árbol con el viento soplando. Y que sintió miedo de mí. Dijo que tenía un aspecto diferente, pálido pero casi refulgente. Y un cuervo pasó volando y yo lo agarré y le retorcí el cuello. —La ira empezó ascender por la garganta de Elena, pero la engulló—. Pero eras tú —dijo.

Katherine pareció encantada, como si Elena le hubiera dado la razón de algún modo.

—La gente sueña una barbaridad conmigo —replicó con aire de suficiencia—. Tú tía... ha soñado conmigo. Le digo que fue culpa suya que tú murieras. Cree que eres tú quien se lo dice.

—Dios mío...

—Ojalá hubieras muerto de verdad —siguió Katherine, y su rostro se tornó rencoroso—. Deberías haber muerto. Te mantuve en el río el tiempo suficiente. Pero fuiste tan golfa,



sacando sangre de los dos, que regresaste. Ah, bueno. —Sonrió solapadamente—. Ahora puedo jugar contigo más tiempo. Perdí los nervios ese día porque vi que Stefan te había dado mi anillo. ¡Mi anillo! —Su voz se elevó—. Mío, que se lo dejé para que me recordaran. Y él te lo dio a ti. Fue entonces cuando supe que no me iba a limitar a jugar con él: tenía que matarle.

Los ojos de Stefan estaban acongojados, desconcertados.

—Pero pensaba que estabas muerta —dijo—. Estabas realmente muerta hace quinientos años. Katherine...

—Ah, ésa fue la primera vez que os engaqué —respondió ella, pero no había regocijo en su voz ahora, sino que sonaba resentida—. Lo organicé todo con Gudren, mi doncella. Vosotros dos no queríais aceptar mi elección —estalló, paseando la mirada de Stefan a Damon con expresión furiosa—. Quería que fuéramos felices, y os amaba. Os amaba a ambos. Pero eso no era bastante bueno para vosotros.

El rostro de Katherine había vuelto a cambiar, y Elena vio en él a la criatura dolida de hacía quinientos años. Aquél debía de ser el aspecto que tenía Katherine entonces, se dijo sorprendida. Los grandes ojos azules se estaban llenando de lágrimas.

—Quería que os quisierais —prosiguió Katherine con tono perplejo—, pero no quisisteis hacerlo. Y me sentí fatal. Pensé que si creíais que había muerto, os queríais el uno al otro. Y sabía que tenía que marchar, de todos modos, antes de que papá empezara a sospechar lo que era yo.

»Así que Gudren y yo lo arreglamos —dijo en voz queda, sumida en los recuerdos—. Me hice hacer otro talismán contra el sol y le di mi anillo. Y ella cogió mi vestido blanco... mí mejor vestido blanco... y cenizas de la chimenea. Quemamos grasa allí, de modo que las cenizas olieran como debían. Y lo dejó todo al sol, donde pudierais encontrarlo, junto con mi nota. No estaba segura de que pudiera engañaros, pero así fue.

»Pero entonces... —el rostro de Katherine se crispó apenado— vosotros lo hicisteis todo mal. Se suponía que deberíais estar apenados, y llorar, y consolaros mutuamente. Lo hice por vosotros. Pero en su lugar echasteis a correr y cogisteis espadas. ¿Por qué hicisteis eso? —Fue un grito surgido del corazón—. ¿Por qué no aceptasteis mi regalo? Lo tratasteis como si fuera basura. En la nota os decía que quería que os reconciliarais. Pero no escuchasteis y cogisteis las espadas. Os matasteis uno a otro. ¿Por qué lo hicisteis?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Katherine, y el rostro de Stefan también estaba húmedo.

—Fuimos unos estúpidos —dijo él, tan atrapado en el recuerdo del pasado como ella—. Nos culpamos mutuamente de tu muerte, y fuimos tan estúpidos... Katherine, escúchame. Fue culpa mía; yo fui quien atacó primero. Y lo he lamentado; no puedes saber lo mucho que lo he lamentado desde entonces. No sabes cuántas veces he pensado sobre ello y deseado que hubiese algo que pudiera hacer para cambiarlo. Habría dado cualquier cosa por volver atrás... Cualquier cosa. Maté a mi hermano... —La voz se quebró, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Elena, con el corazón roto por el dolor, volvió la cabeza con impotencia hacia Damon y vio que éste ni siquiera era consciente de su presencia. La expresión divertida había desaparecido, y tenía los ojos fijos en Stefan con total concentración, clavados en él.



—Katherine, por favor, escúchame —dijo Stefan con tono trémulo, recuperando la voz—. Ya nos hemos hecho suficiente daño unos a otros. Por favor, déjanos marchar ahora. O quédate conmigo, si quieres, pero deja que ellos se vayan. Yo soy el culpable. Quédate conmigo, y haré todo lo que quieras...

Los ojos como alhajas de la muchacha estaban límpidos y de un azul increíble, inundados de una pena infinita. Elena no se atrevió a respirar, temerosa de romper el hechizo mientras la esbelta joven se acercaba a Stefan con el rostro dulcificado y anhelante.

Pero entonces el hielo en el interior de Katherine volvió a aflorar, helando las lágrimas en sus mejillas.

—Deberías haber pensado en eso hace mucho tiempo —indicó—. Podría haberte escuchado entonces. Lamenté que os hubierais matado uno a otro al principio. Huí, sin llevarme siquiera a Gudren, de vuelta a mi hogar. Pero entonces yo no tenía nada, ni siquiera un vestido nuevo, y estaba hambrienta y helada. Podría haber muerto de hambre si Klaus no me hubiera encontrado.

Klaus. En medio de su desaliento, Elena recordó algo que Stefan le había contado. Klaus era el hombre que había convertido a Katherine en vampira, el hombre que los aldeanos decían que era malvado.

—Klaus me hizo ver la verdad —explicó Katherine—. Me mostró cómo es el mundo en realidad. Tienes que ser fuerte y coger las cosas que quieres. Tienes que pensar únicamente en ti mismo. Y ahora soy la más fuerte de todos. Lo soy. ¿Sabéis cómo lo conseguí? —Respondió a la pregunta sin siquiera aguardar a que ellos contestaran—. Vidas. Muchas vidas. Humanos y vampiros, y todos ellos están dentro de mí ahora. Maté a Klaus al cabo de un siglo o dos. Se sorprendió. No sabía lo mucho que yo había aprendido.

»Era muy feliz tomando vidas, llenándome con ellas. Pero luego me acordaba de vosotros, de vosotros dos y de lo que hicisteis. Cómo tratasteis mi regalo. Y sabía que tenía que castigaros. Y finalmente se me ocurrió cómo hacerlo.

»Os traje aquí, a los dos. Introduje la idea en tu mente, Stefan, del mismo modo que tú pones ideas en las mentes de los humanos. Te guíé a este lugar. Y luego me aseguré de que Damon te siguiera. Elena estaba aquí. Creo que debe de estar emparentada de algún modo conmigo; se me parece. Sabía que la verías y te sentirías culpable. ¡Pero no tenías que enamorarte de ella! —El resentimiento en la voz de Katherine dio paso a la ira otra vez—. ¡No tenías que olvidarme! ¡No tenías que darle mi anillo!

—Katherine...

—Me enojaste mucho —prosiguió ella sin hacerle caso—. Y ahora voy a hacer que lo lamentos, que lo lamentos de veras. Sé a quién odio más ahora, Stefan, y es a ti. Porque te amé más que a tu hermano.

Pareció recuperar el control de sí misma, secándose los últimos rastros de lágrimas del rostro e irguiéndose con exagerada dignidad.

—No odio tanto a Damon —declaró—. Incluso puede que le deje vivir. —Sus ojos se entrecerraron y luego se abrieron de par en par con una idea—. Escucha, Damon —dijo confidencialmente—. Tú no eres tan estúpido como Stefan. Tú sabes cómo son las cosas en realidad. Te he oído decirlo. He visto las cosas que has hecho. —Se inclinó hacia adelante—. Me he sentido sola desde la muerte de Klaus. Podrías hacerme compañía. Todo lo que tienes



que hacer es decir que me quieres más a mí. Luego, una vez que los haya matado, nos iremos lejos. Incluso puedes matar tú a la chica si quieres; te dejaré hacerlo. ¿Qué te parece?

«Dios mío», pensó Elena, sintiéndose enfermar de nuevo. Los ojos de Damon estaban puestos en los enormes ojos azules de Katherine; parecía escudriñar el rostro de la joven. Y la enigmática expresión divertida había regresado a su rostro. «Dios mío, no —pensó Elena—. Por favor, no...»

Lentamente, Damon sonrió.



Capítulo 15

Elena contempló a Damon con mudo pavor. Conocía muy bien aquella sonrisa inquietante. Pero al mismo tiempo que se le caía el alma a los pies, su mente le lanzó una burlona pregunta. ¿Y qué diferencia había? Stefan y ella iban a morir de todos modos. Era totalmente sensato que Damon eligiera salvarse. Y era un error esperar que fuera contra su naturaleza.

Contempló aquella hermosa y caprichosa sonrisa con un sentimiento de pena por lo que Damon podría haber sido.

Katherine le devolvió la sonrisa, encantada.

—Seremos muy felices juntos. Una vez que estén muertos, te soltaré. No era mi intención lastimarte, no en realidad. Simplemente, me enojé. —Alargó una mano delgada y le acarició la mejilla—. Lo siento.

—Katherine —dijo él, y seguía sonriendo.

—Sí. —La muchacha se inclinó más hacia él.

—Katherine...

—¿Sí, Damon?

—Vete al infierno.

Elena se estremeció ante lo que sucedió a continuación incluso antes de que sucediera, sintiendo el violento repunte de poder, de poder malévolo y desatado. Chilló al ver el cambio en Katherine. Aquel rostro precioso se retorció, mutando en algo que no era ni humano ni animal. Una luz roja llameó en los ojos de Katherine mientras se arrojaba sobre Damon, hundiéndole los colmillos en la garganta.

De las yemas de los dedos brotaron zarpas, y arañó el ya sangrante pecho del muchacho con ellas, desgarrando la carne mientras fluía la sangre. Elena siguió chillando, advirtiendo vagamente que el dolor de sus brazos se debía a su forcejeo con las cuerdas que los sujetaban. Oyó gritar a Stefan, también, pero por encima de todo oyó el alarido ensordecedor de la voz mental de Katherine.

«¡Ahora sí que lo lamentarás! ¡Ahora voy a hacer que lo lamentes! ¡Te mataré! ¡Te mataré! ¡Te mataré! ¡Te mataré!»

Las mismas palabras herían igual que dagas acuchillando la mente de Elena. Su terrible poder la aturdía, la balanceaba contra las barras de hierro. Pero no había modo de huir de él. Parecía resonar desde todas partes, martilleando en su cerebro.

«¡Te mataré! ¡Te mataré! ¡Te mataré!»

Elena perdió el conocimiento.



Meredith, acuclillada junto a tía Judith en el lavadero, cambió de lado el peso del cuerpo, esforzándose por interpretar los sonidos que se oían al otro lado de la puerta. Los perros habían conseguido entrar en el sótano; no estaba segura de cómo, pero a juzgar por los hocicos ensangrentados de algunos de ellos, se dijo que habían entrado a través de las ventanas situadas a ras de suelo. Ahora los animales estaban en el exterior del lavadero, pero Meredith no sabía qué hacían. Había demasiado silencio allí fuera.

Margaret, acurrucada en el regazo de Robert, lloriqueó una vez.

—Silencio —se apresuró a murmurar Robert—. No pasa nada, cariño. Todo va a ir bien.

Meredith trabó la mirada con los asustados y decididos ojos del hombre por encima de la cabeza rubia de la niña. «Casi te endosamos la etiqueta del Otro Poder», pensó. Pero en aquel instante no había tiempo para lamentarlo.

—¿Dónde está Elena? Elena dijo que cuidaría de mí —dijo Margaret, los ojos muy abiertos y solemnes—. Dijo que se ocuparía de mí.

Tía Judith se llevó una mano a la boca.

—Ella está cuidando de ti —susurró Meredith—. Precisamente me ha enviado a mí a hacerlo, eso es todo. Y es la verdad —añadió con ferocidad, y vio que la mirada de reproche de Robert se transformaba en perplejidad.

En el exterior, el silencio había cedido el paso a ruidos de arañazos y dientes que roían. Los perros se habían puesto a trabajar en la puerta.

Robert acunó la cabeza de Margaret más cerca de su pecho.

Bonnie no sabía cuánto tiempo llevaban trabajando. Horas, desde luego. Una eternidad, parecía. Los perros habían entrado por la cocina y las viejas puertas laterales de madera. Hasta el momento, no obstante, sólo una docena, aproximadamente, había conseguido franquear las hogueras encendidas a modo de barricadas frente a aquellas aberturas. Y los hombres que tenían armas se habían ocupado de la mayoría de ellos.

Pero el señor Smallwood y sus amigos sostenían en aquellos momentos rifles descargados. Y ellos se estaban quedando sin cosas que quemar.

Vickie se había puesto histérica hacía unos instantes, chillando y sujetándose la cabeza como si algo le estuviera haciendo daño. Habían estado buscando modos de refrenarla, hasta que por fin perdió el conocimiento.

Bonnie se acercó a Matt, que miraba por encima del fuego a través de la derribada puerta lateral. No buscaba la presencia de perros, ella lo sabía, sino algo que se hallaba mucho más lejos. Algo que no se podía ver desde allí.

—Tenías que irte, Matt —dijo—. No había nada más que pudieras hacer.

Él no respondió ni volvió la cabeza.

—Casi ha amanecido —siguió ella—. Quizá cuando suceda, los perros se irán. —Pero incluso mientras lo decía sabía que no era cierto.

Matt no respondió. Bonnie le tocó el hombro.

—Stefan está con ella. Stefan está allí.

Por fin, Matt ofreció alguna reacción. Asintió.



—Stefan está allí —dijo.

Enfurecida, una figura de color marrón embistió desde la oscuridad.

Fue mucho más tarde cuando Elena recobró paulatinamente la conciencia. Lo supo porque podía ver no sólo debido al puñado de velas que Katherine había encendido, sino también por la fría penumbra gris que se filtraba al suelo desde la abertura de la cripta.

Pudo ver a Damon también. Yacía en el suelo, las ligaduras acuchilladas junto con las ropas. Había luz suficiente ya para ver todo el alcance de sus heridas, y Elena se preguntó si seguía con vida. Estaba lo bastante inmóvil como para estar muerto.

«¿Damon?», pensó. Hasta que lo hubo hecho no reparó en que no había pronunciado la palabra. De algún modo, los alaridos de Katherine habían cerrado un circuito en su mente, o a lo mejor habían despertado algo dormido. Y la sangre de Matt sin duda había ayudado, proporcionándole la energía para hallar finalmente su voz mental.

Volvió la cabeza hacia el otro lado. «¿Stefan?»

El muchacho tenía el rostro demacrado por el dolor, pero estaba consciente. Demasiado consciente. Elena casi deseó que estuviera tan insensible como Damon a lo que les estaba sucediendo.

«Elena», respondió él.

«¿Dónde está ella?» preguntó Elena, paseando los ojos lentamente por la habitación.

Stefan miró en dirección a la abertura de la cripta. «Subió por allí hace un rato. Quizá para comprobar cómo les iba a los perros.»

Elena había creído haber llegado al límite del miedo y el pavor, pero no era verdad. No había pensado en los demás entonces.

«Elena, lo siento.» El rostro de Stefan estaba embargado de algo que no se podía expresar con palabras.

«No es culpa tuya, Stefan. Tú no le hiciste esto. Se lo hizo ella misma. O... simplemente sucedió debido a lo que es. A lo que somos.» Discurriendo por debajo de los pensamientos de Elena estaba el recuerdo del modo en que había atacado a Stefan en el bosque, y en cómo se había sentido cuando corría hacia el señor Smallwood, planeando su venganza. «Podría haber sido yo», indicó.

«¡No! Tú jamás te habrías vuelto así.»

Elena no respondió. Si poseyera el Poder en aquellos momentos, ¿qué le haría a Katherine? ¿Qué no le haría? Pero sabía que hablar de ello sólo trastornaría más a Stefan.

«Pensé que Damon nos iba a traicionar», dijo.

«También lo pensé yo», respondió Stefan con un tono extraño. Miraba a su hermano con una expresión peculiar.

«¿Todavía le odias?»

La mirada de Stefan se ensombreció.

«No —dijo con voz queda—. No, ya no le odio.»



Elena asintió. Era importante, de algún modo. Luego dio un respingo, con los nervios totalmente alerta, cuando algo oscureció la entrada de la cripta. Stefan también se puso en tensión.

«Ya viene, Elena...»

«Te amo, Stefan», dijo ella con desesperación, mientras la nebulosa forma blanca descendía a toda velocidad.

Katherine se materializó ante ellos.

—No sé qué está sucediendo —dijo, con expresión molesta—. Me estás impidiendo el acceso a mi túnel. —Volvió a atisbar detrás de Elena, hacia la tumba destrozada y el agujero de la pared—. Eso es lo que uso para moverme por ahí —siguió, al parecer ajena a la presencia del cuerpo de Damon a sus pies—. Pasa por debajo del río. Así no tengo que cruzar sobre agua corriente, ya sabes. En su lugar, cruzo por debajo. —Los miró como si deseara su apreciación del chiste.

«Por supuesto —pensó Elena—. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Damon pasó con nosotros sobre el río en el coche de Alaric. Cruzó una corriente de agua entonces, y probablemente montones de otras veces. No podía haber sido el Otro Poder.»

Era extraño el modo en que era capaz de pensar a pesar de estar tan asustada. Era como si una parte de su mente observara desde lejos.

—Voy a mataros ahora —dijo Katherine con tono coloquial—. Luego pasaré por debajo del río para matar a vuestros amigos. No creo que los perros lo hayan hecho ya. Pero me ocuparé de ello yo misma.

—Deja ir a Elena —pidió Stefan; la voz sonó apagada, pero imperiosa de todos modos.

—No he decidido cómo hacerlo —dijo Katherine, sin prestarle atención—. Podría asaros. Ya hay casi luz suficiente para eso ahora. Y tengo estas cosas. —Introdujo la mano en la parte delantera del vestido y la sacó cerrada—. ¡Uno... dos... tres! —dijo, dejando caer dos anillos de plata y uno de oro al suelo.

Las gemas brillaron azules como los ojos de Katherine, azules como la gema del collar que rodeaba la garganta de Katherine.

Las manos de Elena se retorcieron frenéticamente y percibió la lisa desnudez del dedo anular. Era cierto. Jamás habría creído lo desnuda que se sentía sin aquel aro de metal. Era necesario para su vida, para su supervivencia. Sin él...

—Sin estos anillos moriréis —dijo Katherine, rozando despreocupadamente los anillos con la punta de un pie—. Pero no sé si eso será bastante lento.

Retrocedió hasta alcanzar casi la pared opuesta de la cripta, el vestido plateado reluciendo bajo la tenue luz.

Fue entonces cuando a Elena se le ocurrió la idea.

Podía mover las manos. Lo suficiente para palparse una con la otra, lo suficiente para saber que ya no estaban entumecidas. Las cuerdas estaban más flojas.

Pero Katherine era fuerte. Increíblemente fuerte. Y también más rápida que Elena. Incluso si Elena se soltaba, sólo tendría tiempo para una única acción veloz.



Hizo girar una muñeca, sintiendo cómo las cuerdas cedían.

—Existen otros modos —dijo Katherine—. Podría haceros cortes y contemplar cómo os desangráis. Me gusta mirar.

Rechinando los dientes, Elena ejerció presión sobre la cuerda. La mano estaba doblada en un ángulo atroz, pero siguió presionando y sintió la quemadura de la cuerda al resbalar.

—O ratas —seguía diciendo Katherine meditabunda—. Las ratas podrían ser divertidas. Podría decirles cuándo empezar y cuándo parar.

Liberar la otra mano fue mucho más fácil. Elena intentó no dar muestras de lo que sucedía detrás de su espalda. Le habría gustado llamar a Stefan mentalmente, pero no se atrevió. No si existía alguna posibilidad de que Katherine pudiera oírlo.

El deambular de Katherine había llevado a ésta justo hasta Stefan.

—Creo que empezaré contigo —dijo, acercando el rostro al de él—. Vuelvo a tener hambre. Y tú eres muy dulce, Stefan. Había olvidado lo dulce que eres.

Había un rectángulo de luz gris sobre el suelo. La luz del amanecer. Penetraba a través de la abertura de la cripta. Katherine ya había estado fuera bajo aquella luz. Pero...

Katherine sonrió de improviso, y sus ojos azules centellearon.

—¡Ya lo sé! ¡Me beberé casi toda tu sangre y haré que observes mientras la mato a ella! Te dejaré justo fuerzas suficientes para verla morir antes de que lo hagas tú. ¿Verdad que suena a un plan magnífico?

Dio unas palmadas alegremente y volvió a efectuar una pirueta, alejándose con unos pasos de baile.

Sólo un paso más, se dijo Elena. Vio cómo Katherine se aproximaba al rectángulo de luz. Sólo un paso más...

Katherine dio aquel paso.

—¡Eso es, pues! —Empezó a darse la vuelta—. Qué buena...

«¡Ahora!»

Extrayendo de un tirón los entumecidos brazos de las últimas lazadas de cuerda, Elena se abalanzó sobre ella. Fue como la embestida de un gato cazando. Una desesperada carrera corta para alcanzar a la presa. Una posibilidad. Una esperanza.

Golpeó a Katherine con todo su peso, y el impacto las derribó a ambas dentro del rectángulo de luz. Sintió cómo la cabeza de Katherine chocaba contra el suelo de piedra.

Y sintió el dolor abrasador, como si hubieran sumergido su propio cuerpo en veneno. Era una sensación parecida a la ardiente sequedad del hambre, sólo que más potente. Mil veces más fuerte. Era insoportable.

—¡Elena! —chilló Stefan, con la mente y con la voz.

«Stefan», pensó ella. De debajo de su cuerpo se alzó una oleada de Poder cuando los ojos aturdidos de Katherine se aclararon. La boca de la muchacha se retorció colérica y los colmillos surgieron al exterior. Eran tan largos que se clavaban en el labio inferior. La deformada boca se abrió en un aullido.



La torpe mano de Elena tanteó la garganta de Katherine. Los dedos se cerraron sobre el frío metal del collar azul de ésta y, con todas sus fuerzas, la muchacha tiró y notó cómo la cadena cedía. Intentó sujetarlo, pero los dedos carecían de tacto y coordinación, y la mano crispada de Katherine garrapateaba desesperadamente para asirlo. La joya salió despedida hacia el interior de las sombras.

—¡Elena! —Volvió a gritar Stefan con aquella voz tan espantosa.

La joven sintió como si su cuerpo estuviera inundado de luz. Como si fuera transparente. Sólo que la luz era dolorosa. Debajo de ella, el rostro contorsionado de Katherine miraba directamente arriba, al cielo invernal, y en lugar de un aullido, se escuchaba un chirrido agudo que ascendía y ascendía.

Elena intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas. El rostro de Katherine se agrietaba, se quebraba. Líneas de fuego aparecieron en él. Los alaridos alcanzaron un punto culminante; los cabellos de Katherine ardían, la piel se ennegrecía. Elena sintió fuego procedente tanto de arriba como de abajo.

Entonces notó que algo la agarraba, sujetaba sus hombros y la arrancaba de allí. La frialdad de las sombras fue como agua helada. Algo le daba la vuelta, la acunaba.

Vio los brazos de Stefan, rojos allí donde habían estado expuestos al sol y sangrando en el lugar donde los había arrancado de las cuerdas. Vio su rostro, vio el acongojado horror y la aflicción. Luego se le nublaron los ojos y no vio nada más.

Meredith y Robert, que golpeaban los hocicos empapados en sangre que asomaban por el agujero de la puerta, se detuvieron aturcidos. Los dientes habían dejado de morder y desgarrar. Un hocico dio una sacudida y se escurrió fuera. Acercándose lentamente de costado para mirar al otro, Meredith vio que los ojos del perro estaban vidriosos y lechosos. No se movían. Miró a Robert, que se levantó jadeando.

No se escuchaba ruido en el sótano. Todo estaba en silencio.

Pero no se atrevieron a tener esperanzas.

Los enloquecidos alaridos de Vickie cesaron como si los hubieran cortado con un cuchillo. El perro, que había hundido los dientes en el muslo de Matt, se quedó rígido y se estremeció violentamente; luego, las mandíbulas soltaron al muchacho. Respirando con dificultad, Bonnie giró para mirar más allá de la moribunda hoguera y vio los cuerpos de otros perros yaciendo allí donde habían caído en el exterior.

Matt y ella se recostaron el uno contra el otro, mirando a su alrededor, perplejos.

Finalmente, había dejado de nevar.

Poco a poco, Elena abrió los ojos.

Todo estaba muy despejado y tranquilo.

La alegró que los alaridos hubiesen finalizado. Aquello había sido horrible; había dolido. Ahora, nada dolía. Sentía como si su cuerpo volviera a estar inundado de luz, pero en esta ocasión no había dolor. Era como si flotase, muy alta y con facilidad, sobre ráfagas de aire. Se sentía casi como si careciera de cuerpo.

Sonrió.



Girar la cabeza no producía dolor, aunque aumentaba la vaga sensación de flotar. Vio, en la oblonga luz pálida del suelo, los restos humeantes de un vestido plateado. La mentira de Katherine de quinientos años atrás se había convertido en realidad.

Eso era todo, entonces. Elena apartó la mirada. Ya no le deseaba mal a nadie, y no quería perder tiempo con Katherine. Había cosas mucho más importantes.

—Stefan —dijo, y suspiró y sonrió. Vaya, aquello era agradable. Así debía de ser como se sentía un pájaro.

—No era mi intención que las cosas terminaran de este modo —dijo dulcemente pesarosa.

Los ojos verdes del muchacho estaban húmedos. Volvieron a llenarse de lágrimas entonces, pero le devolvió la sonrisa.

—Lo sé —dijo—. Lo sé, Elena.

Él comprendía. Eso estaba bien; eso era importante. Ahora resultaba fácil ver las cosas que eran realmente importantes. Y la comprensión de Stefan significaba mucho más para ella que el mundo entero.

Le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde que realmente le había mirado. Desde que se había tomado el tiempo necesario para apreciar lo hermoso que era, con su cabello oscuro y sus ojos tan verdes como hojas de roble. Pero ahora lo veía, y veía su alma brillando a través de aquellos ojos. Valía la pena, se dijo. «Yo no quería morir; no quiero morir ahora. Pero volvería a hacerlo si fuera necesario.»

—Te amo —murmuró.

—Te amo —dijo él, oprimiendo sus manos entrelazadas.

La extraña y lánguida ligereza la acunaba con suavidad. Apenas sentía a Stefan sujetándola.

Había pensado que se sentiría aterrada; pero no lo estaba, no mientras Stefan estuviera allí.

—Las personas del baile... Estarán bien ahora, ¿verdad? —preguntó.

—Estarán bien —murmuró él—. Las salvaste.

—No pude decir adiós a Bonnie y a Meredith. Ni a tía Judith. Tendrás que decirles que las quiero.

—Se lo diré —repuso Stefan.

—Puedes decírselo tú misma —jadeó otra voz ronca y que sonaba a nuevo.

Damon se había arrastrado por el suelo hasta colocarse detrás de Stefan. El rostro estaba destrozado, surcado de sangre, pero los oscuros ojos la miraron ardientes.

—Usa tu voluntad, Elena. Aguanta. Tienes la fuerza para ello...

Ella le sonrió vacilante. Sabía la verdad. Lo que sucedía sólo ponía fin a lo que había empezado dos semanas atrás. Había tenido trece días para arreglar las cosas, para disculparse con Matt y decir adiós a Margaret. Para decir a Stefan que le amaba. Pero el período de gracia había finalizado.

Con todo, no había porque herir a Damon. También le quería a él.

—Lo intentaré —prometió.



—Te llevaremos a casa —dijo.

—Pero no aún —le indicó con dulzura—. Aguardemos un poquitín más.

Algo sucedió en los insondables ojos oscuros, y la llameante chispa se apagó. Entonces comprendió que Damon también lo sabía.

—No tengo miedo —dijo—. Bueno... sólo un poco.

Empezaba a notar una somnolencia y se sentía muy a gusto, era simplemente como si se estuviera durmiendo. Las cosas se alejaban de ella.

Notó un dolor en el pecho. No estaba demasiado asustada, pero sentía pesar. Había tantas cosas que echaría en falta, tantas cosas que deseaba haber hecho...

—Vaya —dijo con voz queda—. Qué curioso.

Las paredes de la cripta parecían haberse derretido. Eran grises y nebulosas, y había algo parecido a una entrada allí, como la puerta que daba acceso a la habitación subterránea. Sólo que aquélla era una entrada a una luz diferente.

—Qué hermoso —murmuró—. ¿Stefan? Estoy tan cansada...

—Ahora puedes descansar —musitó él.

—¿No me soltarás?

—No.

—Entonces no tendré miedo.

Algo brillaba en el rostro de Damon. Alargó la mano hacia él, lo tocó y apartó los dedos con asombro.

—No estés triste —le dijo, sintiendo la fresca humedad en las yemas de los dedos.

Pero una punzada de preocupación la perturbó. ¿Quién quedaba allí para comprender a Damon ahora? ¿Quién estaría allí para presionarle, para intentar ver lo que había realmente en su interior?

—Tenéis que cuidaros el uno al otro —dijo, dándose cuenta de que un poco de energía regresaba a ella, como una vela llameando al viento—. Stefan, ¿me lo prometes? ¿Me prometes que os cuidaréis mutuamente?

—Lo prometo —respondió él—. Elena...

Oleadas de sueño se adueñaban de ella.

—Eso está bien —dijo—. Eso está bien, Stefan.

La entrada estaba más cerca, tan cerca que podía tocarla ya. Se preguntó si sus padres estarían en algún lugar al otro lado.

—Es hora de ir a casa —murmuró.

Y entonces la oscuridad y las sombras se desvanecieron y no hubo otra cosa más que luz.

Stefan la abrazó mientras los ojos de la muchacha se cerraban. Y luego simplemente la sostuvo, mientras las lágrimas que había contenido caían libremente. Era un dolor distinto al que sintió al sacarla del río. No había ira en él, y tampoco odio, sino un amor que parecía seguir y seguir eternamente.



Dolía aún más.

Miró el rectángulo de luz, apenas a un paso o dos de distancia. Elena había penetrado en la luz. Le había dejado allí solo.

«No por mucho tiempo», pensó.

Su anillo estaba en el suelo. Ni siquiera le dirigió una mirada mientras se incorporaba, los ojos puestos en el haz de luz solar que descendía hasta el suelo.

Una mano asió su brazo y tiró de él hacia atrás.

Stefan estudió el rostro de su hermano.

Los ojos de Damon eran oscuros como la medianoche, y sostenía el anillo de Stefan. Mientras Stefan miraba, incapaz de moverse, le introdujo a la fuerza el anillo en el dedo y le soltó.

—Ahora —dijo, volviéndose a dejar caer con gesto de dolor— puedes ir a donde quieras. —Recogió del suelo el anillo que Stefan había dado a Elena y se lo tendió—. Esto es tuyo también. Cógelo. Cógelo y vete. —Giró el rostro.

Stefan contempló durante un buen rato el aro de oro que tenía en la palma de la mano.

Luego, sus dedos se cerraron sobre él y volvió a mirar a Damon. Los ojos de su hermano estaban cerrados, la respiración era trabajosa. Parecía agotado y dolorido.

Y Stefan le había hecho una promesa a Elena.

—Vamos —dijo con suavidad, introduciendo el anillo en el bolsillo—. Te llevaré a algún lugar donde puedas descansar.

Rodeó con un brazo a su hermano para ayudarlo a incorporarse. Y entonces, por un momento, se quedó así.



Capítulo 16

16 de diciembre, lunes

Stefan me dio esto. Ha regalado la mayoría de las cosas de su habitación. Al principio dije que no lo quería, porque no sabía qué hacer con él. Pero ahora creo que tengo una idea.

La gente ya empieza a olvidar. Recuerdan los detalles incorrectamente, y añaden cosas que simplemente imaginan. Y, principalmente, inventan explicaciones. Por qué no fue realmente sobrenatural, por qué existe un motivo racional para esto o aquello. Es simplemente estúpido, pero no hay modo de detenerlos, en especial a los adultos.

Ellos son los peores. Se dedican a decir que los perros tenían hidrofobia o algo parecido. Al veterinario se le ha ocurrido un nombre nuevo para ello, una clase nueva de rabia que propagan los murciélagos. Meredith dice que es irónico, yo pienso que es simplemente estúpido.

Los jóvenes son un poco mejores, en especial los que asistieron al baile. Hay algunos en los que creo que podemos confiar, como Sue Carson y Vickie. Vickie ha cambiado tanto en los últimos dos días que es como un milagro. No se comporta como se ha estado comportando durante los últimos dos meses y medio, pero tampoco es como era antes. Era más bien un poco imbécil, andando por ahí con los chicos duros. Pero ahora creo que es legal.

Incluso Caroline no estuvo tan mal hoy. No habló en el otro servicio, pero sí habló en éste. Dijo que Elena era la auténtica reina de la nieve, que fue algo así como copiar el discurso anterior de Sue, pero probablemente era lo mejor que Caroline podía hacer. Fue un bonito gesto.

Elena tenía un aspecto muy plácido. No parecía una muñeca de cera, sino que era como si durmiera. Sé que todo el mundo dice eso, pero es cierto. Esta vez es realmente cierto.

Pero luego la gente empezó a hablar de «cómo escapó sorprendentemente de morir ahogada» y cosas parecidas. Y a decir que murió de una embolia o algo así. Lo que es del todo ridículo. Pero eso es lo que me dio la idea.

Voy a sacar su otro diario de su armario. Y luego le pediré a la señora Grimesby que los coloque en la biblioteca, no en un estuche como el de Honoria Fell, sino donde la gente pueda cogerlos y leerlos. Porque la verdad está ahí dentro. Es ahí donde está la auténtica historia. Y no quiero que nadie la olvide.



Creo que quizá los jóvenes la recordarán.

Supongo que debería anotar lo que le sucedió al resto de la gente de por aquí; Elena lo querría. Tía Judith está bien, aunque es uno de los adultos incapaces de lidiar con la verdad. Necesita una explicación racional. Robert y ella van a casarse en Navidad. Esto debería ser bueno para Margaret.

Margaret tiene la idea correcta. Me dijo durante el oficio que va a ir a ver a Elena y a sus padres algún día, pero no ahora, porque hay un montón de cosas que todavía debe hacer aquí. No sé quién puso esa idea en su cabeza. Es lista para tener sólo cuatro años.

Alaric y Meredith también están bien, desde luego. Cuando se vieron aquella mañana terrible, una vez que todo se hubo tranquilizado e intentábamos regresar a la normalidad, prácticamente se echaron uno en brazos del otro. Creo que hay algo cociéndose ahí. Meredith dice que ya veremos cuando cumpla los dieciocho y se gradúe.

Típico, totalmente típico. Todas los demás se quedan con los chicos. Estoy pensando en probar uno de los rituales de mi abuela, sólo para averiguar si alguna vez me casaré. Por aquí ni siquiera hay nadie con quien quiera casarme.

Bueno, está Matt. Matt es agradable. Pero ahora sólo piensa en una chica. No sé si eso cambiará alguna vez.

Le dio un puñetazo a Tyler en la nariz tras el oficio de hoy, porque Tyler dijo algo impropio sobre ella. Tyler es una persona que sé que jamás cambiará; no importa lo que suceda. Siempre será el repugnante imbécil mezquino que es ahora.

Pero Matt... Bueno, los ojos de Matt son terriblemente azules. Y tiene un gancho de derecha fabuloso.

Stefan no pudo golpear a Tyler porque no estaba allí. Todavía hay muchísima gente en la ciudad que piensa que él mató a Elena. Debe de haberlo hecho, dicen, porque no había nadie más allí. Las cenizas de Katherine estaban ya desperdigadas por todas partes cuando el equipo de rescate llegó a la cripta. Stefan dice que ardió de ese modo por lo vieja que era. Dice que debería haberse dado cuenta la primera vez, cuando Katherine fingió haber ardido, porque un vampiro joven no se convertiría en cenizas de ese modo. Simplemente moriría, como Elena. Únicamente los viejos se deshacen.

Algunas personas —en especial el señor Smallwood y sus amigos— probablemente culparían a Damon si pudieran ponerle las manos encima. Pero no pueden. No estaba allí cuando llegaron a la tumba, porque Stefan le ayudó a huir. Stefan no quiere decir adónde, pero yo creo que a algún lugar en el bosque. Los vampiros deben de curar con rapidez, porque hoy, cuando me encontré con él después del oficio, Stefan dijo que Damon había abandonado Fell's Church. No era algo que le hiciera feliz; creo que Damon no se lo dijo. Ahora la cuestión parece ser ésta: ¿Qué está haciendo Damon? ¿Anda por ahí mordiendo a chicas inocentes o se ha reformado? No apostaría por ninguna de las dos cosas. Damon era un tipo extraño.



Pero guapísimo. Definitivamente, guapísimo.

Stefan tampoco quiere decir adónde iría. Pero yo tengo la leve sospecha de que Damon puede recibir una sorpresa si mira atrás. Al parecer, Elena le hizo prometer a Stefan que estaría pendiente de él, o algo así. Y Stefan se toma las promesas muy, muy en serio.

Le deseo suerte. Pero estará haciendo lo que Elena quería que hiciese, lo que creo que le hará feliz. Tan feliz como puede ser aquí sin ella. Ahora lleva el anillo de Elena colgado del cuello con una cadena.

Si piensas que cualquiera de estas cosas suena frívola o como si no me importara Elena, eso simplemente demuestra lo equivocado que estás. Desafío a cualquiera a decirme eso. Meredith y yo lloramos todo el día el sábado, y gran parte del domingo. Y yo estaba tan furiosa que quería destrozar cosas y hacerlas pedazos. No dejo de pensar: «¿Por qué Elena? ¿Por qué?» Cuando había tantas otras personas que podrían haber muerto esa noche. De toda la ciudad, ella fue la única.

Desde luego, lo hizo para salvarlos, pero ¿por qué tuvo que dar su vida para hacerlo? No es justo.

Vaya, ya vuelvo a llorar. Eso es lo que sucede cuando pienso en si la vida es justa. Y no puedo explicar por qué no lo es. Me gustaría ir a golpear en la tumba de Honoria Fell y pedirle si puede explicarlo, pero no querría hablar conmigo. No creo que sea algo que alguien sepa.

Quería a Elena. Y voy a echarla terriblemente de menos. A toda la escuela le sucede lo mismo. Es como una luz que se ha apagado. Robert dice que eso es lo que su nombre significa en latín: «Luz».

Ahora siempre habrá una parte de mí allí adónde ha ido la luz.

Ojalá hubiese podido despedirme de ella, pero Stefan dice que me envió su amor. Voy a intentar pensar en eso como una luz que llevaré conmigo.

Será mejor que deje de escribir ahora, Stefan se va, y Matt, Meredith, Alaric y yo vamos a ir a despedirle. No era mi intención alargarme tanto; yo nunca he escrito un diario. Pero quiero que la gente conozca la verdad sobre Elena. No era una santa. No era siempre dulce y buena y honesta y agradable. Pero era fuerte y afectuosa y leal con sus amigos, y al final hizo la cosa más generosa que nadie podía hacer. Meredith dice que significa que eligió la luz a la oscuridad. Quiero que la gente lo sepa para que siempre recuerde.

Yo siempre lo haré.

BONNIE MCCULLOUGH

16/12/91



Fin

Título original: *Vampire Diaries. The Fury*

L. J. Smith, 1991.

Traducción: Gemma Gallart

Editor original: Fauvar

ISBN 9788408101208